

HARLEQUIN
Jazmín
VOLVER
A VIVIR
Susan Meier
Corazón helado


HARLEQUIN
Jazmín
VOLVER
A VIVIR
Susan Meier
Corazón helado



Susan Meier

Corazón helado



Atreverse a confiar en el jefe.

Olivia Prentiss había sido contratada para trabajar en la empresa de Tucker Engle como contable, pero de buenas a primeras se encontró con que la destinaban a ser su asistente. ¡Y Tucker no era precisamente un hombre fácil! Pero Olivia había trabajado muy duro para llegar donde estaba y se negaba a tener que doblegarse ante su jefe, por guapo que fuera.

Sin embargo, durante un viaje de trabajo a Italia descubrió al hombre vulnerable que se ocultaba tras la fría fachada y tuvo que plantearse nuevas ideas…

Capítulo 1

–Buenos días. Soy Olivia Prentiss. Hoy es mi primer día en Contabilidad.

La directora de Recursos Humanos, una mujer ya de cabello gris, la miró con una sonrisa.

–Buenos días, Olivia. Bienvenida a Inferno.

Fue pasando los expedientes que tenía almacenados en una caja sobre la mesa, pero cuando llegó al que estaba marcado con su nombre, hizo una mueca.

–Uy, me temo que ha habido un cambio de planes.

–¿No van a contratarme?

–Sí, sí. No es eso. Lo que pasa es que te han reasignado temporalmente.

–No entiendo.

–La asistente de Tucker Ingle tuvo un accidente la semana pasada.

–Vaya… lo siento.

Sabía que Tucker Engle era Director General y Presidente del Consejo de Inferno. Antes de pasar la entrevista que le habían hecho para aquel trabajo, había investigado un poco sobre la empresa, pero poco había podido averiguar de aquel millonario al que sus empleados llamaban «La Parca», porque solo salía de su despacho para despedir a alguien. Desde luego, no encontró nada que le aclarara qué podía tener que ver con ella el hecho de que su asistente hubiera tenido un accidente.

–Como empleada más reciente de la empresa, recae sobre ti la tarea de reemplazar a Betsy.

¿Iba a tener que trabajar con un hombre al que su propio personal llamaba «La Parca»?

–¿Una persona de Contabilidad puede suplir a una asistente personal?

–No va a ser una asistente *personal.*

Aquellas palabras las había pronunciado alguien con una profunda voz de barítono. Vivi se dio la vuelta y vio a un hombre alto, de cabello oscuro y ojos verde esmeralda vestido de manera impecable con un traje negro, camisa blanca, corbata azul celeste y brillantes

zapatos negros. Bárbaro.

–Ni siquiera una asistente administrativa. Será solo una asistente –aclaró, y se acercó a ella–. La asistente del Presidente del Consejo. Tendrá que ser capaz de leer informes económicos y cambiar cosas que yo le diga que cambie. Estar a la altura, vamos –apretó los labios–. ¿Algún problema?

Vivi se sintió paralizada, y lo único que pudo hacer fue seguir mirándolo.

–Bien. Quédese con la señora Martin para que le entregue su identificación y los papeles necesarios, y preséntese en mi despacho.

Y salió.

–Es un torbellino –dijo la señora Martin unos segundos después.

Ella jamás habría descrito a aquel hombre como un «torbellino», sino como un toro. Un toro con un físico impresionante, pero toro al fin y al cabo.

–Supongo que era Tucker Engle, ¿no?

–En carne y hueso.

–Me ha degradado incluso antes de empezar.

–No es una degradación. Lo que intentaba decirte es que el trabajo de asistente es mucho más de lo que piensas.

–Pero debo empezar con mi trabajo verdadero cuanto antes, porque voy a presentarme al examen de Contador Público y necesito mantener al día mis habilidades. No quiero perder tiempo.

–Vas a trabajar con Tucker Engle, el hombre que dirige Inferno. Vas a ver todo lo que hace y a aprender todo lo que él sabe.

Eso no le encajaba demasiado con la imagen que se había hecho de él, pero parecía prometedor.

–¿Me enseñará algo?

–No creo que vaya a «enseñarte» –contestó la señora Martin, haciéndole un gesto para que tomara asiento delante de su mesa. A continuación señaló una cámara que tenía sujeta al monitor de su ordenador–. Voy a hacerte una foto para el archivo de empleados –Vivi se sentó–. De todos modos, aprenderás muchísimo trabajando a sus órdenes. Esta empresa la ha creado él.

–Con ayuda.

–¿Con ayuda? –se rio–. ¿Crees que tuvo ayuda? To–do el mundo que trabaja aquí le presta servicio a él, pero él es la cabeza pensante. Nadie más.

Eso encajaba más con lo que había leído. En una entrevista que había concedido al *Wall Street Journal* presumía de que empleaba solo a contables, abogados, personal de relaciones públicas… en resumen, personal de apoyo. No quería, o no necesitaba, un igual.

–Estupendo.

La señora Martin sonrió comprensiva.

–Entiendo que te hayas desilusionado y que te parezca que has perdido terreno. Y seguramente no voy a poder convencerte de lo contrario –hizo una pausa y suspiró–, así que iré directa al grano. Tucker Engle es una *prima donna* desconfiada. Trocea sus planes y los entrega por partes para que nadie pueda saber en qué está trabajando. Es tan exigente que ninguno de nuestros empleados se ha ofrecido a reemplazar a Betsy, ni siquiera durante un par de semanas.

–¿Y cree que yo voy a poder?

–Yo no te he elegido. Le entregamos al señor Engle los expedientes de las personas que se incorporan hoy a Contabilidad y fue él quien eligió. Pero Betsy no va a estar de baja para siempre. Solo ocho semanas.

Vivi abrió los ojos de par en par.

–¿Ocho semanas?

–Doce, todo lo más.

–¡Ay, Dios!

–Pero tú vas a seguir cobrando lo que has acordado con la empresa. Y el tiempo que pases a las órdenes del señor Engle contarán en tu antigüedad. No empezarás luego de cero.

–Prefiero quedarme con mi trabajo en Contabilidad.

–¿Cómo crees que va a quedar eso en tu expediente? – preguntó la señora Martin suspirando.

–Es que no es el puesto para el que me contrataron.

–Da igual. Es tu primer encargo, y si no lo haces, es posible que te despida.

–Entiendo.

La señora Martin la miró compasiva.

–La otra opción es renunciar.

«La otra opción es renunciar».

Vivi iba murmurando esas palabras mientras recorría el laberinto de pasillos con paredes rojas, naranjas y amarillas, buscando el ascensor privado que daba acceso a la planta ejecutiva. Entró en él, insertó la tarjeta que ponía en marcha el alfombrado cubículo y se puso en marcha hacia el santuario de Inferno. Muy apropiado el nombre, se dijo.

Las puertas se cerraron y ella cerró también los ojos. Era la persona más dura que conocía. Había sobrevivido a un ataque en la universidad en el que a punto había estado de ser violada, y el posterior acoso por parte su agresor, el hijo de una de las familias más prominentes de Kentucky, de modo que no se iba a dejar amedrentar por un hombre malhumorado y narcisista, lo mismo que tampoco pensaba renunciar a su sueño de llegar a ser alguien. Alguien tan importante que la gente de Starlight tuviera que reconocer que, a pesar de todos sus intentos de quebrar su voluntad, había alcanzado el éxito.

Y ellos, habían fracasado.

Tucker Engle tampoco conseguiría quebrarla.

Las puertas volvieron a abrirse y ella miró a su alrededor admirada. Aquel espacio era ultraconservador. Librerías en

madera de cerezo cubrían las paredes hasta el techo, y un escritorio y su silla bien podían haber estado en un museo. Alfombras orientales cubrían con lujo los suelos de madera.

–¡No se quede ahí! ¡Pase!

Se giró sobre sí misma y siguió el sonido de la voz de Tucker Engle. Estaba en un enorme despacho, justo detrás de la zona en la que ella acababa de entrar. Una mesa de reuniones de cerezo ocupaba un lateral, y un sofá marrón de piel de aspecto muy cómodo, junto con un sillón reclinable, se situaban el otro lado. Delante de una pared de cristal había un escritorio y una silla. La vista del horizonte de Nueva York era sobrecogedora.

Caminó hasta la mesa de la antesala que suponía que era para ella, se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldo de la silla. A continuación, cautelosamente, entró en el despacho de su jefe.

Tucker Engle, de pie tras la mesa de despacho labrada, se quitó la chaqueta del traje y la llevó a un armario camuflado en la pared y, de espaldas a ella, la colgó en una percha. Involuntariamente, Vivi le miró el trasero.

Un trasero perfecto, enmarcado por un pantalón de corte perfecto.

La simple camisa blanca realzaba una espalda de nadador. Se podía ver el movimiento de sus músculos a través del tejido. Estaba tragando saliva cuando él se volvió.

–¿Qué?

Un cuerpo perfecto, cabello oscuro y facciones muy marcadas: uno de los hombres más atractivos del planeta. Y la había pillado mirándole boquiabierta.

–Nada.

–Bien, porque tenemos mucho que hacer.

Se sentó y la invitó con un gesto a que tomara asiento en una de las dos sillas de capitán que había ante su mesa. –Todo cuanto oiga en este despacho es confidencial.

«No me digas», pensó, y tuvo que morderse los labios para no decirlo en voz alta.

–Necesito algo más que una cara de póquer, señorita Prentiss. Necesito una confirmación verbal.

–Entiendo lo de la confidencialidad. He recibido clases de ética.

–Mucha gente ha recibido clases de ética –replicó él, después de recostarse unos segundos en su silla, y de que la camisa se le estirase sobre los músculos del pecho–, pero no todo el mundo la tiene.

Vivi lo miró entornando los ojos. Después de tener que soportar que durante dos años la llamasen mentirosa, que se había inventado que había sido atacada con la intención de sacar dinero, detestaba que cuestionaran su integridad. Una rabia intensa le ardió en el estómago, pero la aplacó. La rabia no servía para nada. Mantener la cabeza fría, sí.

–Tengo ética, y no revelaré sus secretos.

–Bien. Entonces empecemos por ponerla al día de mi último proyecto. Es la razón de que no me sea posible acometer los próximos meses tan solo con ayuda de secretarias.

–La señora Martin me ha dicho que no me revelaría usted su proyecto. Que me haría encargos parciales para que no pudiera intuir lo que estaba haciendo.

–La señora Martin está mal informada.

–A lo mejor debería usted corregir esa impresión.

–Y a lo mejor usted no debería olvidar con quién está hablando. No le corresponde decirme lo que debo hacer. Su trabajo consiste en llevar a cabo los encargos que yo le haga.

Vivi se sintió avergonzada. ¿Cómo había permitido que sus mecanismos de defensa la hubieran empujado a hablar así? Estaba

orgullosa del valor y la confianza que había desarrollado para enfrentarse a quienes la habían intimidado tras el ataque de Cord Dawson, pero Tucker Engle no era uno de ellos. Era su jefe, y como tal era quien daba las órdenes.

–¿Está claro?

–Sí –contestó sin dudar.

–Bien.

Se levantó y buscó entre varios expedientes que tenía en la esquina de la mesa.

–Constanzo Bartulocci tiene intención de retirarse. ¿Sabe quién es?

–No.

–Claro. Los multimillonarios siempre se las arreglan para mantenerse lejos de los focos.

Bueno, eso explicaría también por qué no había encontrado mucho sobre Tucker Engle en la red.

Él encontró el expediente que parecía estar buscando y volvió a su sillón.

–No se ha casado y no tiene hijos, pero sí dos sobrinos y una sobrina, y los tres dicen hablar en su nombre. Nuestro primer trabajo va a consistir en purgar las opiniones de los tres y descubrir cuál de ellos es el que verdaderamente conoce sus planes. Lo segundo es conseguir que esa persona nos dé una visión interna para saber con exactitud qué ofrecer por la operación.

–¿Va a comprar un conglomerado de empresas?

–No le corresponde a usted hacer preguntas.

Vivi respiró hondo. ¿Cómo demonios iba a tratar con aquel hombre? Rico, con éxito en los negocios y guapo. Y ella no estaba acostumbrada a morderse la lengua. Nunca permitía que la manipularan, o que fueran condescendientes con ella.

Las ocho semanas se le iban a hacer muy largas.

Él le entregó un expediente por encima de la mesa.

–Su primera tarea consistirá en revisar los informes económicos y financieros de todos nuestros Bartulocci.

Ella lo miró a los ojos y sintió un cosquilleo en el estómago. Aquello era lo que esperaba hacer en el departamento de Contabilidad, de modo que parte de ese cosquilleo era de alivio. Pero la otra mitad se debía a aquellos ojos verde esmeralda. Era muy

guapo. Y difícil, se recordó. Y la dificultad cancelaba lo de la belleza. Y aunque no lo hiciera, ella ya había transitado por aquel camino. Cord Dawson era rico y guapo, y había acabado atacándola. Por atractivo que fuera, no quería saber nada de ningún otro rico. No sabía cómo manejarse en su mundo. Había sido una lección que nunca olvidaría.

Tomó el expediente y se levantó.

–De acuerdo.

Él volvió su atención a los documentos que tenía sobre la mesa.

–Cierre la puerta al salir.

Y salió, más que aliviada se marcharse. Cerró los ojos y suspiró. Aunque aprendiera a morderse la lengua, iban a ser ocho semanas muy largas.

Tucker Engle abrió el expediente de personal que guardaba sus logros académicos, el informe del investigador privado y las cartas de referencia que Olivia Prentiss había enviado. Lo había revisado todo ya antes de admitirla, por supuesto, pero después de conocerla quería recordar por qué había decidido que fuese precisamente ella quien sustituyera a Betsy.

Expediente académico excelente. Cartas de referencia que cantaban sus alabanzas como si fuera a ser la siguiente reina de Inglaterra. Un perfil de Facebook sin fotos de gatos, siempre un plus. Una cuenta de Twitter que apenas se había usado, lo que revelaba que no era una charlatana.

El informe del investigador privado solo aportaba un incidente que le había ocurrido en su segundo año de universidad: un chaval de Starlight la había demandado por difamación, pero había retirado la demanda poco después. Una de esas riñas de amantes jóvenes.

Provenía de una familia trabajadora del centro del país, lo cual explicaría quizás por qué no había considerado que trabajar con él fuese un golpe de suerte, y no un castigo. Ojalá él hubiera tenido una oportunidad semejante cuando estaba en la universidad o empezando en el mundo empresarial, pero tras años de pasar de una casa de acogida a otra, sabía bien que no era buena idea encariñarse con personas a las que podía perder, así que no había tenido a nadie que le hubiera dado ni siquiera un consejo cuando comenzaba en su carrera. Aun así, le había ido bien. Había trabajado duro para llegar a lo más alto, lo mismo que los profesores de Olivia decían en sus cartas de

recomendación. Era bastante parecida a él: brillante y ambiciosa.

Por desgracia era algo más guapa de lo que se esperaba, con aquella melena rubio cobrizo y sus grandes ojos azules, pero él nunca se liaba con alguien del trabajo. Y nunca iniciaba una relación con una mujer solo porque fuera bonita. Le gustaba salir con mujeres con clase, carisma y cultura. La etiqueta y las normas de protocolo podían aprenderse, y podía haber carisma oculto tras un comportamiento tan poco común como el suyo. ¿Y cultura? ¿Sabría charlar con sus conocidos en un cóctel, o en la inauguración de una galería? Difícilmente. De todos modos, no le llamaba la atención.

Menos mal que no la había elegido para salir con ella, sino para escribir informes o analizarlos. Sus buenas notas en Contabilidad indicaban que seguramente sería capaz de hacer lo que necesitaba que hiciera.

Satisfecho, mantuvo dos videoconferencias. Estaba terminando la segunda cuando se abrió la puerta.

–Disculpe…

Una cosa era desconocer la etiqueta de una oficina ejecutiva, o necesitar acumular algo de experiencia, pero otra ser grosera abriendo una puerta sin llamar.

–¿Qué hace?

–No sé cómo manejar ese teléfono que parece el equipamiento de un cohete espacial, y hay una llamada.

Suspiró.

–Debe usted filtrarlas. Yo no hablo con el primero que me llama. Averigüe de quién se trata, anote su número y yo decidiré si le devuelvo la llamada.

Vivi apretó los labios y sus ojos azules se cubrieron de nubes de tormenta.

Bien. No le gustaba la gente pusilánime. Pero tampoco le gustaban las interrupciones, y no había mejor modo de aprender para una asistente que tener que volver a su mesa y disculparse con quienquiera que llamase.

–No es una llamada telefónica. Es el guardia de seguridad del vestíbulo. Tiene usted una visita.

–Las mismas instrucciones para las visitas: no voy a recibir al primero que se presente. Llame al vestíbulo, pídale el nombre a quien haya venido y si yo quiero lo llamaré para concertar una cita.

–De acuerdo. Entonces doy por hecho que no quiere ver a Maria Bartulocci.

De pronto levantó la cabeza.

–¿Cómo?

–Maria Bartulocci está aquí, y quiere saber si tiene un momento para recibirla. Supongo que los millonarios no solo saben cómo mantenerse lejos de los focos, sino que también saben presentarse de improviso.

–Dígale al vigilante que la haga pasar. Luego entre en el despacho con un cuaderno. Quiero que tome notas.

Ella asintió y corrió a su mesa.

Echaba de menos a la experimentada, educada y sofisticada Betsy. Un minuto después, sonó la campana del ascensor. Oyó a Olivia recibir a Maria y suspiró aliviado. Había sido educada y eficiente.

Un perfume intenso y sofocante le llegó antes de que Maria, con su melena oscura y sus ojos igualmente oscuros, entrase en su despacho. Alta y de porte regio, educada en Harvard y versada en arte y música, Maria era exactamente la clase de mujer con la que le gustaba que lo vieran. Una Barbie con cerebro.

–Tucker, eres un amor por recibirme.

Vivi estuvo a punto de atragantarse. Por amor de Dios, decir que Tucker Engle era un amor… obviamente aquella mujer quería algo.

–Disculpa la espera –miró a Olivia y sonrió a Maria–. Un pequeño malentendido con mi asistente.

Vivi decidió no darle vueltas al insulto. Cierto que él no le había hablado de cómo quería que trabajase con las llamadas, pero seguramente había dado por hecho que sabía cómo hacerlo. Aquella tarde iba a tener que llamar a su madre, asistente de toda la vida en el departamento de administración, para que le diera algunos consejos sobre cómo trabajar para el jefazo.

–Me alegro de que hayas decidido pasarte por aquí.

Tucker hizo que Maria se sentara a su lado en el sofá y con un gesto le indicó a Vivi que tomara asiento en la silla.

Ella obedeció y abrió el cuaderno.

Maria le dedicó una sonrisa.

–No es necesario que transcribas nuestra conversación, querida.

–La señorita Prentiss no va a transcribirla. Solo a tomar nota de los puntos principales.

Riendo, palmeó la rodilla de Tucker.

–¿Tan mala es tu memoria, Tucker?

Él estiró un brazo sobre el respaldo del sofá y casi en torno a Maria.

–Sois tres. Voy a hablar con los tres y compararé después las versiones.

Ella compuso un mohín delicioso con la boca.

–¿De verdad? ¿No confías en mí?

–No se llega hasta donde he llegado sin tener algunos mecanismos de defensa, y la señorita Prentiss es uno de ellos – respondió con una sonrisa.

Maria la recorrió lentamente con la mirada, desde sus pantalones color caqui y su sencilla blusa blanca, hasta su melena rubia recogida en una coleta.

–Ya veo.

Vivi sintió que enrojecía. Como si no hubiera bastado con la condescendencia de su escrutinio, el tono de su voz rezumaba desaprobación.

Recuerdos de sí misma caminando por la calle, viendo cómo la señalaban con el dedo, cómo cuchicheaban a su espalda o cómo le dirigían palabras ofensivas volvieron a ella. Había pasado mucho tiempo de todo aquello, pero también hacía mucho que no estaba con una persona que la despreciaba tan abiertamente.

Pero aquellos recuerdos nada tenían que ver con su trabajo, así que trató de ignorarlos.

–Se dice que tu tío está pensando retirarse –comentó Tucker.

–Es cierto.

–¿Ha puesto fecha ya?

–Más que una fecha concreta, un periodo: la próxima primavera –se levantó–. Llévame a comer y te hablaré de tus competidores.

Tucker se levantó también.

–Sé quiénes son mis competidores.

–Qué hombre más listo –ronroneó, pasándole la ma–no por la corbata–. Que la pequeña se quede aquí, y tú y yo vámonos a tomar una copa –miró a Vivi y se rio–. Y dime, Tucker, ¿de dónde la has sacado? ¿Y por qué no le pagas lo suficiente para que se vista como es debido?

Vivi la miró boquiabierta. ¿Una lagartona que se estaba

abalanzando descaradamente sobre un hombre tenía la audacia de criticar su ropa?

Tucker tomó la mano de Maria para conducirla al ascensor, dejando atrás a Vivi sin tan siquiera una mirada o un comentario sobre cuánto tiempo estaría fuera o cómo podía localizarlo en caso de emergencia.

–No me importa qué aspecto tengan mis empleados. Solo tienen que hacer bien su trabajo.

Las puertas se abrieron.

–Lo sé, pero en serio, Tucker: ¿la has mirado bien?

Oyó la voz de Tucker, pero no pudo entender lo que decía o lo que Maria añadía después. La puerta del ascensor se cerró mientras él se reía.

Vivi se miró. Aquellos eran sus mejores pantalones y su mejor blusa. Incluso ella sabía que tenía aspecto de pilluelo de las calles.

No podía negar lo evidente: aquel no era su lugar.

Capítulo 2

La humillación y la desilusión la siguieron hasta el apartamento de dos dormitorios que compartía con sus amigas de la universidad, Laura Beth Matthews y Eloise Vaughan. Como la Parca la había hecho trabajar hasta tarde, sabía que sus compañeras ya habrían cenado. El aroma de los espagueti llegaba hasta el descansillo y ascendía por la escalera hasta el tercer piso, pero no le importó. Estaba demasiado cansada para cenar.

Laura Beth, una chica morena, bajita y dulce, la miró sorprendida al verla entrar: –¡Estás hecha una pena!

–Gracias –respondió, y se fue directa a la nevera, que estaba a tres metros del sofá ya que la cocina y el salón compartían el mismo espacio. Sacó una botella de agua.

Eloise, una belleza alta y rubia cuyos adinerados padres habían malcriado sin remedio, se rio.

–¿No te ha ido bien el primer día en Contabilidad?

–No estoy en Contabilidad.

Laura Beth dio unas palmaditas en el cojín que tenía al lado para invitarla a sentarse.

–¿Qué ha pasado?

–La asistente de Tucker Engle ha tenido un accidente, y como nadie más quiere trabajar con él, me toca a mí ser su asistente durante las próximas ocho semanas. Y hasta ahí puedo contar, porque no puedo hablar de nada de lo que ocurra en sus oficinas. Sería considerado una violación de la ética.

Eloise y Laura Beth la miraron sin decir palabra.

–Estoy agotada.

–Lo que tienes es un ataque de pánico.

–Tú también lo tendrías si te pasaras doce horas trabajando con un tío que no te gusta y que recibe visitas insoportables.

–No le habrás dado un puñetazo a nadie, ¿no?

Vivi tomó un trago largo de agua.

–No, pero no porque no haya tenido ganas.

–¿Nos vas a contar los detalles, o nos los vamos a tener que

imaginar?

–Ya os he dicho que no puedo comentar nada de lo que pasa en esa oficina. Pero sí os digo que no me habían tratado con tanta grosería desde hacía tres años.

Eloise y Laura Beth se miraron.

–¿Tres años?

–Exactamente.

Laura Beth le tomó la mano.

–A lo mejor no deberías haber aceptado el puesto –le dijo. –No me han dejado elección.

–Entonces, ¿tienes que trabajar con un tío que te recuerda el peor momento de tu vida? –Eloise inspiró hondo–. Al menos dime que no se parece a Cord.

–No, y tampoco actúa como él.

Cord había sido siempre el alma de las fiestas, mientras que el gruñón de Tucker Engle ni siquiera sonreía.

–Pero la visita que ha tenido hoy era exactamente igual que la madre de Cord, la mujer que piensa que su hijo es incapaz de hacer algo mal.

–¿Te refieres a la que defendió al chico que te emborrachó para luego atacarte? ¡Te habría violado si no hubieras conseguido zafarte de él!

Vivi se quedó paralizada. Habían hablado de ello antes, pero Eloise nunca había sido tan clara, ni tan franca. Laura Beth la miró muy seria.

–Lo siento, pero es mejor que hablemos del tema en lugar de dejar que se te pudra dentro, ¿no crees?

–Pues… sí.

No había vuelto a pensar en el ataque desde hacía ya más de un año, y todo gracias a que tenía amigas que habían creído en ella. Hablar, poder contar con personas así era lo que le había permitido seguir adelante.

Pero ahora estaba en la gran ciudad, y no en Starlight, Kentucky, en su pequeña universidad. Tenía que conseguir que aquel trabajo saliera bien.

–Puedo tolerar a Tucker Engle y a sus odiosas visitas durante ocho semanas. De hecho, haré algo más que tolerarlos: voy a ser la mejor asistente que haya tenido jamás. Luego, cuando vuelva la anterior, me cambiaré a Contabilidad, que es donde debería estar ya.

–¡Así me gusta! –exclamó Eloise.

–¿Quieres que te caliente los espagueti que han quedado? –preguntó Laura Beth.

–No, gracias –respondió, levantándose del sofá–. Estoy agotada. Me voy a la cama.

–¿Seguro que estás bien?

–Sí, sí. El pasado es el pasado –se obligó a sonreír–. Además, si el día que me espera mañana se parece al de hoy, más me vale descansar.

Se lavó la cara, se puso el pijama y se metió en la cama de la habitación que compartía con Laura Beth. Luego sacó el móvil y marcó un número abreviado.

–Hola, mamá.

–¿Vivi? ¿Qué hora es?

–Las diez más o menos. ¿Te he despertado?

–No, pero si no me levanto, despertaré a tu padre.

Hubo una pausa y el ruido de la puerta de la alcoba de su madre al cerrarse.

–¿Qué pasa? ¿Qué tal tu primer día en Inferno? –le preguntó.

–Horrible. No estoy trabajando en Contabilidad, sino como asistente del presidente.

–¡Vaya! ¡Qué maravilla!

Sintió alivio. Si a su madre le parecía que aquello podía ser maravilloso, entonces quizás lo fuera.

–¿De verdad? ¿Tendría que alegrarme?

–Estás trabajando con la persona que manda. Aprovecha la oportunidad para causarle buena impresión.

–Es que tiene un genio insoportable.

–La mayoría de hombres mayores lo tienen.

–No es mayor.

–¿Ah, no?

–Es bastante joven.

La preocupación tiñó la voz de su madre.

–¿Qué edad tiene?

–Treinta y tantos.

–¿Treinta y tantos? ¿Y ya es presidente?

–Es el dueño de la empresa, y por eso es tan autoritario. He leído en Internet que algunos de los empleados lo llaman La Parca.

–Eso no me gusta –sentenció su madre.

Desde su episodio con Cord, sus padres desconfiaban de cualquiera que la mirara dos veces, lo cual era una de las razones por las que se había mudado a Nueva York. Necesitaba más espacio.

–Estoy bien, mamá. Trabajo para él, no salgo con él. Además, su asistente habitual volverá dentro de unas semanas.

–Pueden pasar muchas cosas en unas pocas semanas.

–Incluido el hecho de demostrarle lo que valgo, como tú has dicho.

–No sé, Viv. De repente he tenido malas vibraciones sobre ese hombre.

–Pues te equivocas. El señor Engle no tiene interés alguno en mí, y todo lo que yo quiero es poder hacer este trabajo.

–Deberías poder. Tuviste unas notas fantásticas en la carrera.

–Sé que puedo hacerlo. Solo necesito informarme un poco sobre la etiqueta necesaria.

Loraina le dio unos cuantos consejos sobre cómo contestar al teléfono, le dijo que no hablara a menos que le preguntaran directamente y terminó añadiendo: –Ten mucho cuidado con ese hombre. Tu padre y yo no queríamos que te fueras a vivir a Nueva York. Si en una ciudad pequeña puedes ser atacada por un chico al que conoces desde el instituto… ¿cómo vas a estar segura en una ciudad con ocho millones de desconocidos?

–Estoy bien, mamá.

–Es que estamos preocupados.

–Lo sé, pero confía en mí. No despierto en él el más mínimo interés.

Su madre respiró hondo.

–Eso crees tú. Eres una preciosa chica rubia…

–Que no lleva la ropa adecuada, ni se maquilla, ni sabe cómo atraer a un hombre como él. En serio, mamá: estoy completamente a salvo.

Colgaron el teléfono y se acomodó en la almohada, y agotada como estaba, se quedó dormida de inmediato. No volvió a moverse hasta que sonó el despertador a la mañana siguiente.

Se duchó, abrió el armario y se quedó contemplando su ropa. Tenía pantalones: beige, tostados, marrón oscuro, otro gris y un

último negro, con siete u ocho partes de arriba intercambiables y dos vestidos de verano que reservaba para las ocasiones especiales.

Miró entonces la puerta del dormitorio. Al otro lado del vestíbulo estaba la reina de la ropa. Eloise tenía de todo: desde trajes de chaqueta a vestidos para asistir a bailes, y las dos tenían la misma talla. Podía pedirle un vestido, o una bonita blusa con la que encajaría mejor en el mundo de Tucker Engle…

¡No! Ella era una chica sencilla que quería demostrar su valía gracias a sus estudios y sus habilidades, y no a su facha. Así que decidió que soportaría aquellas ocho semanas demostrando quién era con su trabajo, y no vistiéndose como alguien que no era.

Cuando las puertas del ascensor de la oficina de Tucker se abrieron, él levantó la mirada y vio a Olivia Prentiss. Aquella mañana se había vestido con pantalones y americana gris y llevaba unas de esas sandalias de plataforma. Contuvo una sonrisa. Después de cómo la había tratado Maria, se había preguntado si cedería a la presión y cambiaría su forma de vestir, y tenía que reconocerle valor por no haberlo hecho. De hecho, con ello se había ganado unos cuantos puntos. No la tenía allí para que fuera una muñeca decorativa o a la moda. Tenían mucho trabajo por delante.

Colgó el teléfono y salió a su antesala.

–Buenos días, señorita Prentiss.

–Buenos días –contestó ella mientras dejaba una vieja mochila sobre la silla.

Su tono de voz no le dejó ninguna duda: no quería estar allí. Si esa iba a ser su actitud, iban a ser ocho semanas muy largas.

–Vamos a tener un día muy liado –dijo, volviendo hacia su mesa.

Ella lo siguió.

–¿Debo tomar notas?

–No.

Él hizo una breve pausa para tomar una decisión: trabajar para él tenía sus momentos aburridos, pero también algunos divertidos. A lo mejor si se la llevaba a la firma que tenía aquella mañana, sería una buena manera de que comenzase a valorar su puesto de trabajo.

–Necesito que estudie unos cuantos informes antes de que nos vayamos a una reunión.

–¿Vamos a salir?

–Sí –contestó, tomando asiento–. Tengo una firma esta mañana para comprar una participación mayoritaria en una empresa.

Sus ojos se iluminaron.

–¿Ah, sí?

Una chispa de placer le erizó el vello. No necesitaba que sus empleados se volvieran locos de contento constantemente, pero sí le gustaba un poco de entusiasmo. Y además, la había hecho sonreír, lo cual era la razón de su escalofrío. La cara se le iluminaba cuando sonreía.

–No quiero imprevistos, de modo que se va a venir conmigo y quiero que se traiga el portátil de Betsy.

–¿Y qué se supone que debo hacer?

–Si surge alguna pregunta o algún problema, o si necesito información, tiene que poder encontrar el documento y los datos.

–¿En el portátil?

–Sí –se recostó en su silla–. No tengo mis informes en la red de la empresa, sino en ese ordenador o en mi propio sistema de almacenaje de Internet. Betsy tenía un sistema de archivo muy sencillo. Todo está en una carpeta titulada Jason. En ella debe haber subcarpetas con nombres como Documentos Legales, Acuerdos, Financiero o Personal. Familiarícese con ellos para que pueda encontrar lo que necesite.

–Parece sencillo.

–No creo que tenga problema ninguno. Los acuerdos ya se han redactado y han sido aprobados de modo preliminar, pero por si acaso.

Vivi asintió y salió del despacho, y él se la quedó mirando. Llevaba una bonita blusa rosa que perfilaba un torso delgado, y aquellos pantalones grises mostraban un trasero en forma.

Aquella mañana se había dejado el pelo suelto, y su hermosa melena dorada y rojiza componía una preciosa cascada.

Aun vestida para ir a trabajar en una oficina resultaba impresionante, pero algo no terminaba de cuadrar en ella. Entendía que con su origen en una familia trabajadora no podía tener la misma clase que la mayoría de mujeres a las que él trataba, pero no era eso. Había algo más. Era demasiado cauta.

Movió la cabeza y volvió a su lista de llamadas. Mientras cumpliera con su trabajo, lo que pudiera pasarle no era asunto suyo.

Vivi se pasó una hora repasando carpetas, acuerdos e informes económicos. Poco después de las diez, Tucker salió del despacho con un maletín en la mano.

–El coche espera.

La anticipación la embargó. Debería darle vergüenza sentir aquel entusiasmo, pero Tucker Engle convertía en éxito cuanto tocaba, e iba a estar en una reunión con él para firmar un acuerdo. Podría oír cuanto dijera, ver cómo se comportaba: un genio en acción.

Tomaron el ascensor en silencio. Con el ordenador colgado del hombro y de pie, tiesa como una flecha con su traje gris, se sentía como una ejecutiva.

La puerta se abrió y siguió a su jefe a la puerta giratoria tras la que les esperaba una limusina negra. Hizo un gesto para invitarla a entrar y ella se acomodó en la otra esquina del magnífico asiento de piel. Él se sentó a su lado.

La sangre le volaba por las venas de puro contento. Había encontrado los archivos, se había familiarizado con los acuerdos, con los informes económicos y los subacuerdos sobre cosas como dónde iba a figurar el nombre de quién, así como sobre los beneficios adicionales que se les iba a otorgar a los dos fundadores de Jason Jones, un buscador especializado en investigar el pasado de personas reales. Estaba preparada.

–Jason Jones es un concepto interesante.

Vivi no podía creerlo: había hablado en voz alta, pero su entusiasmo le había ganado la partida. Y ahora Tucker Engle iba a reprenderla.

Pero la sorprendió echándose a reír.

–Cuando lo conocí, no me podía creer que no se me hubiera ocurrido a mí la idea.

–¿Cree que debería haberlo creado usted?

Se encogió de hombros.

–Me habría gustado –contestó, mirándola–. Pero los mejores inventos suelen venir de personas corrientes.

–¿De verdad?

–Sí. La gente que tiene problemas suele acabar frustrada de tanto buscarles solución, y a veces crean o inventan algo que luego acaba teniendo atractivo para el mundo entero.

Ella asintió.

–La empresa que vamos a comprar hoy, por ejemplo. Jason Jones es el nombre en clave de un investigador privado que siguió a la exnovia de uno de los fundadores hasta reunir pruebas suficientes para denunciarla por acoso.

Ella contuvo el aliento.

–¿Uno de los fundadores fue víctima de acoso?

–La mujer estuvo a punto de destrozarle la vida a Ricky hasta que él supo que tenía que tomar la iniciativa y contrató a un investigador privado. La minuta que le pasó era exorbitante, y Ricky se dio cuenta de que podía haber evitado todo aquel lío si hubiera podido hacer una investigación sobre ella en Internet antes de empezar a salir juntos.

–Pero podría haberlo hecho.

–No. Podría haber hecho una búsqueda, pero no habría tenido acceso necesariamente a la información que le habría ahorrado el sufrimiento. Él investigó los sistemas y Elias Greene creó los programas. Ahora, hombres y mujeres inocentes de cualquier parte podrán conocer la historia completa de la persona con la que quieran salir por tan solo cincuenta dólares.

–Increíble.

–Y esa es la razón de que la empresa, con mi ayuda, acabe valiendo unos cientos de millones de dólares.

La limusina se detuvo ante un edificio de acero y cristal. Subieron al último piso en otro ascensor privado, que se abrió en un amplio salón. Unas sillas de color azul eléctrico flanqueaban un sofá de cuero negro y acero colocado sobre una alfombra de estampado moderno. Un mueble bar ocupaba toda la pared izquierda y la del fondo, toda ella de cristal, dejaba entrar el sol de junio que iluminaba otra fantástica vista de Nueva York.

A Olivia se le aceleró la respiración. No podía creer que estuviera allí, no solo en aquella fantástica ciudad, sino formando parte de la vanguardia económica. A lo mejor trabajar con Tucker Engle no era tan malo.

Dos hombres se levantaron de inmediato del sofá y acudieron a saludarlo.

–Hola, Tuck –dijo el primero, mayor de lo que ella esperaba– . Hoy va a ser un gran día para nosotros –añadió, estrechando su mano.

–Un gran día para todos, sí –respondió, e hizo un gesto hacia ella–. Mi asistente, la señorita Prentiss.

El hombre le estrechó la mano.

–Soy Rick Langley.

Tenía el pelo negro y unos ojos oscuros de mirada dulce. Era muy atractivo.

–El hombre que va a tener la gran suerte de que le quiten parte de su empresa de las manos.

Vivi se echó a reír.

–Yo soy Elias Greene.

Vivi estrechó su mano y se sorprendió de que la retuviese un instante más de lo necesario.

Rick miró al bar.

–¿Queréis tomar algo mientras esperamos a los abogados, que como siempre, llegan tarde?

–La señorita Prentiss y yo estamos bien –se volvió a ella y añadió–: a menos que quiera usted agua.

Ella sonrió. Con un par de palabras la había sacado de una situación potencialmente incómoda. No era tan malo. De verdad que no.

Miró a Ricky.

–Me vendría bien un poco de agua, gracias. ¿Podría colocar el portátil en algún sitio?

Elias se apresuró a quitárselo de la mano.

–Usamos la mesa de comedor como mesa de conferencias.

–Perfecto.

Tucker le indicó que siguiera a Elias a la mesa. Ricky le acercó una botella de agua y Elias se sentó a su lado.

–¿De dónde es usted, señorita Prentiss?

Ella se aclaró la garganta.

–De Kentucky.

–¿En serio? –sonrió–. ¿Se crio usted en una granja?

–No –se rio–. En una ciudad pequeña.

–Me encantaría que me contase algo de la vida que se lleva en un lugar así. Quizás le apetecería cenar conmigo esta noche.

Ella lo miró con incredulidad. ¿Estaría hablando en serio? ¿Se atrevía a invitarla a cenar delante de su jefe? ¡Pero si no se conocían de nada! Y ella no había vuelto a salir con nadie desde lo de Cord.

Sintió que se acaloraba. No tenía miedo de los hombres, o de tener

citas, pero después del ataque se había centrado en su carrera. Además, se había vuelto muy selectiva. Demasiado, quizás.

Respiró hondo.

–Lo siento, pero no salgo con hombres a los que no conozco.

Ricky se echó a reír.

–Podría investigarlo a través de Jason Jones.

Ella también se echó a reír, aunque la cercanía de Elias le estaba provocando cierta aprensión.

–¿Podrían indicarme dónde está el lavabo?

Elias se levantó de inmediato.

–Claro. Está al final de este pasillo.

Los nervios se le pusieron en alerta al tener que caminar junto a él por un corredor oscuro. Un recuerdo se le vino a la cabeza. Cord la llevaba por un pasillo oscuro. Ella se reía. Él la obligaba a entrar en una habitación. Ella peleaba por escapar y al final lo lograba, pero dejándose atrás un zapato y con la blusa destrozada.

¡Pero si ya lo había superado todo! ¿Por qué le estaba volviendo en aquel momento?

Una vez en el lavabo, respiró hondo varias veces y se dio cuenta de que Elias le recordaba a Cord, no tanto en su aspecto, sino en su forma de ser. Era un poco prepotente, y quizás demasiado seguro de sí mismo. Por eso no pensaba salir hasta que los abogados llegasen.

Se lavó las manos, se las pasó por el pelo y cayó en la cuenta de que no iba a oírlos llegar desde allí, y por agradable que estuviera siendo Tucker Engle, incluso él tendría sus límites.

Respiró hondo, salió del baño y entraba en la sala principal cuando las puertas del ascensor se abrieron y tres hombres vestidos de gris hicieron su entrada. Experimentó un enorme alivio al acercarse a su silla y a su ordenador.

¡Su ordenador! Había dejado el aparato que contenía toda la información sensible de Tucker Engle, una información que ni siquiera metía en el sistema de su propia empresa, desatendido sobre una mesa.

La iba a matar.

Tucker observó a Olivia con cierto orgullo al ser consciente de que no solo había conseguido darle esquinazo a Elias, sino que había

permanecido callada como un ratón de iglesia durante todo el procedimiento. Nada de comentarios de ninguna clase, ni preguntas no deseadas. Solo una agradable y discreta asistente.

Cuando se firmaron los documentos y hubieron brindado con champán, una copa que Olivia rechazó, salieron del edificio en dirección a la limusina.

–Lo ha hecho muy bien en la reunión, señorita Prentiss –dijo cuando ya se movían en el tráfico.

–Pero si no he hecho nada.

–En eso consistía su trabajo: estar ahí por si la necesitábamos, y dado que no ha sido el caso, su trabajo consistía en estar callada.

Se frotó las manos en los pantalones.

–Yo… eh… me he dado cuenta de que he dejado el ordenador desatendido

–Si no recuerdo mal, necesitaba alejarse de Elias. Y yo estaba en la misma habitación. No ha pasado nada.

–¿De verdad?

La ansiedad que percibió en su voz volvió a sugerirle que algo le había ocurrido a aquella mujer, y durante unos segundos barajó la posibilidad de preguntarle. Él siempre necesitaba saberlo todo de sus socios. Pero Olivia Prentiss solo era una asistente temporal. ¿De verdad quería arriesgarse a que le contara lo mal que lo había pasado el último fin de semana, o lo dolorosa que había sido la ruptura con su último novio? No.

–Como he dicho, lo ha hecho muy bien –repitió, quitándose una mota inexistente del pantalón.

–Gracias.

A hurtadillas ella lo miró y le dirigió una tímida sonrisa. Tucker se sintió atrapado en sus hermosos ojos azules y la necesidad de devolverle la sonrisa tiró hacia arriba de las comisuras de sus labios. Un inesperado deseo de flirtear con ella creció en su interior, pero, afortunadamente, la cordura se impuso. La señorita Prentiss era guapa, pero por encima de todo era una empleada. Una muchacha trabajadora que no debería tener que preocuparse porque su jefe intentara ligar con ella.

La limusina se detuvo ante su edificio. Tucker descendió primero y le ofreció la mano a Olivia.

Ella la tomó sin pensar, pero inmediatamente lamentó haberlo hecho, porque pequeñas descargas eléctricas le subieron por el brazo.

Qué confusión. Le había gustado que la tratase con normalidad mientras iban y volvían en la limusina, pero lo que estaba sintiendo en aquel momento nada tenía que ver con una relación empleada–jefe. Aquellas descargas eran de atracción.

¿En serio? ¿Después del susto que se había llevado con Elias? Tres años habían pasado desde su última cita, ¿y elegía sentirse atraída precisamente por su jefe?

Aquel sentimiento era natural, instintivo. Y Tucker Engle no se parecía para nada a Elias, ni a Cord. Era un hombre maduro, inteligente, guapo y sofisticado.

Dios, no podía extrañarse de que le gustara. En personalidad era el polo opuesto a Cord. Menos mal que ella a él no parecía gustarle.

Bajó de la limusina y se detuvo delante de él en la acera. Sus miradas se cruzaron y se retuvieron. Sus ojos color esmeralda la retenían cautiva, y en la palma de su mano sentía aún el calor de su contacto.

Pero… ¡pero si seguían dándose la mano! ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo no iba a estar mirándola?

Abrió los dedos rápidamente.

–Em… gracias por haberme llevado.

–De nada –contestó, retrocediendo un paso–. Tengo una comida. No volveré hasta las dos.

Sin esperar a que se subiera al coche, dio media vuelta y se apresuró a entrar en la puerta giratoria. No iba a sentirse atraída por su jefe.

De lo contrario, cometería una estupidez comparable a que la chica más pobre de la ciudad pretendiera salir con el hijo de la familia más rica.

Y no iba a ser tan estúpida otra vez.

Capítulo 3

Al día siguiente, a mediodía, Olivia presionó el botón del intercomunicador y anunció que se iba a comer. Se colgó la mochila y llamó al ascensor. Pero antes de que la puerta se abriera, sonó el teléfono de su mesa.

No quería molestar más a Tucker, que había vuelto de su comida el día anterior hosco y callado, y durante aquella mañana no le había dicho ni dos palabras seguidas, así que corrió a descolgar.

–Despacho del señor Engle.

–Soy Stewart, el guardia de seguridad del vestíbulo. Hay aquí unos señores que dicen ser sus padres.

Sintió una oleada de calor en la cara. ¿Sus padres? ¡Dios bendito! Su sobreprotección había llegado ya al límite legalmente aceptable. ¿Pretendían investigar a Tucker Engle? ¿Cómo podían avergonzarla así?

–El señor Engle no quiere que demos acceso a nadie a su zona privada si no cuentan con su previa aprobación, y no están en la lista –añadió Stewart.

–No, claro que no. Enseguida bajo –dijo aliviada. –¿Baja, adónde? –preguntó Tucker a su espalda. –A comer. ¿Recuerda que se lo he dicho?

–Sé que me ha dicho algo, pero antes de que sonara el teléfono –replicó–. ¿Quién era?

–Stewart.

Tucker frunció el ceño.

–¿Sube alguien?

Las mejillas le ardieron.

–No. Las personas que están en el vestíbulo no tenían su aprobación, así que voy a bajar yo.

–Llámele. Hoy tengo tiempo. Puedo recibir a quien haya venido –contestó volviendo a entrar en el despacho.

Vivi se quedó paralizada, y al no oírla responder, se volvió y la miró.

–No es necesario llamarle. Ya me ha dicho de quién se trata –él alzó las cejas–. Son mis padres.

–Oh.

–Tengo la inquietante sensación de que han venido para conocerle.

–¿Inquietante?

–Sí. Es una sospecha que no me hace gracia.

–Ah –hubo una breve pausa–. ¿No quiere que conozca a sus padres?

–¡No, no! No es eso.

¿Qué otra cosa podría decir?

–Entonces dígale a Stewart que los mande aquí. Si han venido a ver la ciudad, haré que mi chófer los lleve a dar una vuelta esta tarde.

Aunque era un ofrecimiento muy cortés, arriesgarse a un encuentro era un peligro. Le harían preguntas. Querrían conocer sus intenciones, asegurarse de que no era un pervertido que buscara hacerle daño a su hijita. La vergüenza y la humillación le revolvieron el estómago. No podía permitirlo.

–Es usted muy amable.

Él hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y entró de nuevo en el despacho.

–Llame a Stewart. Que suban.

No le quedaba más remedio que obedecer.

Preparándose para lo peor, se plantó delante del ascensor. Cuando las puertas se abrieron, no se encontró solo delante de su padre y de su madre, sino de su hermano Billy, y de su hermana Cindy. Casi antes de que acabaran de abrirse las puertas, su madre la abrazó.

Con los brazos de su madre alrededor del cuello, cerró los ojos. Era muy difícil enfadarse con una persona que la quería tanto.

–Hola –su madre apretó aún más–. Estoy bien, mamá.

En cuanto su madre la soltó, su padre la envolvió en otro abrazo.

–Cuánto me alegro de verte, hija.

–¡Solo llevo fuera un mes! –contestó riéndose.

En aquel preciso instante, Tucker Engle salió del despacho. Sus hermanos se quedaron parados, su madre se volvió a mirarlo y su padre, sin cortarse un pelo, lo miró de arriba abajo.

Tucker sonrió. Si había algo que se le daba bien era ganarse a la gente. Daba igual que el padre lo mirara entornando los ojos. Conseguiría ganárselo.

Se acercó con la mano extendida.

–Soy Tucker Engle, el jefe de Olivia.

Alto y calvo, el padre de Olivia parecía un hombre que se ganase la vida trabajando duro, y los callos de la mano que estrechó se lo confirmaron.

–Señor Engle, le presento a mis padres, Loraina y Jim Prentiss, y a mis hermanos, Cindy y Billy.

Billy también le estrechó la mano. Debía rondar los dieciséis años, un muchacho intentando ser un hombre, vestido con vaqueros y una camiseta, como su padre.

Su hermana Cindy debía ser un par de años más joven que Olivia, y era tan guapa como ella. Las dos chicas de la familia tenían el pelo rubio rojizo de la madre y sus mismos ojos azules.

–Es un placer conocerlo –dijo la chica con timidez.

Pero su madre no dijo nada. Se limitó a mirarlo como si quisiera desnudarle el alma. Vale. Así que a su madre no le gustaba. Eso también podría arreglarlo.

–He llamado al chófer de mi limusina para que los lleve a donde quieran ir esta tarde. Será mucho más fácil verlo todo con un conductor que conozca la ciudad.

Cindy abrió la boca y Billy exclamó:

–¡Genial!

–Es usted muy amable –dijo su padre, y le mostró las bolsas de un famoso restaurante chino–, pero precisamente íbamos a comer. Hemos comprado suficiente para un batallón, y nos encantaría que se uniera a nosotros.

Tucker sonrió.

–Gracias, pero hoy no iba a salir a comer. Tengo una reunión cerca de aquí a la una, y había pensado tomar algo después.

Loraina lo sorprendió colgándose de su brazo.

–¡No se puede uno saltar la comida! Además, nos va a prestar su coche esta tarde, y estamos en deuda con usted. Miró a Olivia, que se encogió de hombros, aunque a juzgar por el rojo de su cara, se sentía atormentada.

Él no tenía familia, de modo que solo podía imaginar lo embarazosa que debía estar siendo para ella la situación, teniendo en cuenta que su madre ya estaba prácticamente dentro de su despacho.

–Aquí es perfecto –dijo, señalando el sofá–. Podemos comer en la mesita.

No iba a ser la primera vez que comiera comida china en el despacho. Muchos de sus mejores acuerdos se habían sellado en

aquella tranquila y cómoda atmósfera, pero nunca había compartido una comida con la familia de una empleada. Sin embargo, no se le ocurrió cómo rechazarlos sin que pareciera que los estaba echando a patadas.

Su padre dejó las bolsas en la mesita, sus hermanos se acomodaron en los sofás y comenzaron a buscar los palillos. Olivia le tocó el brazo y lo retuvo lejos de su familia.

–Lo siento mucho. Es que son personas muy llanas que tratan a todo el mundo como si fueran sus amigos.

Él respiró hondo.

–Es una buena filosofía.

–Le prometo que en veinte minutos se habrán ido.

Bien. Eso podía manejarlo. Demonios, podía enfrentarse a veinte minutos de casi cualquier cosa.

–No tiene por qué avergonzarse. Me encanta la comida de ese restaurante y, como ha dicho su madre, todo el mundo necesita comer.

Ella pareció tranquilizarse un poco y asintió. La presencia de su familia le recordó que era nueva en la ciudad; incluso era posible que estuviera sola allí. Y si él lograba sentirse cómodo con su familia, a lo mejor ella también conseguiría sentirse más cómoda con él.

Tucker ocupó la silla que había a un lado de la mesa, tomó un cartón de cerdo agridulce y se sirvió un poco en uno de los platos de usar y tirar que la madre de Olivia le ofrecía.

–¿A qué se dedica, Jim?

–Trabajo en la construcción.

–Estupendo.

Loraina sonrió.

–Ha pagado la carrera de su hija rehabilitando casas y vendiéndolas después.

–Vaya…

Eso requería trabajar duro, tener cabeza, saber encontrar una buena casa y gastar solo lo justo en la remodelación para poder tener beneficios al venderla. Ya veía de dónde había sacado Olivia el talento con los números.

–Ahora hará lo mismo para Cindy.

La joven miró a su hermana.

–¿Vamos a ver tu piso?

–No lo sé. ¿Cuánto os vais a quedar?

–Dos días –dijo Billy–. Volvemos mañana por la noche.

–Una estancia corta para haber hecho un viaje tan largo – comentó Tucker.

Los cinco Prentiss quedaron callados, y Olivia volvió a enrojecer. Y de nuevo, él tuvo la sensación de que había algo que no sabía.

Pero Loraina sonrió.

–Los hoteles son caros aquí. Nos contentaremos con estos dos días.

–¿Quién quiere un rollito de huevo? –dijo Olivia de pronto.

Su padre y su hermano acercaron de inmediato sus platos, pero Tucker sospechó que el cambio de tema había sido deliberado.

–¿Estás preparada para la universidad? –le preguntó a Cindy.

–Puede que nunca llegue a estarlo del todo –Cindy abrió un cartón distinto y se sirvió–. Billy está en el equipo de fútbol.

Olivia lo miró.

–¡Ay, Dios! ¿Y no deberías estar entrenando?

Billy frunció el ceño.

–No pasa nada por perderse un par de entrenamientos – respondió la madre–. No todos los días se puede venir a conocer una ciudad como Nueva York.

–Esperaba que pudieras llevarme de compras –continuó Cindy, dirigiéndose a su hermana.

Olivia se rio alegremente.

–¿Yo? ¡Pero si yo no sé vestirme! Si quieres consejo experto en la materia, deberías llevarte e Eloise.

–No creo que haya tiempo para ir de compras –intervino Jim.

–De compras puedes ir en casa –adujo Billy.

–Allí habrá mejores precios –añadió Loraina–. El otro día vi a unos diseñadores que salieron en la tele y contaban cómo reformar prendas de las tiendas locales para que parezcan de diseño.

–Es que yo no quiero que parezcan de diseño, sino que lo sean. ¿No podemos quedarnos un día más?

–¡No! –explotó Billy–. ¡Ya voy a perderme dos entrenamientos, y no pienso perderme otro más!

–¡Tú y tu precioso fútbol!

–¡Tú y tus preciosos trapos! Por lo menos el fútbol a lo mejor me proporciona una beca. ¿Qué te va a dar a ti la ropa?

–¿Un novio?

–¡Tú no necesitas novio! –dijeron padre y madre a la vez, y Tucker se habría echado a reír de no ser porque la queja que siguió de Cindy empezó una discusión en el que los cinco Prentiss se lanzaron a hablar al mismo tiempo. Había estado en consejos de administración en los que cinco personas gritaban a la vez, pero en aquella discusión, un tanto estúpida pero importante para quienes discutían, le envolvió como un tornado. No tenía ni idea de qué podía decir.

Una sensación de alienación se apoderó de él. En las casas de acogida no se opinaba sobre los problemas de otros niños. En realidad, no se formaba parte de una familia, sino que se era como un inquilino. Recordaba haberse dormido intentando imaginarse en una familia como aquella, pero sin llegar a lograrlo. Tampoco en aquel momento lo logró, aun estando físicamente allí.

La risa de Olivia penetró en su incomodidad. La miró y vio la risa relajar su hermoso rostro.

Ella se sentía feliz, y él, un extraño.

Olivia nunca se había alegrado tanto de ver que las puertas de un ascensor se cerraban y se llevaban a alguien como cuando sus padres y sus hermanos abandonaron las oficinas de Tucker Engle. Su ofrecimiento de poner a su disposición la limusina siguió en pie, pero había estado bastante callado durante la comida.

–¿Quiere que continúe revisando los informes económicos de Bartulocci?

–Sí.

Había contestado contemplando el ascensor que acababa de llevarse a su familia y al chófer de la limusina.

Un minuto pasó. Y otro. Y otro. Y él seguía contemplando las puertas.

–¿Está usted bien?

–Sí.

–Quiero volver a disculparme por mi familia.

–Tiene usted una familia muy agradable.

Hizo un mueca.

–Mis hermanos se pasan la vida discutiendo.

Él entró en su despacho.

–He oído que eso es lo normal entre hermanos.

Olivia entró tras él. Si su mal humor era culpa de su familia, tendría que ayudarle a desprenderse de él.

Se acercó a su mesa y se agachó a recoger un maletín del suelo. Se detuvo tan inesperadamente que Olivia no tuvo tiempo de frenar, de modo que cuando volvió a incorporarse, estaban pegados.

Se quedó mirándolo sin pestañear. Olía vagamente a loción de afeitar, y sintió la intensa virilidad que emanaba de su persona. Después del ataque nunca había vuelto a acercarse a un hombre, y menos a uno que estuviera tan lejos de ella como el crío rico que la había atacado… como lo estaba Tucker Engle.

Pero era tan guapo que no fue capaz de separarse o de dejar de mirarlo.

Cuando habló, su voz fue apenas un susurro.

–¿Es usted hijo único?

–Creo que sí.

Aunque estaban hablando de algo completamente inocuo, la electricidad crepitaba entre ellos.

–¿No sabe si es hijo único?

–No –suspiró–. Me crie en casas de acogida.

–Oh.

–No sienta lástima por mí. Estoy bien.

–Sí, por supuesto.

Caminó hasta la puerta y habló desde allí.

–Esta reunión no debería durar más de una hora.

Y desapareció. ¿Criado en casas de acogida? El corazón se le partió en dos, y no porque él quisiera inspirarle lástima, sino porque no quisiera.

Capítulo 4

Tucker atravesó el vestíbulo del edificio y salió a la acera con el corazón acelerado y la boca seca. Le había contado a Olivia que se había criado en casas de acogida porque habría sido raro crear un secreto a partir de algo que estaba a disposición de cualquiera que quisiera saberlo. Lo había dicho como si no fuese cosa de importancia, pero después de haber tenido a sus padres en el despacho, de ver cuánto la querían, sabía que sí la tenía. Comer con ellos le había traído recuerdos cargados de cicatrices. Luego se había dado la vuelta y allí estaba ella, tan cerca que habría podido tocarla, y la tentación de hacerlo había sido enorme.

Se pasó la mano por el pelo y se detuvo a esperar a que el semáforo le franqueara el paso. Aún podía sentir la ola de deseo que le había asaltado. No recordaba sentirse tan atraído por otra mujer, y sobre todo por alguien a quien apenas conocía.

La luz se puso verde y cruzó a la otra acera. Iba a reunirse con unos bancos que se habían puesto nerviosos de repente por las cláusulas de un acuerdo para la compra de una planta productora que atravesaba momentos difíciles. Tenía que tranquilizarlos, y no podía permitirse aquella distracción.

Lo único que él quería de Olivia Prentiss era que hiciese su trabajo. Y él necesitaba hacer el suyo.

Casi entrando ya en el vestíbulo del edificio, repasó mentalmente los términos del acuerdo para Echo

Manufacturing. Había labrado aquel contrato con precisión de artista. No iba a cambiar nada, y tenía que conseguir que los bancos compartieran su visión.

Tras dos horas de reunión tratando de aliviar las preocupaciones de unos tecnócratas testarudos y sin visión, volvió a cruzar la calle. A pesar de sus dotes de persuasión y su encanto personal, le habían pedido que redactase de nuevo casi la totalidad del acuerdo.

Con la cabeza llena de cifras y detalles, entró en el ascensor que conducía a su despacho. Iba tan inmerso en su trabajo que cuando se abrieron las puertas habría cruzado el despacho de Olivia para entrar directamente en el suyo sin tan siquiera saludarla, pero cuando las puertas acabaron de deslizarse, la palabra «¡gin!» le pegó en la cara.

Se paró en seco. Allí, en la mesa de Olivia, con un cartón de comida china vacío en la mano derecha, una taza de café en la izquierda y una baraja de cartas entre Olivia y él, estaba Constanzo Bartulocci. Bajito y de vientre prominente, bien vestido con un traje

gris hecho a medida, Constanzo sonrió.

–Buenas tardes, Tucker.

–¿Constanzo?

La cabeza comenzó a darle vueltas. Primero se habían presentado los padres de ella para recordarle todo lo que no había tenido de niño. Luego ella lo había dejado descontrolado con su proximidad y su mirada. Después los bancos habían rechazado su propuesta, y para remate, ¿el dueño de la empresa que quería comprar jugaba al gin con su asistente? No estaba seguro de poder enfrentarse a más sorpresas.

El italiano se levantó de su silla.

–Me alegro mucho de verte, Tucker.

Mientras Constanzo lo envolvía en un abrazo de oso, miró a Olivia.

–Tenía hambre –dijo, pronunciando las palabras sin voz y con las mejillas rojas.

–Me he pasado siete horas en un avión, más dos horas de tráfico para llegar aquí. El hambre y el aburrimiento me estaban matando –explicó, y señaló a Olivia–. Espero que no te importe que le haya rogado a tu asistente que compartiera su comida conmigo.

–Había de sobra –respondió ella.

Su asistente había alimentado a uno de los hombres más ricos del mundo con restos de comida china fría. ¿Dónde demonios se había ido la clase de su oficina? ¿Y el decoro?

–Sí, ya veo –sonrió–. Me alegro de que tuviese tiempo para ti.

Constanzo se rio.

–Estoy seguro de que tenía trabajo, pero tu Vivi es muy generosa.

Tucker enarcó las cejas. ¿Vivi?

–Anda, vamos a tu despacho, que me tienes que hablar de esos rumores que he oído de que me quieres comprar.

La excitación apaciguó su malestar por el acuerdo Echo y las emociones residuales que se le habían quedado de la visita de los padres de Vivi. Si Constanzo estaba allí, deseoso de hablar de su empresa, tenía que ser porque había confeccionado una lista de compradores potenciales.

–Tú primero –le dijo, haciendo un gesto con el brazo.

Pero Constanzo se detuvo en la puerta.

–Vivi, entra tú también.

Olivia se movió en la silla.

–No… creo que vayan a necesitarme.

–Por supuesto que vamos a necesitarte. Pasa.

Tucker arrugó el entrecejo. No tenía ni idea de por qué Constanzo requería su presencia, pero no se discutía con un millonario que quería sellar un trato.

–Claro. Vamos, Vivi.

Olivia sonrió dócilmente y se levantó para seguirlos. Constanzo entró delante, pero Tucker esperó a que Olivia fuese a pasar para sujetarla por el brazo y preguntar: –¿Vivi?

–En casa me llaman así. Si me lo hubiera preguntado, también le hubiera dejado llamarme así a usted.

Respiró hondo, entró en el despacho, se quitó la americana y se acomodó en el sofá al lado de Constanzo. Vivi ocupó una silla frente a ellos. En un intento de recuperar su dignidad y su decoro habituales, dijo: –Estoy encantado de que hayas venido.

–Me gusta Nueva York.

–Deberías fijarte una residencia aquí.

Constanzo se rio.

–Pretendo disfrutar de no viajar cuando me retire.

Siguieron hablando sobre cosas sin importancia hasta que Constanzo volvió a sacar el tema de su grupo.

–Maria me ha dicho que quieres quedarte con mi empresa.

–Así es.

–También hay algo que yo quiero, y si tú me lo consigues, negociaré en exclusiva contigo.

Tucker se quedó atónito.

–¿Solo conmigo?

–Durante un año –se rio–. Incluso tú tendrás que admitir que, si durante un año no llegamos a un acuerdo, no habrá trato. Pero negociaremos en firme porque quiero retirarme el año que viene, de modo que me vas a encontrar bien predispuesto.

Aquello era demasiado bueno para ser cierto, o bien la contrapartida era demasiado fea.

–¿Qué quieres que consiga para ti?

–Tú y otros tres más habéis mostrado interés en mi grupo – Tucker asintió–. He revisado el estado financiero de los tres, y he contratado a un investigador privado.

Lo de sus finanzas no le sorprendía, pero lo del investigador privado, así.

–¿Para ver quién puede tener la financiación?

–No. Para ver quién es capaz de traerme a mi hijo a casa.

Tucker lo miró frunciendo el ceño. Aquello no era una contrapartida, sino un truco.

–Pero si tú no tienes hijos. No estás casado.

Constanzo se rio.

–Veo que tú también has hecho los deberes.

–Los dos somos hombres de negocios listos. No tiene sentido fingir lo contrario.

Constanzo le dio una palmada en la rodilla.

–Por eso me gustas. Estás en todo.

–Sin embargo, de un modo u otro, se me ha pasado el hecho de que tienes un hijo. O es eso, o es que me estás intentando engañar.

–Nada de engaños. Nadie sabe que tengo un hijo. Hace ya treinta años, en un día de locos, una antigua novia se me acercó y me dijo que estaba embarazada. Yo pensé que solo quería dinero e hice que la echaran de la empresa. Nunca volvió a intentar ponerse en contacto conmigo.

Tucker se inclinó hacia delante.

–Y ahora, de pronto, ¿te crees lo que aquella mujer te dijo, y quieres que encuentre a un hijo que ni siquiera sabes a ciencia cierta que exista?

–Sí que existe –respondió, mirando a Olivia–. Lo he encontrado. Tú solo tienes que traérmelo a casa.

–Constanzo, yo…

–Tú no sueles meterte en problemas de familia para llegar a cerrar un acuerdo de negocios, ¿verdad? –se rio–. ¿Es esa la razón de que el lunes te llevaras a Maria a comer y le prometieras que ibas a hacer algo para librarla de la molestia de su primo?

–Eso era necesario para conseguir información.

–Eso era necesario para socavar la posición de sus primos.

Tucker no podía decir que no, así que tampoco trató de discutir.

–La madre de Antonio, la novia de la que os he hablado, murió cuando Antonio era un bebé –sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó a Tucker–. Ahora él está en Italia, pero creció en casas de acogida aquí.

Las terminaciones nerviosas de Tucker explotaron. Casas de acogida. El hijo de uno de los hombres más ricos del mundo había sido criado por extraños. Segura–mente había crecido pensando en el padre que lo abandonó. Por eso quería Constanzo que fuera él quien lo encontrara. Sin tan siquiera conocerlo, podría comprender a su hijo.

–Tu investigación ha ido mucho más lejos de lo que se podría esperar.

–Sí, y deberías alegrarte por ello, porque en otros sentidos, los demás candidatos me han parecido más prometedores.

Tucker no dijo nada y Constanzo suspiró.

–Pero tú eres el único que sabrá cómo decirle a mi hijo que tiene padre.

–¿Estás diciendo que no sabe quién eres?

–No, no lo sabe.

–No querrás que me presente sin más y le diga… oye, ¿sabes que tu padre biológico es millonario?

–No me importa lo que le digas. Eso lo dejo a tu discreción. Teniendo en cuenta lo que nos jugamos, estoy seguro de que lo harás bien –se volvió a Olivia–. Vivi, ha sido un placer conocerte. Creo que te va a gustar Italia.

–¿Quieres que me lleve a la señorita Prentiss a Italia?

Constanzo lo miró.

–¿Por qué no?

–Porque está en este puesto de modo temporal, sustituyendo a Betsy, y no sabe nada.

–Este viaje no tiene nada que ver con lo que sepa. Vas a comprar mi empresa, y ni siquiera tú sabes las cosas que compartiré contigo si te ganas la oportunidad.

–Aun así, tendría que quedarse aquí para poder acceder a lo que necesite.

–En Italia también hay Internet, Tucker –se rio–. Además, estoy en deuda con ella por su hospitalidad. Le devolveré el detalle en mi casa –sonrió mirando a la joven–. Mi cocinero prepara una lasaña que te va a hacer llorar.

Olivia se echó a reír.

–Espero verte en mi villa dentro de un par de días – continuó, dirigiéndose a Tucker–. Los detalles están todos en ese sobre. Buena suerte.

Y salió del despacho. Aunque Vivi se levantó como un resorte de su silla, vio en su cara que se había dado cuenta de que era demasiado tarde: Constanzo había llegado ya al ascensor.

Cuando las puertas volvieron a cerrarse, Tucker se pasó las manos por la cara. De pronto el fracaso de Echo no significaba nada. Tenía la oportunidad de conseguir el grupo empresarial de Constanzo Bartulocci. Pero para poder disfrutar de una negociación en exclusiva, tenía que integrar al hijo de este en su vida. Y tenía que llevarse a Olivia Prentiss con él. Los hombres como Constanzo no hacían nada sin tener una buena razón, y aunque lo había hecho parecer como algo casual, cuando hubieron transcurrido unos segundos y todo ello reposó un instante, comprendió. Había una razón.

–No estoy seguro de por qué Constanzo quiere que participe en esto, pero a juzgar por el cuidado con que me ha escogido a mí, imagino que hay una razón tras su insistencia en que la lleve conmigo –con un gesto le indicó que volviera a sentarse–. Siéntese y veamos qué está pasando aquí.

Abrió el sobre.

–¿Lo va a hacer? ¿Piensa ir a Italia a contarle a un huérfano que tiene padre?

–No lo he dudado ni por un segundo. Me está ofreciendo una negociación en exclusiva para comprar un grupo de empresas que valen un montón de millones de dólares.

–¿Porque se crio usted en hogares de acogida?

Sus palabras le afligieron, aunque debería sentirse complacido de que, por una vez, su estatus de huérfano le proporcionara algo. Pero en realidad pensó en la familia de Olivia, y se preguntó cómo sería crecer rodeado de personas que te quieren tanto que son capaces de viajar miles de kilómetros para verte, solo porque te echan de menos.

Se enfadó consigo mismo. Todo aquello lo tenía ya olvidado. Un episodio con una familia un poco estrafalaria no podía hacerle desear cosas que no podían ser. Nadie podía cambiar el pasado.

Puso la mirada en los documentos que contenía el sobre.

Imágenes de un joven con los mismos ojos de Constanzo Bartulocci, un certificado de nacimiento que reflejaba que el muchacho tenía padre desconocido pero una prueba de ADN que certificaba la paternidad de Constanzo.

–No sé quién sería el investigador privado, pero es concienzudo.

Vivi se levantó de su silla y se sentó a su lado para poder ver los papeles.

–¿Por qué lo dice?

Fue a entregarle la prueba de ADN, pero sus miradas se encontraron y aquellos extraños sentimientos volvieron a asaltarlo. Pequeños cosquilleos de alarma. El calor de la excitación. Y además, aquella vez sabía que iba a llevársela a Italia, y que iban a pasar horas a solas en un avión, a comer juntos…

Apartó todas aquellas preocupaciones mirando hacia otro lado. Se sentía atraído, sí, pero no iba a hacer nada al respecto. Era su empleada, y sobre todo, no era su tipo. Le gustaban las mujeres sexys y sofisticadas, y ella era una chica de familia, demasiado dulce para él.

–Para conseguir el ADN es posible que el investigador siguiera al pobre muchacho hasta lograr hacerse con una taza de café de la que hubiera bebido, o algo así.

–¿De verdad? –se rio–. ¿Cree que lo consiguió así?

–No podía pedirle sin más un mechón de pelo.

–No, a menos que quisiera que lo arrestaran, o poner sobre aviso al hijo de Constanzo, y supongo que el señor Bartulocci no desearía que se mencionara su nombre hasta que el camino estuviera despejado para un encuentro.

Tucker se recostó en el sofá. Había resumido la situación con facilidad, y se preguntó si no sería esa la razón por la que Constanzo quería que Olivia viajase a Italia. Seguramente habría dicho algo mientras jugaban a las cartas que le había hecho pensar que era una mujer lista, intuitiva y que se le daba bien la gente. Y a lo mejor lo era. Él entendía lo que era ser un niño de acogida, pero ella entendía lo que era ser pobre. Y tener familia.

–¿Está seguro de que no le importa que vaya yo a Italia?

–Constanzo Bartulocci es uno de los hombres más ricos del mundo, y no se llega a eso siendo estúpido o sin saber analizar a las personas. Ha visto algo en usted, algo que piensa que yo puedo necesitar y sería una estupidez por mi parte rechazar su consejo.

–Supongo.

Volvió a guardar los documentos en el sobre.

–Prepares su equipaje. Saldremos mañana después de trabajar.

–De acuerdo –contestó, y se levantó.

Él fue hacia su mesa pero de pronto se detuvo.

–Y señorita Prentiss, asegúrese de que sus padres saben lo del viaje y están de acuerdo.

De ningún modo se la iba a llevar si aquel hombretón y su esposa no querían que lo hiciera.

Capítulo 5

Vivi llamó a sus padres y quedó en encontrarse para cenar en una pizzería cercana a su hotel. Cuando soltó la bomba del viaje a Italia, su padre se subió por las paredes y su madre le prohibió que fuera.

–Tengo veintidós años, y no podéis impedírmelo. Además, lo habéis conocido. Es un hombre adinerado que puede elegir a la mujer que quiera. ¡Confiad en mí! No va a querer tener nada con alguien como yo.

En el fondo era consciente de que esta mintiendo, no del todo quizás, pero casi. No sabía lo que había pasado cuando Tucker se había agachado a por su cartera, y de pronto habían quedado pegados el uno al otro, pero la atracción que sentía hacia él la había dejado sin voz, y había visto brillar algo en sus ojos.

Pero él había fingido no darse cuenta. Seguramente la encontraba atractiva, pero no quería reconocerlo, lo cual significaba que no haría nada al respecto, que era todo lo que les interesaba a sus padres.

–Eres una chica preciosa. ¿No te parece raro que empieces a trabajar para él y tres días después decida llevarte a Europa? –¡Exacto! Él no quiere que vaya. Quiere comprar la empresa de un tal Constanzo Bartulocci. Él pasó hoy por las oficinas sin avisar para ofrecerle al señor Engle la oportunidad de ser el único comprador. Pero para poder pujar por ella, tiene que ir a Italia, a casa del señor Bartulocci.

–¿Contigo?

–Solo porque el señor Bartulocci quiere que vaya.

–¿Por qué?

–Porque formo parte del equipo de Tucker Engle. Al no estar su asistente habitual, tengo que ir yo.

Sus padres seguían sin estar convencidos.

–Vamos a ver –suspiró–. Me ocurrió algo horrible hace tres años, pero lo he superado, y ¿sabéis por qué? Porque si no lo hubiera hecho, si Cord hubiera conseguido asustarme hasta el punto de no dejarme vivir, me habría robado la vida misma, y me niego a darle eso.

Su padre dejó la servilleta sobre la mesa.

–En eso tienes razón.

–¡Es que es tan joven! –exclamó su madre.

–Sí, es joven, pero también un hombre muy inteligente. Antes de que supierais su edad, incluso tú me aconsejaste que aprendiera de él –estiró el brazo y tomó la mano de su madre–. No tienes que confiar en él, mamá, sino en mí. Necesito salir al mundo y demostrar que me he recuperado.

Veinte minutos más tarde, iba de camino a casa a preparar el equipaje.

Al día siguiente fue al trabajo con una maleta y un pequeño neceser. Tucker tenía reuniones todo el día fuera del despacho para preparar su ausencia, y le dijo que la limusina la llevaría al aeropuerto.

El tráfico la retuvo en la carretera hasta casi las siete, lo cual la aterró. Pero cuando vio el largo y delgado avión que les esperaba, se olvidó de la tardanza y lo contempló boquiabierta. Tucker Engle era propietario de aquella brillante nave.

Un muchacho que se había criado en hogares de acogida acababa de cumplir los treinta y tenía un avión privado. Y puede que una pista privada también. Era un fenómeno. Y de pronto comprendió por qué se sentía tan atraída por él: porque había hecho lo que ella quería hacer, y era no permitir que su pasado le condicionara. Lo había superado.

Dio las gracias al chófer, que le aseguró que se ocuparía de su equipaje, y se dirigió al avión.

El piloto, un hombre alto de ojos azules, la saludó al verla entrar.

–Buenas noches, señorita Prentiss.

Ella sonrió.

–Buenas noches.

–El vuelo durará aproximadamente siete horas. Teniendo en cuenta la diferencia horaria, llegaremos al aeropuerto del señor Bartulocci hacia las siete de la mañana hora local.

–Así que, básicamente, me está diciendo que lo mejor que puedo hacer es dormir durante el viaje, ¿no?

–Exacto –contestó, señalando la espaciosa cabina.

Tucker Engle estaba sentado en la cola, en una estación de trabajo compacta. Tenía documentos de trabajo en la mesa que había delante de su asiento y, aunque la saludó al verla llegar, apenas apartó la mirada del trabajo. Sus padres no tenían nada que temer.

Se acomodó en uno de los seis asientos de piel clara y se abrochó el cinturón. Los pilotos tomaron la pista y el avión despegó suavemente. Reclinó el respaldo y se preparó para dormir, pero aunque el asiento era acogedor, sin una almohada o una manta, no

conseguía ponerse cómoda.

–Hay mantas en aquel armario.

Se incorporó y vio que señalaba hacia el fondo.

–Y almohadas.

Soltó el cinturón y se levantó.

–Gracias. ¿Quiere una? –le preguntó con la mano puesta ya en el pomo.

–No. Estoy trabajando.

Ella asintió y volvió a su asiento con una manta y una almohada. Apagó las luces de arriba, reclinó el asiento y se acurrucó.

Cerró los ojos y respiró hondo tres veces, pero no consiguió nada. No podía imaginarse cómo se podía pasar de ser un niño de casa de acogida a millonario. Ella contaba con la ayuda de sus padres, pero no podía vivir en Nueva York con su exiguo salario sin compartir piso. No tenía ni idea de cómo ascender por la escalera hasta donde estaba él. Y eso era lo que quería: ser alguien, para que cuando volviera a Starlight todo el mundo se diera cuenta de que no había tenido que fingir un ataque para chantajear a la familia de Cord Dawson. Que siempre había tenido el talento y la fuerza necesaria para alcanzar el éxito por sí misma.

Se incorporó y se volvió hacia él.

–¿Cómo se pasa de ser un niño sin familia a tener todo esto?

Él ni siquiera alzó la cara.

–Perseverancia.

–Tiene que haber más.

–No lo hay.

–Entendería lo que fuese a decirme. Soy lista, y quiero llegar a tener éxito. Además, lo que vaya a decirme no me sorprendería. Tengo un amigo que también se crio en casas de acogida. Y yo también me he llevado mi ración de cosas feas en la universidad.

Ya lo sabía. Sabía que había sido denunciada por difamación. Aunque el chaval había acabado retirando la demanda, ella debía haberlo pasado muy mal.

Hizo girar el lápiz entre los dedos. No debería hablar. Todo debería seguir dentro del ámbito estrictamente profesional entre ellos, pero ella había abierto la puerta a la curiosidad, y tampoco quería dejar pasar la oportunidad de hacerle unas cuantas preguntas. Si quería

conocer sus secretos, tendría que compartir los propios.

–Sé que la demandaron hace tres años.

Olivia abrió los ojos de par en par.

–¿Ah, sí?

–Como Constanzo, me gusta saber con quién trabajo.

Ella no contestó, pero se había quedado pálida como la pared.

–Me dijeron que la demanda se retiró, pero supongo que aun así debió ser muy difícil tener diecinueve años y que alguien te denuncie –ella asintió–. ¿Y qué pasó?

–¿Pasar?

–Ningún chaval de veinte años presenta una demanda sin tener una buena razón. Lo que le dijera debió ser gordo.

Ella se irguió.

–Lo que dije no era más que la verdad.

–Entonces no podría ser difamatorio.

–No podía demostrarlo.

–Oh. ¿Y era cierto? –ella asintió–. Seguramente fue esa la razón de que retirara la demanda. No quería arriesgarse a que encontrara el modo de demostrarlo.

–Él sabía bien que no podía.

La curiosidad volvió a picarle y estuvo a punto de seguir preguntando, tan intrigado que el trabajo que tenía delante había perdido por completo su atractivo. Pero de pronto se dio cuenta de que empezaba a sentirse cómodo hablando de cosas personales… la clase de cosas de las que no hablaba con nadie, y mucho menos con una empleada. Ya había decidido que no quería sentirse atraído por aquella mujer, así que ¿qué narices estaba haciendo?

–¿Por qué no intenta dormir mientras yo adelanto un poco más el trabajo? Este viaje a Italia me va a costar cientos de cosas si no consigo organizarlo todo, así que basta de charla.

–De acuerdo.

Ella se dio la vuelta y él se obligó a volver al trabajo. El trabajo había hecho de él quien era. No necesitaba conversación. No necesitaba tener familia. Solo necesitaba ser el mejor.

El avión aterrizó en el aeródromo privado que Constanzo Bartulocci tenía en el campo. Un chófer esperaba en una limusina blanca para llevarlos a la villa.

Vivi miraba por la ventanilla embobada. Un mar de hierba verde alfombraba las montañas, el cielo era más azul de lo que había visto nunca, extendiéndose sobre las herbáceas colinas como un dios azul y benévolo.

–Esto es precioso.

Tucker, que estaba sacando un documento de su maletín, contestó:

–Italia es un país muy hermoso.

Olivia estuvo a punto de preguntar si siempre estaba trabajando, pero ya conocía la respuesta a esa pregunta. Ahora que le había confesado que había sido niño en acogida, muchas de las cosas que había en él encajaban. Lo mismo que ella consideraba el éxito un modo de reivindicarse, él debía considerarlo un modo de demostrar su valía a un mundo que no había querido saber nada de él. Esa era la razón de que hubiese volado a Italia con traje negro, camisa blanca y corbata plata y negro, mientras que ella llevaba unos pantalones corrientes y una camisa amarilla. Él nunca se detenía. Nunca se relajaba. Para él, todo era trabajo.

Llegaron a la villa de campo de Constanzo y Vivi a punto estuvo de partirse el cuello de tanto mirar a su alrededor intentando verlo todo al mismo tiempo. Árboles y arbustos proporcionaban intimidad, y una esplendorosa hierba verde acompañaba los caminos de piedra que los condujeron a la puerta principal de una casa de piedra que bien podía tener cientos de años, pero que había sido restaurada y actualizada.

–¡Bienvenidos! ¡Sed bienvenidos!

Constanzo los recibió en el vestíbulo, con pantalones de vestir y una camisa de manga corta con el botón del cuello desabrochado. Desde allí partía una colorida escalera con un pasamanos de hierro que conducía al primer piso. En las mesas antiguas que había contra las paredes lucían hermosos ramos de flores frescas. Aunque la casa era grande, no parecía la desmesurada mansión que Vivi se esperaba que tuviese un millonario. Era hermosa y colorida, pero también acogedora.

El anfitrión abrazó primero a Vivi y después a Tucker.

–Mi personal está dejando vuestras cosas en las habitaciones. ¿Quieres refrescarte un poco?

Vivi ahogó un bostezo.

–Lo que me gustaría es dormir un ratito. No he podido hacerlo en

el avión.

No había sido capaz de relajarse, así que había pasado la mayor parte del vuelo leyendo.

Constanzo se rio.

–Vivi, Vivi… el mejor modo de acostumbrarse a una nueva franja horaria es intentar engañar a tu cuerpo diciéndole que ya está acostumbrado.

–¡Llevo veinticuatro horas sin dormir! No creo que lo consiga.

–Claro que sí –contestó él, pasándole el brazo por los hombros y conduciéndola a la escalera–. Será la hora de acostarte antes de que te des cuenta. Date una ducha y cámbiate de ropa. Ponte algo cómodo, y yo te enseñaré la casa y sus alrededores. Iremos al pueblo a comer a un pequeño restaurante, y volveremos a cenar aquí.

–También podría echarse una siesta junto a la piscina mientras tú y yo hablamos de negocios.

Estaba tan cansada que casi se había olvidado de que Tucker estaba detrás de ellos. Pero no le sorprendió que quisiera hablar de los detalles de su acuerdo. Estaban allí para trabajar.

Constanzo se rio.

–Antes de que hablemos de negocios, tienes una misión que cumplir.

–Sí, pero hay muchos detalles que podríamos…

Constanzo volvió a hacer ese gesto tan suyo con que le quitaba importancia a todo.

–Ya hablaremos de detalles cuando le haya enseñado a Vivi todo esto.

Por primera vez desde que llegara a ser la mano derecha de Tucker, sintió una especie de responsabilidad hacia su trabajo. Ahora que sabía un poco más de él y de su ética del trabajo, sabía lo que tenía que hacer.

–La verdad es que preferiría ver la ciudad un día que ya esté descansada –sonrió–. Además, tengo la sensación de que podría pasarme el día recorriendo la villa y sus jardines.

–¡Pues eso será lo que hagas!

Ella se rio, y él la acompañó a una habitación decorada en distintos tonos de lavanda y blanco. La suave brisa del mes de junio inflaba los visillos blancos, y el olor a hierba recién cortada y flores silvestres se colaba con ella.

–Esta habitación es muy hermosa. ¡Arte puro!

–La vida es arte para ser disfrutado.

Constanzo abrió la puerta de un cuarto de baño de mármol blanco y le mostró el armario en el que su ropa ya había sido colgada.

–¡Tu personal es una maravilla!

–Les gusta su trabajo y no quieren perderlo. Bien. Tucker y yo te dejaremos explorar. Si necesitas bañador, marca cinco cero en el teléfono y pídelo. Tenemos suficientes para los invitados, y mi personal habla inglés.

Ella le dedicó una sonrisa de agradecimiento y Tucker y él se marcharon.

Respiró hondo. Aquel aire olía a fresco, un aroma que no había vuelto a disfrutar desde su última visita a Kentucky, y giró sobre los talones. ¡Estaba en Italia, en la casa de un millonario! Sintió deseos de pellizcarse, pero decidió que era mejor quitarse las sandalias.

Llamó por teléfono al número que le habían indicado y una doncella le llevó un bañador color fresa de la talla que le había pedido. Habían cortado las etiquetas, pero era obvio que se trataba de una prenda nueva.

Se duchó, se puso el bañador y el voluminoso sombrero de paja que le habían llevado también, y con el libro en la mano, bajó de nuevo. A la derecha había una puerta de doble hoja cerrada. Un comedor formal, sobre cuya mesa colgaba una impresionante lámpara de araña de cristal, quedaba a la izquierda partiendo del vestíbulo. Tomó el pasillo que salía desde debajo de la escalera y se encontró en un espacioso salón, dominado por unos sofás con tapicería de flores, acompañados por sendas lámparas de cristal. Unas hermosas puertas dobles de cristal dejaban entrar la imagen de la piscina, con su agua azul brillando al sol.

Salió a un patio con el suelo de piedra gris donde aguardaban una hilera de hamacas de lona. Dejó en una de ellas el libro y se quitó las sandalias y el caftán de encaje blanco.

Cuando por fin se acomodó en la hamaca, el sol de junio la calentó y una paz maravillosa la invadió. Estaba en Italia. ¡En Italia! Había llegado allí en un avión privado, la habían trasladado en una limusina, estaba en una villa en la que las doncellas se habían ocupado de colocar su equipaje, y ahora estaba disfrutando tumbada junto a una piscina.

Tras dejar a Olivia en su habitación, Constanzo le mostró a Tucker la lujosa suite que iba a utilizar durante su estancia. Le sugirió que descansase un momento, pero él insistió en que utilizaran ese tiempo para tratar de algunos detalles de la adquisición de su grupo de

empresas, de modo que el anfitrión le condujo a un estudio que había en la parte trasera del primer piso.

Una inmensa mesa ocupaba el centro de la estancia. Cuatro pantallas de televisión, una en cada pared, colgaban en lugares estratégicos, y un bar que parecía un viejo pub inglés dominaba el rincón más alejado.

–¿Qué te apetece? –le ofreció nada más entrar.

–Detalles. Me estás ofreciendo un grupo de empresas que vale millones de dólares, y creo que lo primero que tenemos que hacer es acordar cómo vamos a determinar su valor de mercado.

–¡No, no! –se rio–. Qué te apetece tomar. ¿Quieres un botellín de cerveza americana, o una de grifo?

Tucker contuvo un suspiro de impaciencia.

–Probaré la tuya –Constanzo sirvió dos cañas–. Gracias. Bien, ¿y cómo vamos a determinar el valor de mercado?

Constanzo pulsó un botón y apareció una diana.

–Podríamos usar las cifras de mi informe anual.

–¿Sin tener en cuenta lo que haya ocurrido estos últimos meses? ¿Cómo puedo saber que el valor de tus empresas no ha caído?

Abrió una caja de madera labrada en cuyo fondo esperaba un juego de dardos y se la tendió.

–Lo sabes porque me has venido observando, y conoces exactamente el valor de mi empresa.

Tucker se rio. Sacó un dardo, apuntó y fue a clavarlo en el centro de la diana.

–¡Ah! ¡Un verdadero contrincante!

–No vamos a hablar de negocios, ¿verdad?

–No. Estás cansado del viaje y no sería justo.

–Cierto. No intentes tomarle el pelo a alguien que se gana la vida detectando cuándo le mienten.

–Está bien. Vamos a hablar claro: si no consigues traerme a mi hijo una vez haya comprendido mi situación, es decir, que su madre se puso en contacto conmigo solo en una ocasión, en un día horrible en el que estaba tan desbordado que apenas pude comprender lo que me decía, no te venderé mi empresa.

–Entonces no tiene sentido tratar los detalles, ¿no?

–Ninguno.

Constanzo abrió las cortinas del estudio y una hermosa piscina de aguas cristalinas apareció ante su mirada. El espacio había sido todo cubierto de piedra gris, con grupos de muebles que componían rincones formales o zonas más desenfadadas junto al agua.

Y en una de las hamacas había una mujer de piel clara que llevaba un bañador de un intenso color rosa. Un mechón de cabello rubio se movía en la brisa.

Olivia. Vivi. Relajada, feliz, natural. La mujer que había conseguido hacerle hablar de sí mismo.

–No debería quedarse dormida al sol –comentó Constanzo.

Tucker tomó un trago de su cerveza.

–Más le vale haberse puesto protección solar. Es tan blanca…

Lo era. Blanca y confiada. Y por fin se había dado cuenta de que era precisamente eso lo que le había atraído de ella, aunque le molestase enormemente. Quería comprender, hacía millones de preguntas, quería confiar en la vida.

Confiar en la vida… como si eso fuera posible.

Reparó en la suave curva de sus hombros y en la firmeza de su vientre. Aun siendo precisamente el polo opuesto a lo que a él le gustaba en las mujeres, era una tentación.

Lo cual no podía ser más ridículo. Le gustaban las mujeres etéreas y sofisticadas, no las chicas de pueblo.

La vio cambiar de posición y colocarse de lado. El sombrero de paja le tapó más la cara, pero la posición empujó sus senos casi al borde del escote del bañador. Estiró las piernas desnudas sobre la lona color arena de la hamaca. Bien. Sexy, sí que lo era. No etérea ni sofisticada, pero tenía que admitir que sexy, sí.

–¿Vivi es algo más que tu asistente?

Tucker se volvió. Dios.

–No –se acercó al bar y sacó tres dardos–. Ya te dije que ni siquiera es mi asistente habitual. Betsy, que es quien trabaja normalmente conmigo, ha tenido un accidente. Vivi… es solo temporal.

Constanzo se rio.

–Ya.

–Seguramente no estará conmigo la próxima vez que nos veamos. Betsy te gustará. Es muy competente.

Y él contaba los días que faltaban para que acabase su rehabilitación y volviese a la oficina. No quería tener una asistente sexy. No quería tener que preguntarse el por qué de la demanda que

presentaron contra ella por difamación.

Aun así, cada vez que era el turno de Constanzo de lanzar los dardos, su mirada vagaba invariablemente hacia la piscina.

–¿Quiere beber algo, señorita?

El mayordomo de chaquetilla blanca sobresaltó de tal modo a Vivi, que se había quedado dormida, que dio un respingo. No lo pretendía, porque quería acostumbrarse cuanto antes al nuevo horario.

–Uy, perdón por el salto.

–No se preocupe –sonrió el hombre.

–¿Tienen té helado?

–Sí, señorita.

Se marchó sin hacer ningún ruido, igual que había llegado, le llevó su bebida y desapareció de nuevo. Tomó un sorbo de té y se dio la vuelta en la hamaca, no fuera a quemarse.

Pero antes de terminar el movimiento tuvo la extraña sensación de que alguien la observaba.

Se incorporó y miró hacia la casa. La pared entera del primer piso se había sustituido por cristal, pero el ángulo del sol lo volvía negro, de modo que no podía ver a través de él.

Ajustó el tirante del bañador y se pasó las manos por las piernas, pero no consiguió desprenderse de la sensación de estar expuesta.

Pues claro. Estaba fuera. Tomando el sol en una casa que tenía, por lo menos, una doncella, un mayordomo y un conductor. Seguramente habría también cocinero y jardinero. Cuatro personas que podían estar mirándola si quisieran.

Qué paranoia tan absurda. Seguro que aquella sensación se debía más bien a la culpa de saber que Tucker y Constanzo estaban trabajando y ella no. No la habían llevado a Italia para que se pasara las horas dormida. Aunque a su jefe lo hubieran obligado prácticamente a llevarla, tenía que trabajar. Ya había dormido una siestecita. Estaba lista.

Se puso el caftán y subió descalza a su habitación. Volvió a ponerse los pantalones y la camisa amarilla y bajó de nuevo.

La casa era un laberinto de pasillos y habitaciones de hermosa decoración. Habría podido detenerse en cada una de ellas para contemplar el mobiliario y las obras de arte, pero como tenía que encontrar a Tucker y Constanzo, siguió buscando hasta que los

localizó en el estudio, jugando a los dardos y tomando una cerveza.

–Vaya… yo en la piscina, sintiéndome mal porque iban a estar trabajando y yo no, y los encuentro aquí, jugando a los dardos.

Tucker se volvió a mirarla. Se había quitado la chaqueta del traje y la había dejado en el respaldo de una silla tapizada. Se había remangado la camisa blanca y aflojado la corbata. Estaba tan guapo que le costó trabajo tragar saliva.

Aquella irracional atracción seguía creciendo, pero al menos ahora entendía por qué: era un hombre que se había criado pobre, pero que había logrado alcanzar el éxito. Lo mismo que quería hacer ella. Tenían algo en común.

–¡Vivi, pasa! ¿Sabes jugar a los dardos?

–No, no sé.

–Tu jefe me está dando una paliza.

Ella dejó vagar la mirada por el estudio, pero se detuvo de pronto cuando vio la tumbona con el vaso de té helado vacío sobre la mesita. Inmediatamente miró a su jefe, y en aquella ocasión, él no apartó la mirada. Sus ojos esmeralda ardían y a ella se le aceleró la respiración. La había visto en traje de baño.

Bueno, ¿y qué? Era un bañador de una sola pieza. ¿Y qué si le había visto las piernas? No significaba nada.

Pero él no apartó la mirada, y ella, tampoco.

Vale. Sí que significaba algo.

Le vio tomar un dardo y lanzarlo a la diana. Se clavó con un golpe seco que se pareció al latido de su corazón. No quería que le gustase otro hombre que estaba fuera de su alcance, pero ¿cómo pararlo? Sus sentimientos se habían despertado inesperadamente.

¿Y los de él?

Capítulo 6

Pretextando que necesitaba ocuparse de algunos asuntos de trabajo, Tucker salió del despacho poco después de que hubiera llegado Olivia, y no volvió a verlo hasta que entró en el comedor para cenar. Al mismo tiempo que Tucker entraba por una puerta, Constanzo lo hacía por la otra. Traía cara de preocupación.

–Lo siento mucho, pero hay un problema del que debo ocuparme y vamos a tener una videoconferencia en diez minutos. Os diría que enseguida estaré aquí, pero es un problema grave.

Vivi sintió que el corazón le aleteaba contra el pecho. ¿Tucker y ella iban a cenar solos? –Lo comprendo –contestó él.

–Excelente. Disfrutad de la cena –y salió.

Tucker se quedó frente a ella. Como siempre, llevaba traje negro que parecía hecho a medida, camisa blanca y corbata gris, mientras que ella llevaba un vestido de tirantes estampado con flores y ligero que se compró la temporada anterior a final de verano y a mitad de precio.

–Buenas noches, señorita Prentiss.

Se había desabrochado el cuello de la camisa y aflojado la corbata. Estaba desarreglándose por estar con ella y que no se sintiera avergonzada. Era un gesto maravilloso, pero se recordó que no podían ser pareja.

–Buenas noches, señor Engle.

Tucker apartó una silla y ella se sentó.

–¿Sabe qué ha preparado el cocinero? –preguntó, sentándose frente a ella.

–Esta tarde me dijo que iba a preparar lasaña como se debe hacer la lasaña.

–Cómo le gusta el melodrama –dijo él riéndose.

–Pues si sabe tan bien como huele, creo que se lo puede permitir.

Mientras los camareros les llenaban las copas de agua, Olivia pensó qué decir. Enfrentada con el protocolo del servicio y la larga fila de cubiertos, volvió a pensar que Tucker Engle y ella no tenían nada en común.

Cuando los camareros salieron, respiró hondo y dijo:

–Esta tarde Constanzo me ha ganado cuatro partidas de billar.

–Ha sido muy considerada jugando con él.

–Dice que para un hombre de su edad es muy aburrido estar sentado en casa sin nada que hacer. Que debería tener ya nietos y estarle enseñando a nadar a una niña y a hacer aguadillas a un niño –Tucker volvió a reír y Vivi se relajó un poco–. Creo que me estaba distrayendo con su charla para que no me diera cuenta de la paliza que me estaba dando.

Los camareros volvieron con ensalada y pan, y comenzaron a comer. Durante los minutos que siguieron, la conversación giró en torno a lo delicioso que estaba aquel pan, y después quedaron en silencio.

Olivia se estrujaba el cerebro para encontrar algo que decir, pero no hallaba nada. Los segundos pasaban como horas, recordándole que no debería sentir atracción por un hombre con el que tenía tan poco en común.

Llegó el plato principal, y con el primer bocado ambos gimieron extasiados y elogiaron la lasaña, pero la conversación volvió a estancarse. Cuando terminó el postre, Vivi miró el reloj. Ni siquiera eran las nueve.

Tucker también miró a hurtadillas su reloj. Para ser dos personas con una química que casi se podía tocar, estaban los dos deseosos de separarse.

Tucker se levantó de la silla y dejó la servilleta junto al plato vacío del postre.

–¿Qué le parece si jugamos unas partidas de billar?

–¿En serio?

–Si nos vamos ahora a la cama, a las cuatro estaremos despiertos. ¿Quiere tener que estar sentada durante horas sin nada que hacer?

–Yo pensaba que si me iba a la cama ahora, dormiría horas seguidas.

Él se rio.

–¿Tiene ganas de irse a la cama?

–La verdad es que no lo sé. Me parece que permanecer despierta unas horas más puede ser mejor.

–Estupendo.

Entraron en el estudio en silencio y, mientras ella escogía su taco, Tucker colocó las bolas. Con una leve inclinación de cabeza, la dejó comenzar. Metió una de las bolas rayadas en el agujero, pero erró el

siguiente tiro y el turno pasó a Tucker. El estudio se llenó del ruido de su palo golpeando bola tras bola, tac, tac, tac, cayendo todas en los agujeros.

Viendo la paliza que se estaba llevando, se olvidó de todo. ¿Por qué podía ganar a cualquier tío en un bar, pero era incapaz de hacerlo con dos millonarios?

–Vale. Aún no estaba preparada. Vuelva a colocar las bolas, que esta vez no se lo voy a poner tan fácil.

–Ya lo veremos –contestó Tucker con una sonrisa.

–Vanidoso, ¿eh?

Tucker dispuso las bolas en el centro de la mesa.

–No es vanidad. Solo que la he visto jugar, y mi técnica es mejor.

–Sí, ya.

Hizo un gesto con la mano hacia la mesa mientras iba al bar a servirse una cerveza.

–Adelante. Le doy ventaja.

Olivia se acercó a la mesa, apuntó y dio un golpe que restalló en todo el estudio. Dos bolas cayeron.

–Ahora ya es mío –le dijo sonriendo.

Él se apoyó en la barra.

–¿En serio piensa que va a tener esa suerte?

–Sin duda.

Rodeó la mesa considerando su próximo golpe. Cuando lo encontró, se inclinó para apuntar.

Tucker movió la cabeza.

–La postura no es buena.

–Sí que lo es.

–No. Fíjese en el taco. Tiembla.

Se acercó a ella y se inclinó para ajustarle un poco el brazo.

–¿Lo ve? ¿No es mejor así?

Sentir su pecho en la espalda le provocó un escalofrío de la cabeza a los pies. Luego se apartó como si no hubiese notado absolutamente nada, y ella golpeó.

Milagrosamente, la bola a la que había apuntado se coló en el agujero, y Olivia saltó entusiasmada.

–¡Sí!

Él se acercó de nuevo a la mesa.

–Siga.

Ella escogió un tiro y volvió a apuntar.

–Ese taco sigue oscilando.

Volvió a colocarse sobre ella y se inclinó para enderezarle el brazo. Pero de pronto se quedó completamente inmóvil.

La habitación se sumió en un denso silencio.

El calor partía de él y Vivi se habría estremecido de no haberse controlado con toda su fuerza de voluntad. Volvió hacia atrás la cara para mirarlo, y descubrió que sus ojos verdes ardían.

Ay, Dios. Aquello no era bueno.

Tucker se quedó paralizado. Aquella mujer era lo más suave que había tocado nunca. Hasta la última hormona de su cuerpo se había despertado al rozarla, y anhelaba darle la vuelta y besarla.

El deseo fue tan fuerte, tan natural, que lo pilló desprevenido y lo devolvió al planeta tierra. ¡Era una empleada!

¡Los ejecutivos no besaban a las empleadas!

Se incorporó y volvió a la barra como si nada hubiera ocurrido, confuso por no poder controlarse.

Constanzo apareció en se momento.

–¡Espléndido! ¡Veo que llego justo a tiempo! Juego contra el que gane.

Olivia apuntó, pero falló.

–Le toca.

Tucker se humedeció los labios. Ahora ya sabía que ella sentía lo mismo que él, pero podría manejarlo. Bastaba con fingir que no había ocurrido.

Dejó la cerveza, tomó el taco y se acercó a la mesa. Metió dos bolas y falló la tercera, lo cual pareció sorprender a Olivia, que se acercó despacio. Coló el resto de bolas, con lo que su victoria fue clamorosa.

–Ahora nos toca a ti y a mí, Vivi –dijo Constanzo, frotándose las manos con fruición.   Pero Olivia bostezó.

–Me temo que va a tener que jugar con el señor Engle. Creo que yo debo irme a la cama.

Tucker no sabía si de verdad estaba cansada o intentaba alejarse de

él, pero suspiró aliviado.

–Tucker te acompañará a tus habitaciones –dijo el anfitrión.

La sangre se le heló a Tucker en las venas. ¡No podía acompañarla a su habitación! Se sentía inseguro con ella. Confuso. Quería estar cuanto más lejos mejor.

Olivia negó con la cabeza.

–No es necesario. Conozco el camino.

Pero Constanzo insistió.

–Vivi, no vas a subir sola. Acompañar a una dama a sus habitaciones es algo que haría cualquier caballero.

Tenía razón y Tucker no tuvo más remedio que acorralar sus hormonas y volver a la realidad. Él era un caballero, y ella, una empleada. Preocuparse por si no era capaz de contenerse era ridículo.

–Tonterías –dijo, dejando la cerveza–. Se está usted durmiendo de pie. La acompaño.

Se despidieron de Constanzo mientras este preparaba la partida. Cuando salían, oyeron que había puesto en la televisión un partido de fútbol, y a continuación golpeaba con estruendo las bolas del billar, pero debajo de ese ruido había una nada silenciosa, y de pronto comprendió por qué Constanzo quería buscar a su hijo.

Cuando se retirara, aquello iba a ser su vida. Recibir algunos invitados llenaría el vacío, pero principalmente estaría solo. Y quería que esa soledad se llenara con los ruidos que haría un hijo y, quizás, algún día, sus nietos.

–¿Por qué me llama señorita Prentiss? –preguntó Olivia mientras atravesaban el vestíbulo de camino a la escalera.

–La llamo señorita Prentiss porque es su nombre.

–También lo es Olivia, o Vivi –se detuvo para mirarlo–. Y tengo que admitir que, a veces, me resulta extraño tener que llamarle señor Engle cuando todo el mundo le llama Tucker.

Lo que le faltaba a sus hormonas: que otra barrera se derrumbara con estrépito.

–A las personas con las que hago negocios las llamo por su nombre de pila, pero usted es una empleada.

–Una empleada que tiene que llamarle de un modo diferente al resto de los demás.

Debería haberle molestado aquella impertinencia, pero la entendía. Eran dos personas que se atraían de un modo visceral, y que en cualquier otra circunstancia estarían deseando dar rienda suelta a esa atracción.

Cuando llegaron a la puerta de la alcoba, Vivi se detuvo y lo miró.

–Buenas noches… Tucker.

Demonios… estuvo a punto de echarse a reír. Desde luego, cuando quería podía ser muy arrogante.

–Estás siendo muy infantil.

–No. Es que no me gusta que alguien intente menospreciarme.

–¿Crees que es eso lo que pretendo?

–¿No es eso? –replicó encogiéndose de hombros.

–¡Pues claro que no! –no había dejado de sentirse atraído por ella ni un segundo y ¿creía que no le gustaba?–. Solo pretendo que mi oficina represente su papel dignamente. Pretendo un poco de decoro.

–Pues no creo que esté funcionando.

–Contigo no, desde luego –contestó él riéndose.

Ella no contestó, y el corredor quedó en silencio. Pero aquel silencio era distinto al que habían dejado en el estudio de Constanzo. Este vibrada con electricidad.

Le gustaba. No quería, pero así era. Y deseaba besarla.

Dio un paso hacia ella y Olivia lo miró con inseguridad en sus ojazos azules. La tentación era intensa. Quería estar, aunque fuera solo una sola vez, con alguien que pudiera comprenderle de verdad. Con quien poder ser sincero. Ser él mismo.

Ella alzó las cejas. ¿Estaría pidiéndole que la besara? Miró su boca y volvió a mirarla a los ojos. Podía imaginarse la suavidad de aquellos suculentos labios, concebir todos los movimientos que haría. No quería ser delicado. Ella no lo era. Se mostraba abierta, franca, sincera, y él la besaría de ese modo.

Un segundo transcurrió, dos, tres, pero no era capaz de hacerlo, y no porque no quisiera, sino porque lo deseaba con demasiada intensidad.

–Buenas noches, Tucker –susurró ella, y se volvió a abrir la puerta temblándole las manos.

Cuando entró en su habitación y cerró la puerta, Tucker experimentó un tremendo alivio. Aquello era un error. Nada bueno saldría de besarse, y menos aún una relación.

A primera hora de la mañana, subieron a uno de los coches de

Constanzo. Tucker seleccionó como idioma el italiano en el GPS de su teléfono y Vivi lo miró con la boca abierta.

–¿Hablas italiano?

Tucker la miró de soslayo. Aquella mañana llevaba unos desgastados vaqueros que parecían acariciar sus nalgas perfectas y una camiseta rosa que realzaba el tono de su piel. Su cuerpo reaccionó como si no tuviera derecho a sentirse interesado, atraído, excitado por su sexualidad inocente y sin afeites.

Tenía que tranquilizarse. Sí, era atractiva, y sí, estaba interesado en ella, pero solo sexualmente. En lo demás no encajaban, y quedaba fuera de sus límites.

–¿Tú no lo hablas?

–No.

Otra cosa más que añadir al montón de razones por las que

la atracción que sentía por ella era ridícula.

–Bueno, no te preocupes. Constanzo ha dicho que su hijo se crio en Estados Unidos, ¿recuerdas?

El viento entraba por la ventanilla que llevaba abierta y se quitó de la cara unos mechones de pelo.

–¿Tienes pensado lo que le vas a decir?

–Pues no voy a andarme con rodeos: le voy a contar directamente quién es.

–¡Pero eso es una barbaridad!

–No lo creo. Si mi padre me hubiese buscado, así es como querría que me lo hubieran dicho: de frente y sin ambages. Puede que al principio me enfadara, pero acabaría cediendo.

–Pues a mí no me parece bien. ¿Y si el hijo de Constanzo no es como tú? ¿Y si es tímido, o callado? Las personas con tendencias artísticas, como dice el informe que es su hijo, no funcionan como los hombres de negocios.

–Ya. ¿Y tú sabes mucho de eso?

–Algo. Todo el mundo sabe que los artistas y los hombres de negocios no se parecen.

–Pues si es uno de esos artistas muertos de hambre que llevan el corazón en la solapa, me das una patada en la espinilla y tomas las riendas de la conversación.

–¿Yo?

–Constanzo quería que vinieras, ¿no? Será por algo.

Era la razón, al menos, por la que él no podía meterla en un avión de vuelta a Nueva York. Constanzo, como cualquier hombre de negocios inteligente, tenía sus secretos, su modo de leer en las personas, y había visto algo en Olivia que le había hecho desear que estuviera allí. Y él no iba a discutirle esa intuición, sino a usarla.

Olivia suspiró y se recostó en su asiento.

–En lo de darte una patada en la espinilla estoy de acuerdo, pero si me veo en la necesidad de hacerlo, será para que cambies de marcha.

–Te aseguro, señorita Prentiss… Vivi, que si me pateas la espinilla, más te vale que tengas un plan.

El resto del viaje lo hicieron en silencio hasta que una granja aislada apareció cerca de la carretera. La casa de Antonio había conocido mejores tiempos.

–Está claro que este tío no tiene cortacésped.

–O que le gusta la naturaleza –Tucker contuvo la risa–. ¿Tú qué preferirías pintar: un césped recortado o un campo de flores silvestres contra el azul del cielo?

Paró el motor y con un suspiro, abrió la puerta. Vivi bajó también, y ambos tomaron un camino de piedras sueltas. Cuando llegaron a la puerta, él fue quien llamó con tres golpes rápidos y seguidos.

Inspiró hondo y miró a su alrededor. Verdadera–mente era un lugar tranquilo y hermoso. Podría comprender por qué un artista lo elegiría para vivir, sobre todo si había viajado hasta allí para conocer el país de su madre, a su familia, y mantener un poco la intimidad.

La puerta de madera se abrió. Un hombre más o menos de la estatura de Constanzo, vestido con vaqueros y sin camisa, apareció antes ellos.

–¿Sí?

–Soy Tucker Engle y ella es mi asistente, Olivia Prentiss.

Vivi le ofreció la mano.

–Encantada de conocerle. Llámeme Vivi.

El hombre le estrechó la mano con desconfianza.

–¿Es usted Antonio Signorelli?

–Sí. ¿Quiénes son ustedes?

–¿Podemos entrar un momento? –preguntó Tucker.

–Estoy muy ocupado. No tengo tiempo de comprar nada.

Tucker metió un pie entre la puerta y el marco.

–No vendemos nada –contestó, riendo–. Estamos aquí en representación… –Olivia le propinó una patada que le hizo dar un paso atrás–. Representamos a un coleccionista privado que está interesado en poder promocionar a alguien nuevo y fresco.

Antonio se relajó visiblemente.

–¿En serio?

–¿No ves cómo va vestido? –bromeó Olivia, señalando a Tucker con el pulgar–. Está claro que no es un turista, y lleva ropa demasiado cara para ser un vendedor.

–¿Y quieren exponer mi trabajo?

Vivi dio un paso hacia delante.

–Bueno, aún no lo hemos visto. Nuestro cliente es un mecenas del arte, pero no es tonto. Tu trabajo tendría que cumplir ciertos requisitos –sonrió–. Nos encantaría verlo.

Mientras esperaban a que Antonio se decidiera a dejarlos entrar, Tucker frunció el ceño. ¿Y ella tenía la cara dura de reírse de su ropa? Antonio no llevaba camisa. Iba descalzo. Los vaqueros le colgaban de las caderas. Por lo menos él iba completamente tapado.

Por fin abrió la puerta y dio un paso atrás.

–La casa está hecha un desastre.

Vivi puso una mano en su brazo.

–No hemos venido a ver tu casa, sino tu trabajo –miró a su alrededor–. Imagino que tu primordial preocupación es pintar.

–Sí.

Entraron en una casa que necesitaba atención desesperadamente. Desconchones en las paredes y un cristal rajado en una ventana eran los puntos fuertes de la habitación a la que Antonio les condujo. Sobre un caballete había un cuadro sin terminar, pero en la pared de detrás se apoyaban multitud de lienzos.

Los cuadros atrajeron la mirada de Tucker. Estaban dominados por colores intensos e imágenes claras.

–Tiene un modo único de contemplar el mundo –le dijo al autor.

Antonio se rio.

–Es que he tenido una educación única.

Tucker miró a Olivia. Si podía haber un momento perfecto para hablarle de su padre, tenía que ser aquel, pero ella negó con la cabeza y se volvió a Antonio con una sonrisa.

–¿Qué tuvo de única?

Tucker suspiró. Más le valía que supiera lo que estaba haciendo.

Antonio se encogió de hombros y apartó el primer cuadro del segundo.

–Mi madre murió cuando yo era muy joven –dijo, colocando el segundo para que Tucker pudiera verlo bien–. Me crie en casas de adopción.

–Yo también –respondió Tucker.

Esa era la regla de oro en los negocios: identificarse con el cliente, y que el cliente se identificara contigo. En aquella ocasión, no buscó la aprobación de Vivi.

–Me dejaron en una iglesia.

Centró su atención en el cuadro que Antonio le mostraba, el campo de flores silvestres del que Vivi había hablado antes. El resultado era sorprendente. Casi podía sentirse el calor del sol y olerse el perfume de las flores.

Antonio quitó aquel cuadro y le mostró un tercero.

–Háblanos más de ti –dijo Olivia.

–Como he dicho, mi madre murió.

Lo colocó aparte y retrocedió al lado de Tucker, esperando, como si ya hubiera mostrado antes su trabajo y supiera que debía dar tiempo al tiempo.

–No sé quién era mi padre, pero mi madre era de por aquí. Cuando tuve edad suficiente y había horrado algo de dinero, vine a conocer a mi familia –se rio suavemente–. Y con paisajes como este para pintar, comprenderás por qué no me he marchado.

–Lo comprendo –respondió Tucker en voz baja.

Olivia se mantenía un paso por detrás. No tenía ojo para el arte, pero sabía que los cuadros eran buenos. Y estaba claro que a Tucker le habían parecido magníficos. Pero eso daba igual. Su pensamiento se había quedado detenido en que le hubieran dejado abandonado en una iglesia y el corazón se le rompió un poco al imaginarse a un bebé envuelto en una mantita azul, solo durante Dios sabe cuánto tiempo en una iglesia vacía en la que seguramente habría reverberado su llanto.

Pero tenía que pensar en lo que debía hacer. Habían abierto la puerta a la conversación sobre sus padres y sobre una muestra de su trabajo. No quería presionar demasiado, ni tener prisa. Era hora de marcharse.

–El señor Engle le dejará su número de móvil –dijo con una sonrisa–. Y tú puedes darnos el tuyo.

Antonio arrancó una hoja de un cuaderno de dibujo y escribió su número. A continuación arrancó otra y se la entregó a Tucker para que hiciera lo mismo.

Pero Vivi sacó una tarjeta con el nombre de su jefe.

–Estaremos en contacto.

–Genial –respondió Antonio sonriendo.

Ya en el coche, Tucker se volvió hacia ella.

–¿Se puede saber de qué iba todo eso? Podríamos haberle preguntado cuanto hubiéramos querido. Le hemos gustado y habría hecho lo que le hubiéramos pedido.

–Se suponía que era un primer acercamiento. Quería que nuestra excusa pareciera real.

–Hemos tenido al menos tres oportunidades de tener la conversación real que necesitábamos.

–Y él podría habernos dado con la puertas en las narices.

Está orgulloso de su trabajo, y me ha dado la impresión de que a ti también te ha parecido bueno. Hablamos con Constanzo, le contamos el plan y vemos si le gusta. Si nos dice que sí, entramos en la vida de Antonio en unos cuantos días y le allanamos el camino a su padre. Y cuando llegue el momento oportuno, se lo contamos.

–¿Tú sabes cuántas posibilidades hay de que eso salga mal?

–Sí, pero también sé que si lo hacemos a mi manera, dándoles tiempo para estar juntos antes de dejar caer la bomba, aunque él se asuste y huya, siempre podrá volver y conocer a su padre cuando se tranquilice.

Tucker puso el motor en marcha.

–¿Cómo es que sabes de arte? –le preguntó Vivi–. Está claro que el trabajo de Antonio es bueno, pero me he dado cuenta de que a ti te ha parecido excepcional.

–Depende del ojo del observador. Si la técnica es buena, solo hay que ver si lo que tienes delante te dice algo.

–¿Y qué te ha dicho a ti?

Tucker tomó de nuevo la carretera secundaria que conducía a la finca de Constanzo. Los segundos pasaron en silencio. ¿Iba a responder a su pregunta o no?

Justo cuando estaba a punto de repetirla, él suspiró.

–Su trabajo me dice que es capaz de ver la belleza entre la fealdad de mundo.

–¿Piensa que el mundo es feo?

–Sabe que lo es. Se crio en casas de acogida. Incluso los padres de acogida que llegaran a quererlo lo devolvían, dependiendo de sus circunstancias. Un padre de acogida puede necesitar operarse del corazón, o que le pongan una prótesis de rodilla. A veces simplemente no pueden quedarse contigo. Cuando cumplió los dieciocho, la ayuda del estado se le acabó, y es posible que se encontrara de pronto en la calle sin saber adónde ir.

Hablaba con tanta seguridad, que sintió que el corazón se le ablandaba un poco, y volvió a imaginarse al bebé de la mantita azul llorando en la iglesia.

–Supongo que algo de eso te ocurrió también a ti.

–No soy especial, y tampoco me dejó deprimido la experiencia. Cosas así les pasan a muchos niños. Crecer en casas de acogida no es fácil.

–Pero conseguiste llegar lejos.

–Sí.

–¿Y sigues pensando que el mundo es un lugar feo?

–Creo que es un lugar duro, y no un entorno dulce como piensas tú.

–¿Me estás llamando una optimista sin remedio?

–Exacto –sonrió.

–Yo también tengo cosas en mi pasado.

–Ya. Lo de la denuncia.

–Fue muy humillante.

–Y seguro que te asustaste, pero sé que acabaron retirándola. Además, tus padres estarían arropándote constantemente.

–Eres un clasista.

–¿Yo?

–¿Crees que por tener padres la vida es fácil?

–Desde luego más que para los que no los hemos tenido.

–Los padres no pueden arreglarlo todo.

–¿Y qué le ocurrió a la inocente Vivi que no se pudiera arreglar?

¿Que el novio le partió el corazón?

–Mi novio resultó no parecerse en nada a lo que todo el mundo creía.

–Entonces tú lo pusiste de vuelta y media, sus padres te demandaron y acabaste siendo la mala.

–Déjalo.

Respiró hondo. La curiosidad le estaba matando. Desde un principio se había dado cuenta de que había algo en ella, algo distinto e importante, y sabía que tenía que ver con esa demanda. Vivi no dejaba de presionarle para saberlo todo de su vida, y él había ido soltándolo todo, pero ella se negaba a contarle algo que seguramente podría averiguar por sus propios medios.

–Podría buscarlo en la red.

–No lo hagas, por favor. Es algo doloroso para mí, lo mismo que tu pasado lo es para ti.

Tucker salió de la calzada y paró el motor.

–¿En serio? ¿Que te ocurriera algo parecido a lo de Romeo y Julieta te parece comparable con que te abandonaran en una iglesia? Que te criaran personas que solo te acogían en su casa porque el estado les pagaba.

Vivi se humedeció los labios.

–Vamos, que has sido tú la que lo ha empezado todo. No has dejado de hacerme preguntas, y ahora me toca a mí. ¿Qué te hizo ese crío para que intentaras destrozarle la reputación, empujando a sus padres a demandarte?

Ella se miró las manos.

–Me atacó. Me habría violado si no hubiera conseguido escapar.

Tucker se quedó paralizado unos segundos antes de que el remordimiento le empapara de arriba abajo.

–Dios… ¿te agredió?

–¿Y sabes lo que hice que obligó a sus padres a denunciarme? Denunciarle yo a él.

–Lo siento mucho.

–Estábamos saliendo, y todo el mundo daba por sentado que nos habíamos acostado. Al fin y al cabo, él era el estrella del equipo de fútbol local. Un tío guapo, con pasta… todas las chicas querían salir con él, pero me eligió a mí.

–No tienes por qué seguir hablando de ello.

Ella recuperó la compostura y de repente dejó de ser débil y vulnerable.
–¿Por qué no? Al fin y al cabo, puedes enterarte en Internet de todos modos.

–No pretendía hacerlo. Siento haber dicho algo así.

–Querías saberlo, ¿no? Pues ahora lo sabes.

De pronto lo entendió todo: su impertinencia y su descaro eran mecanismos de defensa. Prefería ser autoritaria y avasalladora que débil.

–Muy bien –le dolía físicamente quitarle importancia a su experiencia, pero sabía que era lo que ella quería: que se enfrentara a su rabia, y no a su debilidad–. Espero que en lo de Antonio no estés equivocada.

–No lo estoy.

–Y a Constanzo se lo explicas tú.

Vivi cuadró los hombros.

–No hay problema.

–De acuerdo.

–De acuerdo.

La determinación de su voz debería haberlo animado, pero no dejaba de verla con diecinueve años, inocente, confiada… y un crío, un gilipollas provinciano cuyos padres estaban convencidos de que no podía hacer nada malo, la había acosado hasta el punto de…
Sintió un deseo incontrolable de golpear con el puño el volante, sobre todo porque había sido él quien la había obligado a despertar todos aquellos recuerdos.

Capítulo 7

Constanzo los esperaba en la puerta de su maravillosa casa.

–¿Y bien?

–Hemos conocido a tu hijo.

Tras la conversación en el coche, Vivi se alegró de que Tucker fuera un adicto al trabajo que solo pensara en su negocio, porque ella prefería pensar en cualquier cosa que no fuera su pasado. A él no parecía importarle que hubiera abierto viejas heridas, que tuviera los nervios destrozados. ¿Quería respuestas? Ya las tenía. Y luego, que se buscara ella la vida con las repercusiones. Una razón más para no prestarle atención a la atracción que había entre ambos.

–Habéis conocido a mi hijo, ¿y…?

–Es un artista dotado. Tu amiga Vivi se inventó la historia de que querías organizar una exposición de artistas prometedores y que él era uno de los que estábamos valorando. Se lo tragó como un caramelo.

Al llegar al salón, Constanzo se volvió a mirarla.

–¿Es eso cierto?

–He creído que le haría falta tiempo para conocerte antes de que le digamos que eres su padre. Podemos hacer que venga a conocer tu casa para que piense cómo le gustaría exponer aquí su obra…

–No –cortó Constanzo, negando con la cabeza–. Si vamos a hacerlo, lo haremos bien. Alquilaremos una galería para organizar una exposición como es debido –miró a Tucker–. ¿Es bueno?

–Es increíble.

Los ojos de Constanzo se iluminaron y Vivi olvidó la discusión que había tenido en el coche con Tucker. Aquella felicidad la llenó.

–Vivi, eres tan brillante como yo me imaginaba.

Tucker sonrió.

–¿No estás de acuerdo con su plan?

–Siento un optimismo moderado –se encogió de hombros–, pero yo se lo habría dicho directamente.

Constanzo destapó una botella de whisky.

–Me gusta más la idea de Vivi –sacó tres vasos y sirvió–. Entonces, ¿cuándo voy a conocerlo?

–Cuando quieras –contestó Vivi, muy alegre.

–¿Mañana?

–Eh, un momento –intervino Tucker–. Tenemos mucho que hacer antes.

–¿Por ejemplo?

–Pues buscar una galería, para empezar –dijo Vivi.

–Tengo amigos y dinero. Mañana tendremos listo el sitio.

–Entonces, en cuanto tengamos al comisario de la exposición listo para desplazarse a casa de Antonio, iremos – respondió Vivi–. Pero recuerda que no puedes decirle que eres su padre.

–¿Ni siquiera si todo va bien?

–Antes tiene que conocerte –y tras morderse el labio inferior, añadió–: Sinceramente, Constanzo, creo que tú también tienes que conocerlo antes. Eres un hombre rico, y él es muy pobre. ¿Y si es un estafador?

–¿Piensas que mi propio hijo podría querer engañarme? – replicó Constanzo muy serio–. Bueno… todo es posible. En realidad no sabemos quién es.

–Exacto. Por eso lo mejor es mantenerlo en secreto hasta que os conozcáis mejor.

–Mejor empezamos mañana mismo –sentenció, y sacó el móvil.

Veinte minutos más tarde, tenía una galería reservada y la dueña acudiría a su casa a la mañana siguiente. Brindaron con whisky, comieron y jugaron al billar hasta que llegó la hora de la cena.

Vivi nunca había visto a alguien tan feliz y tan animado como Constanzo aquel día, pero después de una tarde abusando del whisky y de acompañar la cena con vino, tuvo que retirarse temprano.

A solas con Tucker en el comedor, la conversación que habían mantenido en el coche volvió a su cabeza. Pero antes de que los recuerdos de Cord pudieran echar raíces, recordó la felicidad de Constanzo y volvió a sentirse fuerte. Sí, se había llevado una desilusión al ver que Tucker se había comportado como si su dolor fuera inconsecuente, pero ese comportamiento reforzaba lo que pensaba: no estaban hechos el uno para el otro.

Como si quisiera confirmarse en esa idea, tomaron el postre prácticamente en silencio. Fue un alivio tomar el último bocado y excusarse para irse a su habitación.

Mientras subía las escaleras sentía la cabeza llena de dudas. Por un

lado, estaba experimentando una tremenda excitación por Antonio y su plan, pero por otro estaba verdaderamente desilusionada con Tucker. No le vendría mal tomar un poco el aire.

A medio subir, se dio la vuelta y atravesó el comedor formal para salir a la piscina. Recordó dónde estaba la tumbona más cercana y se acomodó.

–Bonita noche para contemplar las estrellas.

–¡Tucker! ¡Por amor de Dios! –exclamó asustada–. ¿No podías haberme avisado de que estabas aquí?

–Es lo que he hecho.

Apenas podía distinguir sus piernas tumbado en la hamaca, aunque sus brillantes zapatos recogían algo de las luces dispersas del patio. Su camisa blanca era mucho más fácil de ver.

–Has hecho un buen trabajo hoy –dijo sonriendo.

–Creía que mi idea no te gustaba.

–Y no me gusta. Preferiría haber cortado por lo sano. Pero a Constanzo le gusta, y él es el cliente al que tenemos que complacer –alzó una copa que debía haberse llevado de la mesa de la cena–. Y le has complacido.

Una calidez la llenó por dentro y se relajó un poco. Era difícil seguir desilusionada con un hombre que parecía verdaderamente complacido con su trabajo.

–Mi preocupación ahora es que su felicidad pueda ser excesiva. Sabes que el tiro podría salirnos por la culata.

Vivi frunció el ceño.

–Se me ocurren tres situaciones: que a Antonio no le guste su padre…

–O que a Constanzo no le guste su hijo.

–Pero también Constanzo podría adorar a su hijo…

–Quien podría ponerse furioso cuando sepa que Constanzo es el padre que lo abandonó.

Vivi miró las estrellas.

–En realidad no lo abandonó. Según su historia, la madre de Antonio solo intentó ponerse en contacto con él en una ocasión.

–Señorita Prentiss, no creo que haga falta que le recuerde la existencia de un pequeño detalle llamado orgullo –dijo Tucker.

Hubo un corto silencio.

–¿Quieres decir que Constanzo hirió lo sentimientos de la madre de Antonio, y que por eso le ocultó el nacimiento de su hijo.

–Exactamente.

–Me parece un poco mezquino.

–¿Tú crees? –se volvió de lado–. ¿Qué pensarías tú si, siendo pobre, te quedaras embarazada de un millonario? ¿Un hombre que, aunque creyera que el hijo era suyo, cuestionara tus motivos? Te sentirías como una buscona, una cazafortunas que se habría quedado embarazada deliberadamente por dinero.

Vivi se sonrojó. Parecía estar describiéndolos a ellos. Y las mujeres sin dinero siempre salían escaldadas cuando se relacionaban con hombres ricos. Había aprendido esa lección por la vía dura, y no iba a olvidarla.

–Yo no tengo por qué preocuparme de eso.

–¿Ah, no?

–¡Vamos, Tucker! Sé cuál es mi lugar. Los millonarios tienen un amplio abanico de mujeres para elegir, y precisamente las chicas corrientes y pobres no están en su lista. Solo las más guapas.

Él se echó a reír.

–¿En serio lo crees? Sabes perfectamente que te estás subestimando.

Fue ella quien se rio entonces.

–Sé perfectamente quién soy y cómo soy.

–¿En serio piensas que no eres guapa?

–¿Guapa? Dejémoslo en resultona, siempre que me maquille, algo que no hago.

–Porque no lo necesitas.

La estupidez de aquella conversación la hizo reír.

–Según Maria Bartulocci, estoy en lo cierto.

–Maria pretendía llamar mi atención y sacarme una comisión por acercarme a Constanzo. Si te rebajaba era para eliminar la competencia.

–¿Competencia? ¡Venga ya! Maria sabe perfectamente que es una mujer preciosa.

–¿Tú crees?

–¿Tú no?

Él negó con la cabeza.

–No puedes estar hablando en serio.

–¿Cómo quieres que lo sepa? Debajo de todo ese maquillaje podría esconderse la cara de un mono aullador.

–¿Un mono aullador? ¡No seas cruel!

–No es crueldad. Es sinceridad.

Oyó que se movía y al mirar lo encontró incorporado y de frente a ella.

–Lo que he hecho esta mañana… obligarte a hablar cuando tú no querías… eso sí que ha sido cruel.

Menos mal que estaban a oscuras, porque no quería que viera el placer que le producía su disculpa.

–No lo sabías.

–Pero debería haberme imaginado que se trataba de algo gordo. No podía ser solo que hubieras insultado a alguien. Tú no eres una chica superficial, Olivia.

El corazón se le aceleró. No solo porque la creyera, sino porque nadie la llamaba Olivia. Y su nombre salía de sus labios de un modo sensual, hipnótico.

–Intentas serlo para que la gente piense que tienes el control, pero luego te das la vuelta y haces un millón de preguntas, lo que demuestra que no es así.

Dios bendito… no era de extrañar que fuese rico. Era capaz de ver más allá de una estrategia que le había funcionado durante años, lo cual no podría decir si la complacía o la asustaba.

–Hacer preguntas no tiene nada de malo. Es bueno intentar averiguar lo que está pasando cuando te sientes confusa, pero lo del descaro deberías abandonarlo.

Su comentario la hizo reír y él le tocó suavemente la barbilla para obligarla a mirarle.

–Siento lo de esta mañana.

La suavidad de su mano casi la hizo estremecerse, y sus ojos… esos increíbles ojos verdes que lo veían todo la retuvieron prisionera. El corazón le palpitaba de necesidad. No había besado a un hombre desde hacía años, y deseaba desesperadamente que lo hiciera él. Un beso corto, dulce, sencillo… o un beso lleno de pasión y sinceridad. Le daba igual. Solo quería un beso.

Pero eso estaba mal. Cuando empezó a recuperarse de lo de Cord, se prometió que nunca volvería a relacionarse con un hombre que

estuviera tan por encima de ella socialmente hablando, así que lo mejor era que se olvidara de todo y volvieran a su relación normal.

–No pasa nada.

Él suspiró y se levantó.

–Sí, sí que pasa.

–No. Verás… cuando volvimos a casa de Constanzo y empezamos a hablar de su hijo, todas las emociones que habías despertado antes quedaron eclipsadas por el orgullo que sentí por el buen trabajo que había hecho con Antonio.

Tucker se detuvo al borde de la piscina y se volvió a mirarla.

–Entonces, ¿estás bien?

–Llevo bien desde hace tiempo, pero después de hablar de ello… he conseguido olvidarlo del todo cuando hemos empezado a hablar de trabajo.

–Entonces, ¿exigirte respuestas ha sido bueno?

Vivi se rio.

–No tientes tu suerte.

Sin saber cómo, habían terminado otra vez el uno frente al otro.

–Eres una mujer valiente y divertida, señorita Prentiss –dijo él, poniendo una mano en su mejilla.

Aunque sabía que era peligroso pisar terreno personal con él, tenía que ser consciente de que era humana, y aunque fuera algo sin importancia, no quería renunciar al placer inocente que se permitiría obtener de él.

–Olivia.

–¿Perdón?

–Me gusta cuando me llamas Olivia.

Tucker dio un paso hacia ella.

–¿Ah, sí?

–Todo el mundo me llama Vivi, y a veces tengo la impresión de que vuelvo a tener seis años. Que me llamen Olivia me hace sentir como una adulta.

–O una mujer.

Su forma de pronunciar la palabra «mujer» hizo que le subiera la temperatura. Demonios… ¿a quién quería engañar? Después del

episodio del billar, ninguno de los dos podía fingir que no se atraían.

Aunque el deseo la empujara a ser atrevida, la realidad se abrió paso. El hombre en el que por fin sentía deseos de confiar era rico, sofisticado y tan lejos de su mundo que podía sentirse afortunada de trabajar para él.

Dio un paso atrás, pero él tiró de su mano. Tucker la besó tan rápidamente que las rodillas estuvieron a punto de doblársele. Podría haberse dejado llevar por el miedo. Podría haberle dicho que fuera despacio porque hacía tiempo que no se encontraba en una situación así. Incluso podía haber dado marcha atrás porque aquello era un error. Pero nadie le había hecho sentir las sensaciones maravillosas y temibles que saturaban sus sentidos en aquel momento. Y también su alma.

Su boca se movía con suavidad, con experiencia, lanzando corrientes de fuego y hielo por su espalda. Entonces le sintió abrir los labios y abrió inmediatamente la boca. El fuego y el hielo que le bajaban por la espina dorsal explotaron en el centro de su ser, recordándole dónde irían a parar si no detenía aquello de inmediato. Igual que la madre de Antonio, ella era pobre. El opuesto a Tucker. Era una locura considerar siquiera besarlo.

Violentamente dio un paso atrás y vio cómo sus brillantes ojos verdes se empañaban por la confusión.

Ya había pasado por eso antes: ella seguía siendo una muchacha de pueblo y él, un hombre poderoso. Para él sería solo una conquista más, y su herida era aún muy reciente para arriesgarse a ser solo un pasatiempo.

Dio otro paso atrás.

–Bueno… nos veremos en el desayuno.

No podría haber dicho cosa más tonta que aquella, pero al menos había conseguido conservar la voz. Rápidamente subió a su habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella. Hacía años que no besaba a un hombre, pero treinta segundos más habrían bastado para estar dispuesta a dárselo todo. A un hombre al que apenas conocía. A un hombre con el que no tenía nada en común. ¡Demonios, si ni siquiera estaba segura de gustarle! Sí, lo atraía, pero gustarle, lo que se dice gustarle…

¿Y ella, qué sentía? Al parecer sus sentimientos estaban fuera de control y no tenía ni idea de cómo conseguir que volvieran al redil.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, la torpeza de su comportamiento la asaltó y tuvo que detenerse para respirar hondo antes de entrar en el comedor.

Se pasó las manos por el vestido de flores, su favorito. Menos mal que lo había llevado. Siempre le aportaba confianza. Pero estando a punto de enfrentarse al hombre al que había besado la noche anterior…

Irguió la cabeza y entró en el comedor. Constanzo y Tucker estaban leyendo el periódico.

Constanzo se levantó.

–Buenos días, dulce Vivi.

Separó una silla para ofrecérsela y ella se sentó. Tucker alzó la mirada del periódico.

–Buenos días… Olivia.

La sangre volvió a lanzársele a una loca carrera por las venas, pero no iba a sentirse avergonzada, o a pensar en lo que aquello significaba.

La doncella de Constanzo acompañó a una mujer al comedor. Rondaba los treinta años, llevaba un traje de chaqueta hecho a medida y un bolso de Gucci.

Constanzo volvió a levantarse de inmediato.

–¡Patrice! –tomó sus manos y la besó en las mejillas–. Tucker, Vivi, os presento a Patrice Russo.

Tras estrechar sus manos, dijo algo en italiano dirigiéndose a Constanzo.

–Tucker habla italiano –contestó este con un sonrisa–, pero Vivi, no.

–Entonces hablaremos en inglés.

Constanzo le ofreció una silla.

–¿Quieres desayunar con nosotros?

–Solo café –contestó, y miró a Vivi con una sonrisa–. Así que tú eres mi contacto.

–En realidad el señor Engle es quien está a cargo del proyecto.

Constanzo se sentó de nuevo, sonriendo.

–Es muy modesta nuestra Vivi. En realidad, el plan es suyo.

–Es su plan –intervino Tucker, y Antonio parece responder bien ante ella, de modo que Vivi será tu contacto.

Una camarera sirvió el café de Patrice y Vivi le explicó la idea. Patrice resumió rápidamente cuál era el proceso que se seguía para llevar el trabajo de un artista a una galería y organizar una exposición.

–Necesitaríamos un mínimo de dos semanas, pero para hacerlo bien yo sugeriría un mes. Pasaremos la primera semana puliendo los detalles de nuestro acuerdo, y luego necesitaré tres semanas más para elegir los cuadros y organizar todo lo demás.

–Me parece genial.

Terminaron el desayuno y no perdieron ni un momento. Constanzo pidió una limusina. Vivi y Patrice entraron primero. Constanzo se acomodó junto a Patrice, y Tucker junto a Vivi.

Consciente de que resultaría infantil intentar separarse de él cuanto le fuera posible, permaneció donde estaba, aunque resultó una tortura. Su perfume le traía recuerdos del beso. Y lo peor era no saber lo que él pensaba. ¿Le habría gustado besarla?

Cuando Antonio abrió la puerta, Patrice se acercó a estrecharle la mano y hacerse cargo de la situación.

–¡Antonio! Me alegra mucho conocerte. El señor Engle y su asistente, la señorita Prentiss, no han hecho más que contarme maravillas de tu trabajo, y asegurarme que hemos dado con el artista adecuado para la exposición que el señor Bartulocci quiere organizar –miró hacia atrás y le invitó a acercarse–. Te presento a Constanzo Bartulocci. Es el benefactor de la exposición.

Las lágrimas asaltaron los ojos de Constanzo y Vivi tuvo que pestañear varias veces. Estaba conociendo a su único hijo, la persona que iba a heredar cuanto poseía. La persona que llenaría su vida con ruido, amor y risas.

Antonio le tendió la mano.

–Es un placer conocerle.

Constanzo se recompuso.

–Para mí también es un placer –inspiró hondo y sonrió–. ¿Dónde están esos cuadros tan notables?

Antonio se rio.

–Yo no sé nada de cuadros notables.

–Antonio, no es momento para modestia –intervino Tucker– . Cientos de personas acudirán a la exhibición esperando encontrarse a

un hombre seguro de su trabajo. Convencido de haber hecho una declaración. Y tú tienes que ser es hombre.

Antonio volvió a reír y todos lo siguieron a la habitación que era su estudio de pintura.

Patrice contempló los cuadros y luego miró a Tucker.

–Tiene razón. Son espléndidos.

Vivi sintió un tremendo alivio, aunque sus nervios seguían estando de punta. Maria Bartulocci no era, definitivamente, el tipo de Tucker, pero la rubia, educada, guapa y estilosa Patrice… Respiró hondo y se dijo que no debía preocuparse. Tucker y Patrice se perdieron en discusiones sobre su trabajo mientras que Antonio estaba tan pálido como si fuera a vomitar.

–¿Es la primera vez que alguien ve tu trabajo?

–No. Estando en Nueva York despertó bastante interés, pero no llegó a nada.

Constanzo puso la mano en el hombro de su hijo.

–Esto sí llegará. Haremos la exposición y verás como a la gente le va a encantar tu trabajo. El mes que viene, a lo mejor eres famoso.

–No quiero ser famoso. Quiero pintar y… comer.

Se rio.

–¿No quieres que la gente disfrute de lo que has hecho?

–Sí.

–Entonces, todo irá bien –lo consoló como haría un padre.

–No te preocupes. Solo tendrás que encontrar el equilibrio entre la fama y la vida privada. Muchas personas lo consiguen – intervino Vivi.

–Gracias.

Pasaron una hora más viendo sus cuadros y charlando con él, y antes de irse Patrice le dejó su tarjeta y le pidió que pasara por su oficina al día siguiente para que pudiera firmar unos documentos. Constanzo explicó que, puesto que él iba a correr con los gastos de la exposición, Antonio se quedaría con lo que se pagara por sus cuadros menos la comisión para la galería de Patrice, pero aun así era necesario un acuerdo formal.

Como precaución, Tucker hizo que Patrice le enviara el preacuerdo para poder examinarlo aquella tarde. Llegaron justo a la hora de la cena, pero Tucker le dijo a Constanzo que no tenía hambre, así que se quedó en su habitación toda la noche. Vivi pensó que no quería estar

en el mismo espacio que ella.

Pero a la mañana siguiente se presentó en el comedor a desayunar.

–Le has ofrecido a tu hijo un acuerdo muy ventajoso.

–¡Pues claro! –contestó Constanzo riéndose.

–Estamos preparando el camino para poder decirle quién eres.

–Creo que aún no estamos preparados para eso.

Ella miró directamente a Tucker, pero Constanzo se rio.

–Habéis cambiado los papeles. Primero Vivi quería esperar y tú querías decírselo, y ahora es al revés.

–Lo que Olivia decida me parecerá bien.

Ella bajó la mirada.

–Puesto que empezamos yendo despacio, creo que deberíamos continuar igual.

Cuando unos minutos después se arriesgó a volver a mirar a Tucker, se encontró con que él la observaba.

Después del desayuno fueron a buscar a Antonio con la limusina y con él se dirigieron a Bordighera. Calzadas pavimentadas con piedras y calles peatonales pronto los llevaron hasta la galería de Patrice.

Cuando bajaron de la limusina, el sol del mes de junio los bañó con su calor, y el sonido de las olas hizo que Vivi se volviera a ver el mar.

–Qué preciosidad.

–Ahora comprenderás por qué decidí quedarme –comentó Antonio.

Ella se echó a reír y asintió.

Patricia abrió la puerta principal de su casa y los invitó a entrar. Vivi miró a su alrededor maravillada. Alfombras orientales de un intenso color rojo acentuaban el mármol del pavimento. Había candelabros por todas partes. Ocho o diez cuadros colgaban de cada pared, y mesas antiguas lucían pequeñas esculturas y piezas de cristal soplado.

–No puedo imaginarme viviendo aquí.

–Yo tampoco –contestó Patricia, conduciéndolos a una escalera–. Técnicamente, vivo aquí, pero en un apartamento del tercer piso. Siempre me ha parecido que esta villa era demasiado hermosa para tenerla solo para mí, y por eso decidí transformarla en galería.

Firmaron el acuerdo en el despacho de Patrice, un lugar cálido y acogedor, muy distinto de las habitaciones más formales de la galería. Desde el principio, trabajar para Tucker Engle le había abierto los ojos

al mundo, y aquel viaje a Italia ocuparía siempre uno de los primeros puestos en su lista de cosas hermosas que haría a lo largo de su vida. Pero estar en una galería, rodeada de cuadros y esculturas, cristal artesanal y joyas tan perfectas que tenían que mostrarse como obras de arte le parecía casi irreal.

Extrañamente se sentía bien en aquel lugar. Casi como si hubiera vuelto a casa.

Antonio, Constanzo y Patrice se estrecharon la mano. Patrice concertó una cita para acudir a casa de Antonio al día siguiente para empezar a seleccionar obras. Constanzo sugirió que cenaran en su casa para celebrarlo, y aunque Patrice declinó la invitación, Antonio aceptó encantado.

Jugaron al billar. Cenaron en el jardín. Bebieron whisky.

Y Tucker no dejó de observarla en todo momento, lo cual hizo de aquella velada encantadora una dura prueba para sus nervios. En cuanto le fue posible, se excusó para irse a su habitación. Se duchó e iba a ponerse el pijama cuando se dijo que era demasiado pronto para dormir. Sabía que los hombres pasarían horas aún jugando al billar en el estudio, así que se puso unos vaqueros y bajó a la piscina.

Aquella vez vio a Tucker junto al agua antes de abrir la puerta para salir. Una singular audacia la empujó a hacerlo. Él la había acorralado hasta conseguir que le hablase de Cord. Le había obligado a caminar sobre brasas para que se hiciera cargo del proyecto de Antonio dado que estaban utilizando su idea. Y la había besado para después pasarse el día entero estudiándola.

En parte quería salir y presumir. Su idea no le había parecido bien al principio, pero había confiado en ella y estaba funcionando. Su idea estaba funcionando. Y no iba a fracasar.

Su otra parte quería salir y… presumir también, pero de un modo, digamos, participativo. Quería decir «¡Mira lo que hemos logrado! Estamos reuniendo a un padre que se siente solo y a su hijo. Aunque parezca que lo nuestro no es estar juntos, hacemos un buen equipo».

Pero esa era la cuestión: si salía y celebraban su éxito, ¿no sería como tentar a la suerte?

Lo miró por última vez. Seguía de pie junto al agua, casi como si la estuviera esperando.

Dio media vuelta y volvió a su habitación.

Capítulo 9

Al día siguiente volvieron a casa de Antonio con Patrice y Tucker estuvo observando a Vivi relacionarse con Antonio, lo que le provocó una extraña sensación en el vientre. Cuando miraba a Antonio y a Olivia, los veía como una pareja, pero cuando se imaginaba a sí mismo y a ella juntos, veía un desastre.

Entonces, ¿por qué el recuerdo de cuando le pidió que la llamase Olivia lo llenaba con una necesidad tan primaria que le hacía desear ir mucho más allá?

Patrice empezó a examinar los cuadros: iba colocando uno junto al otro, y un minuto después enviaba uno al grupo de la derecha y otro, al de la izquierda. Un proceso que Tucker creía que duraría días estaba tardando minutos. Al final la vio suspirar.

–La cuestión es que me gustan todos. Puedo colgar la mitad en la planta baja, pero si abro el primer piso, podría poner el doble.

A Tucker la noticia le pareció magnífica, pero Antonio la recibió con ansiedad. Constanzo no se dio cuenta, al menos aparentemente. Sonreía lleno de orgullo.

–Invitaremos a todo el mundo. He pedido a mi asistente personal que empiece a confeccionar una lista. Tendré a mil personas en la exposición.

Aquella vez Antonio parecía al borde del colapso, y Olivia lo agarró por un brazo.

–Es tu exposición. Si no quieres mil personas, dilo.

Tucker frunció el ceño. Resultaba interesante ver que no se ponía nerviosa con Antonio, pero con él sí.

Antonio respiró hondo.

–Me gustaría que las puertas estuvieran abiertas y que la gente entrase sin más, solo porque le apeteciera entrar –miró a Vivi–. Y no porque hayan sido invitados.

Patrice sonrió, paciente.

–Pero también hay que publicitarlo. Hay que enviar invitaciones al menos para la noche de la inauguración.

–Hagamos algo: enviaremos invitaciones expresamente para la inauguración, y así los amigos del señor Bartulocci sabrán que está auspiciando una muestra de arte. Pediremos que confirmen su asistencia para esa noche e invitaremos al resto a pasarse cuando quieran durante el tiempo que tus obras estén en la galería.

Tucker se sintió orgulloso. Una vez más, Olivia veía algo que los demás no habían sido capaces de ver. Mientras Patrice pensaba en ganar dinero y Constanzo en un modo de presentarle su hijo al mundo, Olivia cuidaba del artista.

Antonio inspiró hondo.

–Eso me parece un poco mejor.

–El objetivo de la exposición es que vendas obras –le recordó Patrice.

–Y nuestro objetivo –respondió Constanzo, que acababa de ver lo que había visto Vivi– es presentar un nuevo talento. Esa es la razón de que yo corra con los gastos. No vas a perder en ningún caso.

Patrice sonrió dócilmente.

–Desde luego.

–Gracias –dijo Antonio abrazando a Vivi.

La joven se sonrojó, pero sus ojos bailaban de alegría. No obstante, observó Tucker, no era la misma luz que cuando le pidió que la llamase Olivia. Antonio le caía bien, pero nada más. No le interesaba como le interesaba él.

Constanzo no dejó de hablar en el tiempo que duró el camino de vuelta a su casa, pero cuando llegaron la doncella se le acercó con un mensaje. Lo leyó y se excusó para hacer una llamada. Olivia se fue a su dormitorio y Tucker al estudio, donde se sirvió una copa y se entretuvo lanzando dardos mientras Constanzo acababa.

–Tengo malas noticias.

–¿Malas noticias? –preguntó Tucker.

–La llamada era de Maria –hizo una mueca de desagrado–. Se ha metido en un lío con su madre. Nada que una visita mía no pueda solucionar, pero no es algo que esperara que tuvierais que soportar. Vivi y tú vais a tener la casa para vosotros solos esta noche. Le he pedido al cocinero que prepare espagueti a la boloñesa para cenar. Abrid una botella de Sangiovese y disfrutad de la casa como si fuera vuestra.

–Gracias.

La anticipación le provocó un cosquilleo en las palmas de las manos. ¿Olivia y él, solos? No habían vuelto a estarlo desde aquel beso…

Sabiendo como sabía que Olivia se ponía nerviosa con él, decidió no contárselo. La vio salir a la piscina y él se fue a su dormitorio a leer sus correos y hacer unas cuantas llamadas telefónicas.

Preguntó a qué hora estaría la cena antes de ducharse y cambiarse de ropa. Se puso unos pantalones y una camisa blanca, nada más. Ni corbata ni americana. Nada que pudiera hacer que se sintiera… ¿qué había dicho? ¿Menospreciada?

Cuando ella bajó al comedor, ya había abierto la botella de Sangiovese. Olivia vio que solo habían dispuesto dos servicios en la mesa y se quedó parada.

–¿Estamos solos?

–Parece ser que Maria ha tenido un problema con su madre, y han pedido la intervención de Constanzo.

–Me resulta graciosa la idea de imaginarme a María teniendo problemas con su madre –dijo ella riéndose. –Todo el mundo tiene que responder ante alguien.

–Sí. Teniendo los padres que tengo, debería saberlo mejor que nadie. Imagino que sabes que vinieron a examinarte el día que se presentaron en Nueva York, ¿no?

–Estoy seguro de que les causé una magnífica impresión.

Cayó en la cuenta de que nunca había conocido a los padres de ninguna de las chicas con las que había salido. Porque no habían sido novias, sino amantes.

–No lo dudes, porque si no, no me habrían dejado venir contigo a Italia.

La doncella llevó las ensaladas y el pan de ajo.

Olivia probó su ensalada y suspiró embelesada.

–¡Está deliciosa! Voy a tener que ponerme a dieta cuando vuelva a casa.

–Entonces más vale que no te diga cuál es el plato principal: espagueti a la boloñesa.

Volvió a suspirar y dejó a un lado el pan de ajo.

–Me centraré en la ensalada para dejarles sitio.

Comieron en silencio durante unos segundos y luego la vio mirar alrededor.

–A mi madre le encantaría Italia.

–¿Ah, sí?

–Le encantan las cosas con raíces: recetas de familia, casas antiguas. Cuando compraron la casa donde vivimos, se dedicó a rastrear su historia, y encontró cuatro parientes de la mujer que había

sido su propietaria que le dieron algunas de sus recetas – tomó un bocado de ensalada–. Decía que preparar esos platos era como mantener viva la familia. Respetar la continuidad.

Él sonrió, pero se sentía incómodo. Ni siquiera sabía quiénes habían sido sus padres. Había intentado encontrarlos, pero no había conseguido ni una pista. No tenía padres, ni fotos, ni recetas de familia, ni sentido de continuidad.

–Eso… –se detuvo. No tener una familia normal había significado carecer de un sistema de apoyo, pero del modo en que Olivia hablaba de su madre, estaba claro que además era su amiga. Estaban unidas. Se querían. Imposible de comprender para él–. Eso está bien.

–Está bien, sí –sonrió–. Es mamá gallina.

Sirvió más vino.

–¿Y tu padre?

–Mi padre es nuestro osito de peluche. No habla mucho, pero siempre hemos sabido que nos quería, ¿entiendes?

Pues no. Él nunca había sabido que alguien lo quería. A pesar de las declaraciones de algunas amantes, no creía que nadie lo hubiera querido.

–Le encanta jugar a las cartas. Cuando nos quedamos sin luz en las tormentas de hielo, enciende una vela y echamos una partida.

Eso explicaba por qué ella se había sentido tan cómoda jugando al gin con Constanzo cuando se conocieron.

–¿Apostabais?

–Sí. Chuches.

–Suena bien.

Era fácil imaginarse a su familia reunida en torno a la mesa, riendo. Disfrutando unos de la compañía de los otros. La idea le encogió el corazón, pero despertó su imaginación.

–¿Y en vacaciones?

No debería haber preguntado, porque sus historias solo le recordaban lo que él nunca había tenido. Su familia le resultaba tentadora casi del mismo modo que ella.

–Las vacaciones favoritas de mi madre son las de Pascua. Le encantan los colores pastel, esconder huevos de pascua, asistir a la caza de huevos que organizan los bomberos voluntarios.

Tucker volvió a reír y tomó un sorbo de vino.

–Mi padre es un amante de la Navidad. ¿Has visto esas películas en

las que la gente intenta que la iluminación de su casa sea la mejor?

–Algunas, sí.

Llegaron los espaguetis, y su aroma llenó el comedor.

–¡Qué bárbaro! Qué bien huelen.

–Constanzo prometió que te invitaría a buena comida de verdad por haber compartido con él tu comida china, y por ahora ha hecho honor a su promesa.

–Debí parecerle una idiota. Ni siquiera tenía un plato que ofrecerle. Tuvo que comer de la caja.

–A mucha gente le gusta comer en esas cajas de cartón. Les recuerda su infancia.

–¿A ti te lo recuerda?

Sintió una presión en el pecho. Debería haberse imaginado que acabaría dándole la vuelta a la conversación. Era demasiado educada para monopolizar la charla.

–No recuerdo mucho de mi infancia.

–Lo siento. Seguramente no debería haber sacado el tema.

–No pasa nada.

Sí que pasaba. Se había convencido de que la soledad de su infancia le había hecho más fuerte, pero la fuerza no era lo único que se podía desear. Conocerla a ella había vuelto a despertar en él el deseo de tener una conexión especial, un lugar verdadero en el que no solo fuera respetado, sino en el que pudiera ser él mismo.

–Crecer en familias de acogida debió ser difícil.

–Lo fue.

–No debería haber hablado de la Navidad.

–No pasa nada, de verdad –se aclaró la garganta. Si quería salvaguardar su orgullo, no podía dejar que sintiera lástima por él–. Algunas de las familias de acogida se esforzaban de verdad, pero el gobierno no les daba demasiado dinero para cuidar a los niños que tenían en casa, así que no podían hacerlo todo. Y nosotros teníamos que ajustarnos. Pero algunas de mis Navidades fueron estupendas –añadió, en un intento de evitar que ella siguiera sintiéndose mal.

La cara se le iluminó.

–¿Ah, sí?

–Sí. Un año, cuando tenía seis más o menos, estaba loco por un

videojuego en particular. Mis padres tenían el aparato ya en el salón, y se lo pedí pensando que no me lo traería, pero lo hicieron.

–¡Qué bien!

Pensó en aquel día, el único en su infancia en el que llegó a creer que la vida podía ser maravillosa.

–Sí, estuvo bien. Pero como se gastaron tanto dinero en el videojuego, no me regalaron la ropa que solían comprarme como regalo, y los vaqueros que llevaba se desgastaron. Y me pasé el resto del invierno con unos zapatos que tenían un agujero en la suela.

–Vaya. Tienes que estar muy orgulloso de ti mismo por haber llegado dónde estás.

–Sí. Claro que lo estoy –se irguió en la silla–. Pero también deberías darte cuenta de que si de verdad quieres alcanzar el éxito, no puedes permitir que nada se interponga en tu camino.

Dirigió la conversación hablando de la disciplina y la concentración necesarias, y cuando terminaron de cenar, se disculpó y abandonó el comedor.

La sensación de vacío y soledad que le siguió a su alcoba fue un pálido reflejo de la que había percibido en Constanzo, y se dio cuenta de que el elusivo millonario y él tenían mucho en común. Su deseo de no ser vulnerable podía ser la elección acertada, pero cuando cumpliera los sesenta y cinco o los setenta, se despertaría un día y se encontraría tan solo como Constanzo lo estaba ya.

Pero en algunas vidas no había alternativa. Abrirse y ser sincero era, simplemente, imposible.

Dos días más tarde, con la organización de la exposición de Antonio a toda marcha y con Constanzo pensando que quizás le gustaría ser él quien le dijera a su hijo que era su padre, Vivi y Tucker se marcharon de Italia. Tras la cena que habían compartido los dos solos, él se había vuelto más taciturno, de modo que no le sorprendió que le encargara algunos trabajos para el largo vuelo de vuelta a Nueva York.

Horas más tarde, aterrizaron en su pista privada y subieron a la limusina. Tucker le dijo al chófer que la llevara a ella antes a su casa, y tras una breve e impersonal despedida, Vivi subió los tres tramos de escaleras.

Apenas había puesto el pie en su casa cuando le llovieron los abrazos y las preguntas de Laura Beth y Eloise. Consiguió evitar los aspectos más personales del viaje centrándose en Antonio, en su

trabajo con la dueña de una galería y un artista, y en sus partidas de billar con el millonario.

Les habló de la maravillosa campiña italiana y les hizo un relato pormenorizado de la maravillosa ciudad de Bordighera.

Durmió como un tronco, se despertó medio aturdida pero capaz de trabajar, y se fue a la oficina con sus acostumbrados pantalones grises y la blusa rosa.

Cuando llegó al despacho, Tucker ya estaba allí, concentrado en unos documentos.

Vivi se quedó junto a su silla. Se sentía muy confusa. En apenas unos días, Tucker Engle había pasado de ser una especie de adversario a un…

¿Un qué? ¿Un amigo? Se había disculpado por hacerla hablar de algo que no era asunto suyo. Y, a continuación, la había besado.

Más tarde, habían tenido aquella maravillosa conversación íntima mientras comían espaguetis a la boloñesa. Le había contado cosas íntimas y personales de su pasado. Cosas que mostraban que no era alguien a quien debiera temer, sino una persona en la que podía confiar. Alguien especial.

¿Y ahora tenían que volver a lo de antes?

Miró de nuevo hacia su despacho. Seguía con la cabeza baja, concentrado en el trabajo. ¿Ni siquiera iba a decirle buenos días? Pues al parecer, no.

Dio la vuelta y dejó la mochila bajo la mesa. Había un expediente junto al ordenador portátil. Lo abrió y encontró los informes financieros que había estado revisando la noche anterior. Se sentó, pasó las páginas hasta llegar donde lo había dejado el día de antes, abrió el cuaderno en el que había estado tomando notas e hizo lo que debía hacer: buscar inconsistencias. Puntos críticos. Problemas potenciales.

Pero el corazón se le partió. No había conocido a nadie como él. Nunca había tenido una aventura como la de Italia. Y ahora habían vuelto a no dirigirse la palabra.

Dos horas más tarde, la campana del ascensor sonó y le hizo levantar de golpe la cabeza. Ricky Langley y Elias Greene entraron. Aunque el estómago se le revolvió al ver a Elias, sonrió educadamente y descolgó el teléfono para hacerle saber a Tucker que estaban allí.

Pero Tucker ya estaba de pie en la puerta. Los saludó sin tan siquiera mirarla a ella y los hizo pasar a su despacho. A continuación, cerró la puerta.

Se apoyó en el respaldo de la silla y respiró hondo. Lo de no dirigirse la palabra podría ayudarles a dejar atrás su amistad

incipiente y el beso que se habían dado, pero no conseguiría aplacar su deseo de más. Si cerraba los ojos, veía el cielo de Italia. Las verdes colinas. Las calles empedradas. La galería de la ciudad.

Sus opiniones habían sido importantes. Antonio prestaba atención a sus consejos. Constanzo la trataba como un igual. Y Tucker la había besado.

Se pasó la yema de los dedos por los labios. Cada vez que recordaba aquel beso, le temblaban. Y ahora estaba allí, sentada en un despacho tan en silencio que podía oír el sonido de su propia respiración.

La reunión que Tucker mantuvo con Elias y Ricky duró una hora, y luego los tres se fueron a comer. Ella se tomó un sándwich de jalea y mantequilla de cacahuete con una botella de agua.

Tenía que sacar dinero para la semana, de modo que salió de la oficina en busca de un cajero. Tecleó su número secreto y esperó a que saliera su saldo. Cuando aparecieron los números en la pantalla, resultó que había unos doce mil dólares de más en su cuenta.

Caray… alguien se había equivocado y le iba a tocar a ella arreglarlo.

Retiró una pequeña cantidad y volvió a la oficina para llamar al banco.

–Soy Olivia Prentiss. El número de mi cuenta es… –repitió los dígitos–. He revisado el saldo y tengo demasiado dinero. Doce mil dólares de más, para ser exactos. Imagino que querrán revisarlo.

El empleado se rio con suavidad.

–Gracias por llamarnos. Espere un instante –tecleó algo–. Um… veo que he le han hecho una transferencia. Una empresa llamada Inferno –otra pausa–. ¿La conoce?

–Sí. Yo trabajo en Inferno –hizo una mueca. A lo mejor debería informar a Recursos Humanos antes de hacer nada–. No se preocupe. Hablaré con mi jefe.

Colgó e iba a marcar la extensión del departamento de personal cuando se le ocurrió algo: ¿y si había sido cosa de Tucker?

Y de ser así, ¿cuál sería la razón?

Repasó todo lo que había ocurrido en Italia y se detuvo cuando recordó el beso. El torbellino de necesidad. El modo en que había tomado posesión de ella. Y el saldo que arrojaba su cuenta le pareció un horrible insulto, una especie de chantaje para que olvidase lo ocurrido.

Esperando a que volviera, intentó concentrarse en los informes que tenía sobre la mesa, pero el dinero que había en su cuenta la perseguía.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron, le espetó:

–¿Qué? ¿Es que tenías miedo de que le contara a alguien que me has besado? ¿O de que fuese a repetir lo que me contaste mientras cenábamos?

Tucker arrugó el entrecejo, confuso.

–¿Cómo?

–Los doce mil. ¿Es para que mantenga la boca cerrada?

Se pasó la mano por la frente como si fuera totalmente incapaz de creer lo que había dicho y señaló con un gesto imperativo la puerta.

–A mi despacho. Ahora mismo.

Se levantó de su silla y, tiesa como un palo, entró tras él. Tucker se sentó al otro lado de su mesa y ella hizo lo mismo, primorosamente, en la silla de delante.

–Ese beso no significó nada.

El corazón le saltó contra las costillas. Justo cuando creía que no podía sentirse peor, él le demostraba lo contrario.

–Vaya… gracias.

–Las dos cosas no pueden ser, señorita Prentiss. O te sientes tan insultada por el beso que piensas que he tenido que sobornarte, o te ha gustado.

Las mejillas se le encendieron y él suspiró.

–La orden de transferencia se dio antes de que saliéramos para Italia. El día que nos marchamos, me llamaron de Recursos Humanos para decirme que había demasiada disparidad entre en salario de Betsy y el tuyo. No podíamos subírtelo para igualar el de Betsy dado que después, en Contabilidad, no vas a ganar tanto, de modo que nos decidimos por un bono. El depósito equivale a un bono de mil dólares semanales mientras la estés sustituyendo.

La boca se le descolgó. Todo el mundo le había dicho que Betsy no volvería hasta al menos ocho o diez semanas. ¿Ahora de pronto eran doce? Doce semanas con un tío que le gustaba, un tío en el que confiaba y al que había besado… un tío que seguramente detestaría tenerla cerca.

–No puedo aceptarlo.

–¿Por qué?

–Pues porque no está bien.

–Betsy gana al menos tres veces más de lo que tú vas a ganar en Contabilidad, de modo que añadir mil dólares a la semana sigue sin igualar vuestros salarios. Además, la semana pasada te los ganaste bien.

–No hice gran cosa.

–Saber cómo tratar a Antonio. Intervenir cuando era necesario.

–No le hemos dicho aún que Constanzo es su padre.

–Quiere tener la oportunidad de hacerlo él mismo, y tenemos que respetarlo.

–Sigo sin sentirme bien.

Él se recostó en su silla y puso los dedos de una mano frente a los de otra. Vivi lo miraba, y de pronto supo por qué no quería aceptar su dinero. Quería gustarle, y él no quería que ocurriera. No sabía por qué se había comportado de un modo tan distinto en Italia, pero habían hablado con sinceridad. Sin tapujos. Se había disculpado con ella. Y ella le había explicado cosas que solo le había contado a Eloise y Laura Beth. Habían conectado.

–No quiero tu dinero –repuso, alzando la barbilla–. Lo que quiero es volver a tener lo que tuvimos en Italia.

–No tuvimos nada allí.

–Sí que lo tuvimos. Hablábamos. Estábamos más cerca. Me besaste.

–Eso fue un error.

Él apartó la mirada, pero sabía que aquella era la oportunidad de arreglar el resbalón de aquel beso, de reconducir su relación al plano profesional de antes.

Deliberadamente la miró sin pestañear.

–Los besos conducen a otras cosas, y yo cuando tengo una amante, es por sexo y nada más.

–No te creo.

–No tienes por qué creerme.

–Sé que te gustó hablar conmigo.

–Es posible, pero en esa conversación me di cuenta de que te gustan las conexiones. La continuidad. Quieres alguien con quien conectar a largo plazo. Alguien con quien compartir la vida, y yo no soy ese hombre.

–¿Cómo lo vas a saber si ni siquiera lo intentas?

–No lo intento porque no es lo que quiero. Y soy lo bastante rico para no tener que hacer lo que no quiero hacer.

Vio que por fin comprendía. Los ojos se le abrieron por la sorpresa y luego se apagaron por la aceptación.

Se levantó.

–Sigo sin querer tu dinero.

Y, con la cabeza bien alta, salió del despacho.

El alivio que Tucker esperaba no llegó, y el estómago le ardía por la verdad. Daba igual cuánto la deseara, lo tentador que era su cuerpo y lo increíble que resultaba su honradez: no podía tenerla. Y ya era hora de que ambos lo aceptaran.

Capítulo 10

Tras varios días de una intensa concentración en los informes económicos de una empresa que al final decidió no comprar, Tucker hizo que Vivi se centrara en los informes de otra de la que ya era propietario. Pasó el fin de semana, el lunes por la mañana se despertó con dolor de cabeza y cuando salió de la ducha estaba tan mareada que apenas podía tenerse en pie.

Laura Beth y Eloise le sugirieron que se tomara el día libre y Vivi, agotada, se puso un pijama limpio con mucho esfuerzo y se dejó caer de nuevo en la cama.

A las diez menos veinte, Tucker se sentó en su sillón y miró el teléfono. No sabía por qué Olivia no había llegado aún, pero tenía una sospecha: había decidido renunciar a su puesto. Tras varios días de casi silencio total entre ellos, se había agotado.

Era decisión personal suya si quería dejar Inferno, pero no podía marcharse sin más. Tenía que concederle dos semanas. Podía pedirle al departamento de personal que la llamara, pero

¿qué haría si les decía que dejaba su puesto de trabajo porque la había besado, o porque habían conectado en Italia y ahora se negaba a seguir en ese mismo plano con ella?

No creía que fuera a hacer algo así, pero tampoco quería que sus cosas íntimas fueran del dominio público, así que llamó a Recursos Humanos, pidió el número de móvil de Olivia y la llamó.

Esperó cuatro tonos hasta que saltó el buzón de voz. Dejó pasar veinte minutos y volvió a llamar. Buzón de voz. Cinco minutos después, pulsó el botón de rellamada. Y por fin, contestó.

–¿Diga?

Tenía la voz débil y entrecortada. El miedo le invadió, algo que detestaba no solo porque se suponía que aquella mujer no le gustaba, sino porque detestaba cualquier cosa que no pudiera controlar.

–¿Está usted bien, señorita Prentiss?

–¿Qué?

La desorientación palpable en una voz tan débil le asustó de verdad, pero se obligó a seguir con tono profesional.

–Así que estás enferma.

Nada.

–¿Señorita Prentiss?

Nada.

–¿Olivia?

–Estoy bien.

¡No, no lo estaba! Algo iba muy mal. Colgó y llamó a su chófer, y los cuarenta minutos que transcurrieron hasta llegar a su edificio tuvieron el efecto de incrementar su pánico y hacerle entrar a la carrera. Suspiró al ver la escalera y subió los peldaños de dos en dos. Cuando llegó ante su puerta, llamó y llamó, y justo cuando estaba a punto de ir a buscar al portero para pedirle una llave, la puerta se abrió.

Tenía el pelo enmarañado y los párpados hinchados. Llevaba un pijama rosa, la parte de arriba con finos tirantes que dejaban los hombros al descubierto y el inicio del pecho. Los pantalones cortos le dibujaban las caderas.

Tragó saliva. No había conocido a otra mujer que, de un modo natural, fuera más hermosa que ella. Y sin embargo, no se consideraba lo bastante buena.

–Bueno, por lo menos veo que no estás muriéndote.

Ella lo miró pero no dijo nada. La obligó a entrar en su piso, pequeño pero ordenado y limpio.

–¿Cuál es tu habitación?

Ella señaló pasillo adelante. Pasaron la primera puerta y llegaron a una segunda. Una cama estaba hecha, pero en la otra parecía haber dormido una caterva de gatos salvajes. Se dejó caer en esa.

El silencio envolvió la habitación. No debía haber nadie en la casa. Estaba sola y enferma y no había nadie allí para ayudarla, lo mismo que no lo había habido para él cuando se ponía enfermo.

–¿Qué puedo hacer?

Vivi tenía la cara aplastada contra la almohada.

–Irte –contestó.

–Lo digo en serio. ¿Preparo una sopa, o un zumo de naranja?

–No creo que tengamos ni lo uno, ni lo otro.

–Eso no es problema –llamó a su conductor–. Maurice, necesitamos sopa de pollo. Acércate a alguna tienda buena. También trae zumo de

naranja, analgésicos y antipiréticos.

Colgó el teléfono y miró a Olivia. Estaba hecha polvo. Tiró con cuidado de la ropa de la cama para abrigarla, y al rozar involuntariamente sus hombros, sintió un extraño pálpito en el corazón.

Volvió a la parte delantera del piso y suspiró. Qué idiota. Se había llevado un susto de muerte, y seguro que no era más que una gripe.

Por supuesto detestaba la idea de imaginarse a una persona sola y enferma. Y no quería que acabara deshidratándose. Tenía que recuperarla para que pudiera volver a trabajar. Se convenció de que el pánico que había sentido se había debido solo a la necesidad de recuperar a su asistente. Y así también tendría alguna explicación que ofrecerle a Olivia cuando le cuestionara sus actos.

Abrió las puertas de los armarios de la cocina en busca de té y al final encontró unos sobrecitos en uno de los armarios. Debajo, sobre la encimera, había una cafetera bastante moderna. Para tratarse de tres chicas que empezaban, tenían allí una extraña mezcla de cosas muy, muy caras, y otras que parecían ser lo que otros habían tirado.

Preparó el té y estaba a punto de volver a su dormitorio cuando pensó que tendría que despertarla al volver Maurice con los analgésicos y demás medicinas, así que mejor no despertarla dos veces. Se sentó en el sofá y se lo bebió él. Sacó el móvil y empezó a leer sus correos, pero como no podía concentrarse, decidió guardarlo y encender la tele. Se acomodó en el confortable sofá rojo y tomó el té a pequeños sorbos. Cuando Maurice llegó con la sopa y las medicinas, había visto dos telediarios, lo cual debería ser catalogado como una pérdida de tiempo, pero en realidad se sentía mucho más relajado de lo que lo había estado en años.

Maurice hizo una mueca al entregarle los encargos.

–Debería darle un aumento, o una gratificación para que pudiera mudarse a un edificio con ascensor.

–Lo he intentado, pero me ha dicho que la estaba intentando comprar.

Maurice alzó las cejas.

–Créeme. Es una mujer muy rara. Y si eres listo, mejor no intentes entenderla.

Maurice se marchó riendo. Tucker abrió la sopa y, con una cuchara y las medicinas, volvió al dormitorio y se acercó a la cama.

–Anda, vamos –le dijo, hablando alto con la esperanza de despertarla–. No podemos permitir que te deshidrates.

Olivia ni se movió.

Dejó la sopa y las medicinas sobre la mesilla, se sentó en la cama y la miró a la cara, las pestañas rozándole las mejillas sonrosadas por la fiebre, su boca que siempre sonreía trazando una línea pálida y recta, y deseó tocarla. Para ayudarla, claro. Tenía que hacerlo.

Le puso una mano en el hombro.

–Hola, enfermita. Estoy aquí para ayudarte.

El calor de su fiebre le traspasó los dedos y se fue directo al corazón. Le necesitaba. Le dolía físicamente imaginársela allí sola y tan enferma que casi no podía ni pestañear. Metió las manos bajo su espalda y tiró con suavidad hasta incorporarla y dejarla apoyada en él.

–¿Qué quieres primero: la sopa, los analgésicos o el antigripal?

–El antigripal.

Abrió el frasco y llenó el vasito hasta la señal, pero cuando se volvió para dárselo, se había vuelto a quedar dormida. Le acercó el vasito a los labios y la movió para que se despertara y bebiera. Ella también tomó unos cuantos traguitos de zumo, pero eso fue todo.

Salió del dormitorio pensando que debería volverse ya a la oficina. No había nada más que pudiera hacer por ella. Estaba bien… calentita en la cama, pero sola.

Con un suspiro volvió al sofá, se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y encendió de nuevo la televisión.

Dos horas después, la vio entrar dando traspiés en el salón, envuelta en una manta.

Se levantó de golpe.

–¡Olivia! ¿Estás segura de que es buena idea que te levantes de la cama?

–En este momento, ni siquiera estoy segura de si voy a sobrevivir –respondió, dejándose caer en el sofá–. El medicamento que me has dado me ha devuelto algo de fuerza. Gracias, por cierto.

–De nada.

–Y también por venir.

–No podía soportar la idea de que estuvieras sola y enferma.

Lo miró, y en sus ojos pudo ver que recordaba lo que le había contado en el viaje a Italia sobre ser un niño abandonado y criado en casas de acogida.

Olivia carraspeó.

–Sí, lo comprendo.

La incomodidad lo invadió. Detestaba que sintiera lástima de él. La

piedad era algo con lo que no podía. No quería que lo compadecieran, y menos ella.

Se levantó y recogió la chaqueta.

–No le demos más importancia. ¿Te encuentras lo bastante bien como para que pueda volver a la oficina?

Ella asintió.

–Maurice te ha traído sopa de pollo. Tómatela y bebe mucho líquido.

Volvió a asentir.

Tucker dudó. Desaparecida la amenaza de tener que volver a hablar sobre su pasado, no le parecía bien marcharse. No obstante, parecía encontrarse bien. Por lo menos lo bastante para cuidarse sola, pero aun así, no le parecía bien dejarla.

–¿Seguro que no quieres que me quede y que juguemos un rato… no sé, a las cartas?

Ella se echó a reír.

–¿Juegas a las cartas?

–Hago toda clase de cosas normales.

–Siempre lo había sospechado.

–Eres una listilla, ¿sabes? Aun estando enferma.

–Tú eres el jefe. Podrías haberte deshecho de mí el primer día.

Sus ojos azules, en aquel momento algo vidriosos, conectaron con los suyos y el corazón le dio una vuelta de campana en el pecho, como un niño que hiciera cabriolas antes de lanzarse a la piscina.

Le gustaba muchísimo. Y no era que le pareciera guapa, o que tuviera potencial, sino que le gustaba. Por eso no se había deshecho de ella, y siempre se había sentido distinto en su compañía, más vivo.

Pero no iba a compartir su pasado con nadie, nunca. Lo había intentado con ella y solo había conseguido despertar compasión.

Se guardó el móvil en el bolsillo.

–Te veré cuando estés mejor –y desde la puerta, añadió–: Deberías llamar a Recursos Humanos mañana para hacerles saber que no vas. Les gusta saber esas cosas.

Salió, cerró la puerta y cerró los ojos.

Él estaba de maravilla antes de conocerla, y ahora le hacía desear cosas que no podían ser, cosas que hacía mucho tiempo se había acostumbrado a no tener.

Deseó con todo su ser que Betsy se recuperara para que Olivia pudiera volver a Contabilidad y quizás, solo quizás, él pudiera olvidarse de todo.

Una semana después de que se hubiera recuperado de la gripe, Vivi estaba sentada en el despacho de Tucker, inmóvil como una estatua.

Aunque había cuidado de ella con suma delicadeza el primer día de la gripe, al volver ya recuperada se había encontrado de nuevo en un lugar al que se iba única y exclusivamente a trabajar. Él no había querido aceptar su agradecimiento por haber cuidado de ella. Ni siquiera había querido hablar de ello. No la miraba. Dividía su trabajo por partes, tal y como la señora Martin le había advertido que haría, y no le ofrecía explicaciones.

Estaba desilusionada, pero captó el mensaje: se había preocupado por ella porque estaba sola, pero no quería que de ello dedujera que le gustaba.

Entonces, ¿por qué demonios a ella seguía gustándole, y cada día más?

En el silencio de su enorme despacho, el timbre del teléfono pareció el estallido de una bomba.

–Muy pocas personas tienen este número –dijo él, mirándola–. Tengo que contestar.

Ella asintió y se dispuso a esperar.

–Tucker Engle.

–¡Tucker!

–¿Constanzo? ¿Qué pasa?

–Es Antonio. Ha entrado en pánico.

–¿Le has dicho que eres su padre?

–¡No! Es por la exposición.

–La señorita Prentiss está aquí conmigo. Voy a conectar el altavoz.

Pulsó el botón.

–¡Vivi! –exclamó inmediatamente Constanzo–. Vivi, tendrías que estar aquí. Tú sabes tranquilizarlo.

–Tú también puedes hacerlo, Constanzo.

–¡No, no puedo!

Vivi se rio.

–¡Sí que puedes! Lo que pasa es que tú también te has dejado llevar por el miedo. Respira hondo.

–No. ¡Súbete a un avión y ven a ayudarme!

Tucker se incorporó en la silla.

–Me parece buena idea.

Vivi lo miró sorprendida. Después del comportamiento de Tucker de aquellas últimas semanas, que quisiera que se marchara se parecía mucho a propinarle una patada en el trasero.

–Saldrá en dos horas.

–¡Gracias, amigo mío!

Y colgó.

Vivi lo miraba sin pestañear.

–¿Estás intentando deshacerte de mí?

Tucker no quería devolverle la mirada.

–Se te da muy bien manejar a Antonio. Lo más razonable es que vayas.

–Antonio es un adulto, lo mismo que Constanzo. Sabrán cómo enfrentarse a esto.

Tucker por fin levantó la mirada.

–¿Tú crees?

Ella no respondió, y Tucker lanzó el bolígrafo a la mesa.

–Una vez más, estás subestimando tu capacidad. Este acuerdo es extremadamente importante para mí. Antonio tiene que estar sereno cuando Constanzo le diga que es su padre, y tú sabes cómo calmarlo. Sé que te mueves por instinto, pero se te da bien la gente.

Tras semanas de no dirigirle la palabras, aquel elogio fue como un bálsamo para su alma desesperada.

–Gracias.

–Con lo que está pasando, no podremos decirle a Antonio que Constanzo es su padre hasta que haya concluido la exposición.

–¿Quieres que siga adelante?

–¿Tú no? Es el único vínculo sólido de Constanzo con su hijo. Aunque se enfade cuando le revelemos quién es su padre, tendrá la exposición como referente, algo que le demostrará que su padre creía en él. No se puede lograr una conexión más fuerte que esa.

–Tienes razón.

–Te vas a quedar en Italia las próximas dos semanas, hasta que se inaugure la exposición. Haré que venga el chófer a buscarte dentro de diez minutos. Te llevará a tu casa para que puedas hacer las maletas y tomarás el avión antes de dos horas, como he prometido.

Y dicho eso, volvió al trabajo.

Vivi se levantó despacio de su silla. Tenía el corazón en la garganta. Se dio la vuelta cuando las lágrimas empezaron a anegarle los ojos. No quería irse a Italia sin él.

No quería irse a parte alguna sin él, ni hacer nada sin él.

La verdad, la más horrible verdad era… que lo amaba, y que él la alejaba de su lado.

Capítulo 11

Deseoso de recuperar el ritmo normal de su oficina sin tener a una tentadora mujer sentada a escasos metros de él, Tucker llamó a la señora Martin de Recursos Humanos para pedirle otro asistente. En diez minutos, Ward Bancroft se plantaba ante él.

Tenía el cabello oscuro y llevaba traje negro, camisa blanca y corbata plateada. Parecía una versión en miniatura de sí mismo, sin el verde de los ojos. Él los tenía en un tono marrón aguado.

–Bien, señor Bancroft, ¿está listo para trabajar?

–Por supuesto. Usted dígame lo que necesita y yo se lo tendré listo en diez minutos.

Apoyó los antebrazos en la mesa. Aunque le gustaba el entusiasmo, prefería la dignidad.

–Algunos encargos requieren más de diez minutos.

–¡Desde luego! Lo siento. Dígame lo que necesita y yo lo haré lo mejor posible.

–Genial.

Revolvió los documentos de su mesa hasta que encontró el informe que buscaba.

–Esta empresa podría resultar un proyecto muy interesante, pero sus números me parecen demasiado buenos para ser ciertos –le entregó el informe–. Quiero que diseccione sus cifras y me encuentre lo que esconden.

–Sí, señor.

Y cuando iba a salir del despacho, Tucker añadió:

–Cierre la puerta al salir.

–Desde luego, señor.

Tucker suspiró. Por lo menos la oficina volvería a la normalidad. Nunca había deseado nada del modo en que la deseaba a ella, pero no eran adecuados el uno para el otro. Y a ella era a quien quería proteger del dolor resultante si iniciaban una relación y salía mal.

A mediodía el sonido del silencio de aquel despacho empezó a afectarle, pero afortunadamente había quedado a comer con Elias y Ricky para hablar de los detalles de una nueva campaña de publicidad diseñada por el estudio que Tucker había contratado.

Ricky y Elias se levantaron al verlo acercarse a su mesa, y lo mismo hizo la rubia que estaba sentada junto a Elias.

–Melinda Fornwalt, te presento a Tucker Engle.

Ella sonrió y le estrechó la mano. Maquillada tanto como Maria, Melinda era muy bonita, pero desde que había trabajado con Vivi, le gustaban las mujeres menos maquilladas. O quizás de belleza natural.

–Así que este es el hombre que os ha hecho ricos.

Tucker contuvo una sonrisa. Su voz y sus modales revelaban a gritos la clase social a la que pertenecía: una mujer que vivía alternando actos benéficos y obras de teatro. Seguramente Ricky la habría contratado para darle a la empresa el toque de clase que le faltaba.

–Sí y no. He pagado para conseguir el control de su empresa, pero fueron ellos quienes tuvieron la idea, así que son ellos quienes se han hecho ricos.

Todos se sentaron.

–Aun así, eres tú el gran empresario.

–No exactamente –respondió, colocándose la servilleta–. Mi fuerte es comprar empresas que ya existen. Soy más un restaurador que un carpintero.

–No solo guapo e inteligente. También divertido.

Tucker frunció el ceño. ¿Estaba tirándole los tejos? Su flirteo le estaba resultando desagradable.

–Perdona, no he oído bien qué puesto ocupas en la empresa.

Elias carraspeó.

–Es que no está en la empresa. Está conmigo.

«¿Y toleras que flirtee con otros hombres?», estuvo a punto de preguntar. Así que iba tras el dinero de Elias. Es decir, si no podía pescar un pez más gordo mientras salía con él.

Miró a Ricky.

–Entonces, no vamos a hablar de la campaña de publicidad.

Ricky movió la cabeza como si quisiera decir que no sabía lo que ocurría, pero Elias palideció.

–Sí que podemos hablar de ello.

–Nunca trato cuestiones de negocios delante de personas que no tienen participación en él –se levantó–. Y puesto que tendremos que

concertar otra cita, no me queda más remedio que volver al despacho.

En cuanto puso un pie en la calle, lamentó lo que había hecho. No solo no quería volver con Ward, el entusiasta, sino que además tenía hambre. Los olores de comida provenían de varios sitios, pero el restaurante ante el que se detuvo era chino.

La última vez que había comido comida china había sido con la familia de Vivi. Había sido una ocasión un tanto extraña, pero lo que no había olvidado era lo incómoda que se había sentido Vivi. Desde luego, una cosa estaba clara: no era una cazafortunas.

Movió la cabeza. Siempre estaba decidida a demostrar quién era, a ser sincera. Y además era tan divertida…

No quería echarla de menos, pero así era. Le gustaba Vivi…

Olivia.

Recordar que le había pedido que la llamase Olivia le encogió el corazón. Le gustaba la persona que era cuando estaba con ella. Y la había enviado a miles de kilómetros de distancia.

Las verdes colinas de Italia relajaron a Vivi, y trabajar con Patrice y Antonio renovó su energía. Aunque ambos discutían constantemente, ella siempre parecía capaz de encontrar un punto de acuerdo. Sacaron más trabajo adelante en dos días que en las dos semanas anteriores en que Patrice y Antonio habían estado solos.

Tras una cena de ravioli caseros rellenos de mantequilla de nuez y de dos horas de jugar al rummy con Constanzo, se dio una ducha bien caliente, se puso su pijama y se dispuso a dormir.

Pero había apagado ya la luz y se había abrigado con la ropa de la cama cuando sonó el móvil de la empresa. Tucker se lo había dado en el último momento antes de que se marchara. Le había dicho que no quería perder aquel acuerdo y que lo llamara si había algún cambio, o si necesitaba ayuda.

Ella no necesitaba ayuda, pero ¿y si la necesitaba él? ¿Y si, simplemente, la echaba de menos?

–¿Diga?

–Creo que mi nuevo asistente quiere quedarse con mi vida.

Aunque su voz parecía seria y puede que incluso un poco desesperada, no pudo evitar echarse a reír.

–¡Ese niñato hasta se viste como yo!

Se sentó y se acomodó contra el cabecero. Podría haberle pagado con la misma moneda por no haberle dirigido la palabra en las

semanas transcurridas antes de que Constanzo la reclamase en Italia, pero no lo hizo.

–Siempre me has dicho que podía vestir como quisiera si hacía bien mi trabajo.

–¡Pero es que él lo hace todo demasiado deprisa! –se quejó.

–¿Y temes que pueda pasar cosas por alto?

–Desde luego –contestó, y dejó escapar un gemido–. Es lo que dice constantemente: «desde luego». Si le pido un informe, contesta «desde luego». Si le pido un café, replica «desde luego».

–Te está volviendo loco, ¿no?

–¡No lo sabes bien!

–¿Quieres un consejo?

–Por eso te he llamado.

Sonrió. Confiaba en ella. Por eso le había revelado aquel fragmento de su vida la noche de los espaguetis. Por eso la había mandado a Italia sin él.

–Llámale a tu despacho y dile que quieres que se relaje. O haz lo que hiciste conmigo: llévatelo a una reunión y asegúrate de que antes sabe que debe ser visto pero no oído. Recuérdale que un buen asistente debe ser casi invisible.

–Eso no tuve que decírtelo yo a ti.

Su voz se había vuelto casi cálida.

Vivi se acomodó mejor en las almohadas. A lo mejor de verdad la echaba de menos. O a lo mejor le resultaba más fácil hablar a distancia.

–No con esas palabras, pero después de la firma me dijiste que me agradecías que no hubiera hablado.

–¿Y el resto lo has deducido tú?

–Sí, supongo que sí.

–Por eso se te da bien el trato con las personas –hizo una mínima pausa–. ¿Cómo está Antonio?

–Antonio no es el problema, sino Patrice. Le gustan los cuadrantes y los horarios, y a Antonio le gusta marcarse su propio ritmo.

–¿Has conseguido que lleve camisa?

–Todos los días –respondió, riendo.

–Sí, pero ¿abrochada?

El tono de su voz encendió un rayito de esperanza en su corazón cercado de soledad.

–¿Estás celoso?

–No. Más bien confundido. Incluso me pregunto si no conseguiría cerrar mejores acuerdos si dejara de llevar corbata y enseñara algo más de vello pectoral.

Vivi se echó a reír con ganas y Tucker se relajó en el asiento de la limusina. La había echado terriblemente de menos. Estaba mal, y no era justo para ella que la hubiera llamado, pero necesitaba escuchar su voz.

–Ahora en serio: ¿qué tal van las cosas?

–Muy bien, la verdad. Antonio considera a Constanzo su benefactor y su mentor. Parece confiar en él, y yo diría que le cae bien. Incluso pienso que podríamos decirle ya que es su padre, pero no querría estropearle la exposición.

–Estoy de acuerdo. Esa exposición tiene que salir bien.

–Sobre todo teniendo en cuenta lo que Antonio ha invertido en ella. No es solo su carrera, sino su vida, y quiero andarme con mucho cuidado, hacerlo bien.

La limusina se detuvo ante el edificio de Tucker.

–Entonces, lo haremos bien –Maurice le abrió la puerta–. Confía en tu instinto. Hasta ahora lo has hecho muy bien.

Salió a la calle y respiró hondo el aire fresco de la ciudad de Nueva York después de una tormenta. La sensación de vacío que había estado llevando en el estómago desde que ella se marchó había desaparecido.

–Buenas noches, señorita Prentiss.

Cortó la llamada y se dirigió al ático que tenía en Park Avenue. El silencio del ascensor volvió a recordarle que, cuando cumpliera los sesenta, sería Constanzo Bartulocci.

Cuando las puertas se abrieron en su apartamento blanco, negro y cromo, el silencio se volvió ensordecedor y deseó haber mantenido a Olivia en la línea otros diez minutos más, al menos hasta que le hubiera dado tiempo de servirse una copa y de poner el canal de deportes en la tele. Pero qué absurdo. No podía tenerla. Tal y como le había dicho, no era hombre para ella.

Al día siguiente hizo lo que Olivia le había sugerido: se llevó a Bancroft a una comida de negocios, advirtiéndole antes que su trabajo no era hablar, sino estar dispuesto a aportar información y a observar, y el muchacho estuvo tan callado que casi nadie reparó en su presencia. En la limusina de vuelta a la oficina alabó su buen trabajo y

Ward casi se iluminó como un árbol de Navidad.

Todos los encargos que le hizo aquella tarde los llevó a cabo con sumo cuidado y empleó un tono mucho más profesional con las visitas.

Esa misma noche, estando ya en el ascensor de su ático, Tucker marcó el número de Olivia.

–¿Diga?

–Parece como si acabaras de ducharte.

–¿Cómo lo sabes?

–No lo sé –contestó sonriendo–. Me lo he imaginado y te he dado pie a que me lo confirmaras. Así es como trato yo con las personas.

–Pues yo prefiero ser directa.

–A mí digamos que me gusta más ser insidioso.

–¿No me digas?

Las puertas del ascensor se abrieron y la puerta de su casa no le pareció la aburrida y silenciosa boca del infierno. Entró, se quitó la chaqueta y fue al bar.

–He hecho lo que me sugeriste con el señor Bancroft y hoy ha estado tan agudo como un lápiz recién afilado.

–Genial.

Se sirvió dos dedos de whisky y se dejó caer en un sillón de piel blanca. Subió los pies y se recostó. Tomó un sorbo de su licor de malta favorito y lo saboreó.

–Trabajamos como una máquina bien engrasada. Sabe hacer las preguntas adecuadas, y no tonterías. Creo que me lo voy a quedar.

Su alegría se enfrentó a un opaco silencio y miró el teléfono antes de oírla decir: –Me alegro mucho por él. Y por ti, supongo. –No has hecho más que quejarte y protestar porque querías estar en Contabilidad desde el día en que te saqué a rastras de Recursos Humanos. ¿Por qué te molesta saber que he encontrado a alguien que puede ocupar tu puesto?

–A nadie le gusta que lo reemplacen con tanta facilidad, Tucker.

–No te he reemplazado. Técnicamente, has ascendido.

–¿He ascendido a canguro?

–No. A directora comercial de Antonio.

–Yo no me siento directora comercial.

–¿Y qué crees que hace un director? Solventar problemillas de cualquier tipo.

Su voz, cautelosamente optimista, le llegó desde el otro lado del Atlántico.

–Entones, ¿soy directora?

–Y podrías sugerirle a Constanzo que te contrate permanentemente para atender a su hijo.

–¿Estás intentando librarte de mí completamente?

No –se apresuró a contestar. ¿Pero qué estaba haciendo?–. Yo solo… es que… bueno, que hay personas que están hechas para ser asistentes, y otras que lo están para ser… algo más.

–¿Me estás diciendo que yo pertenezco a la segunda categoría?

–Por supuesto. Mírate. En cuestión de semanas has pasado de trabajar para el director de tu empresa a viajar en avión privado por el mundo y a infiltrarte en el universo del arte. Olivia, ¿te has preguntado alguna vez qué es lo que quieres?

–Quiero tener éxito.

–¿Y creías que un título como el tuyo es el mejor modo de conseguirlo?

–No puedo dirigir una empresa si no comprendo los números que la definen.

–¿Quieres tener tu propia empresa?

–Supongo… algún día.

–Has demostrado tener talento para conseguir que la gente haga lo que tú quieres que haga. Ahora solo tienes que encontrar la base de tus clientes. Y luego, venderte –apuró el whisky–. Piénsatelo esta noche y mañana te vuelvo a llamar. Tomaremos decisiones.

Colgó y atravesó el vestíbulo para entrar en su dormitorio, también vacío. Pero aquella noche no se dio cuenta de ello porque, en su interior, estaba lleno, ocupado pensando en Olivia. En su talento. En sus habilidades. En cómo ayudarla a ser la persona que ella quería ser.

Al día siguiente, mientras hablaba con Antonio en tono conciliador y convencía a Patrice, Vivi pensaba en lo que Tucker había dicho sobre ser directora comercial. Y en el hecho de que volvía a hablar desenfadadamente con ella, casi como si fueran amigos.

Durante todo el día se preguntó qué iba a decirle. Mientras discutía el mejor emplazamiento para cada cuadro con Patrice, calmaba a

Antonio y mantenía informado a Constanzo, pensaba en el trabajo, en lo que verdaderamente estaba haciendo para Antonio.

Cuando Tucker la llamó aquella noche, ya se había duchado, se había puesto el pijama y estaba acurrucada en la cama.

–Me parece que en realidad estoy trabajando de madre – Tucker se rio–. No, en serio. Constanzo es el adorable padrazo. Patrice es la hija mediana, quejica y que lo quiere todo a su manera, y Antonio es el niño mimado.

–Los directores se parecen mucho a las madres, porque hay personas que necesitan una madre de carrera. Y tú, en tu negocio, tienes que encontrar tu espacio, un lugar en el que aprender a manejar ese mundo.

–Tiene sentido.

–¿Crees que querrías dirigir a artistas como Antonio? ¿A cantantes? ¿A grupos de rock?

–¿Tú lo hiciste así?

–¿El qué?

–Decidir lo que querías hacer con tu vida.

Tucker se acomodó mejor en la cama. Aquella noche se había duchado y tenía puesto un pijama de seda azul. Tenía una copa de whisky en la mano, el día le había ido de perlas y, aun así, aguardaba el momento de hacer aquella llamada como un niño espera a Papá Noel.

Hizo una mueca. Solo dos de sus navidades habían sido buenas. Aquel pensamiento le devolvió a la realidad.

–Las decisiones que tomé en cuanto a mi vida tenían más que ver con poder tener un techo sobre la cabeza y algo que echarme al estómago.

–¿Fue un momento malo?

Dudó. Aunque no quería que nadie conociera esa etapa de su vida, que nadie le compadeciera, estaba sintiendo de pronto un incontrolable deseo de contárselo.

–Una persona puede dormir en el banco del parque y no cenar, y olvidarse de todo ello transcurridos unos cuantos días, pero la sensación de estar completamente solo en el mundo, de no tener madre, ni padre, ni hermanos… eso nunca desaparece.

–Yo tengo una familia maravillosa.

–Gracias por restregármelo.

Se echó a reír, y por alguna razón, se la imaginó envuelta en una

bata suave y calentita y acurrucada en la almohada.

–No, tonto. Lo que te estoy sugiriendo es que podrías pasar tiempo con ellos.

–¿Para que pueda ver como vive la otra mitad?

–Para que puedas ver que encajarías a la perfección. No hay persona de la que sea más fácil hacerse amigo que de mi padre –hizo una pausa–. Siempre y cuando juegues al golf. ¿Tú juegas?

–He hecho algunos de mis mejores tratos en un campo de golf –respondió, preguntándose cómo sería formar parte de su familia.

–Gracias a Dios. Y a mi madre le cae bien todo el mundo. Pero Cindy puede ser un grano en el trasero, como Patrice.

–Ah, de ahí la comparación, ¿no?

–Sí, y Billy es el hermano pequeño y malcriado, como Antonio. Ahora que lo sabes todo, te digo que encajarías como un guante. Puedes venirte por Navidad, el Día de Acción de Gracias y Pascua durante el resto de tu vida.

El corazón se le aceleró. Había recibido otras invitaciones, por supuesto. Un hombre rico nunca pasaba las fiestas solo a menos que quisiera hacerlo. Pero la imagen que se formó en la cabeza le resultaba encantadora. Podía verse a sí mismo yendo a casa de Olivia cargado de regalos, repartiendo abrazos y frotándose las manos a la espera de una bandeja de galletas caseras.

Movió la cabeza para desprenderse de ella. Una cosa era desear por un momento pertenecer a aquella familia, y otra muy distinta dejarse llevar por la fantasía –¿Y qué pasará cuando te cases? Tu marido no querrá ver a tu exjefe en todas las fiestas que se celebren en tu casa.

–¿Y si me caso contigo?

La idea lo paralizó de un modo alarmante.

–¿Conmigo?

–Sí. Podría hacer el esfuerzo. Unas cuantas lecciones más sobre cómo comunicarte como un ser normal y puede que incluso llegaras a gustarme.

Su orgullo masculino acudió al rescate.

–Yo ya te gusto.

–Un poquito.

–¿Solo un poquito?

–Bueno, algo más. Pero yo también te gusto a ti.

Otra oportunidad perfecta para quitarle de la cabeza todas aquellas

ideas absurdas y románticas. Pero en lugar de pronunciar las palabras correctas, sintió que se le escapaba lo que no debería decir.

–Un poco.

–Ah, ya. Puedes seguir engañándote si quieres. Los dos nos gustamos, y lo sabes.

Aunque aquello podría haberle molestado, sus palabras se derramaron sobre él como una manta suave. Era una mujer mandona y curiosa, pero normalmente tenía razón y eso le gustaba.

Decidió cambiar de tema.

–¿Te he dicho que he encontrado otra empresa que es posible que me interese comprar?

–Todos los días andas tras una u otra, pero en unas semanas vas a necesitar un montón de dinero para comprar el conglomerado de Constanzo. ¿Quieres que te ponga un candado en la chequera?

Tucker se rio.

–Iría al banco a por una línea de crédito.

–Eres un chico malo.

Volvió a reír. Le encantaba la sensación de normalidad que tenía con ella.

–Quiero que sepas, señorita Prentiss, que decidas lo que decidas hacer con tu talento, yo voy a patrocinarte. Conseguiremos el dinero necesario y te prestaré a algunos de mis consejeros para el marketing. El año que viene por estas fechas, serás una gran empresaria.

–Sigues dándome la impresión de que quieres deshacerte de mí.

–No me has dejado que te diera el incentivo, y puede que acabes siendo la llave que me abra la fortuna de Constanzo Bartulocci. Estoy en deuda contigo.

–Me gusta cómo suena eso.

–Buenas noches, señorita Prentiss.

–Buenas noches.

Al día siguiente, cuando la llamó, pasó directamente a hablar de trabajo: –He hablado hoy con Constanzo sobre lo de contratarte para llevar los asuntos de Antonio.

Vivi se quedó sin aliento.

–¿Qué?

–Estás contratada. Ya has empezado, y yo te patrocino. Ya tienes tu primer cliente.

En lugar de protestar argumentando que seguía decidido a deshacerse de ella, se rio: –¿Soy una empresa?

–Eres una empresa.

–Gracias.

Ninguna otra palabra le había llegado al corazón como le llegó su agradecimiento sincero. Fue como una lluvia cálida. Algo que no sabía que quería hasta que lo tuvo ahí.

–De nada –murmuró.

Quedaron en silencio y de pronto deseó poder decirle lo mucho que le gustaba, pero no lo hizo. Ninguno de los dos estaba preparado para algo así, pero no podía negar que, día a día, llamada tras llamada, quería decirle un poco más. Y sabía que si no dejaba de llamarla, uno de aquellos días el gato se le escaparía del saco.

–Recuerda que sigues trabajando para mí hasta después de la exposición de Antonio. Constanzo ha comprendido que hasta que todo este proceso haya terminado, sigues siendo empleada de Inferno.

–Entiendo que sigo trabajando para ti –dijo Vivi riéndose–. Recuerdo que mi primera misión es asegurarme de que la exposición salga bien para que podamos decirle a Antonio que Constanzo es su padre.

–Bien.

Volvieron a quedar en silencio y de pronto Tucker sintió miedo. Ahora que ella tenía su propio negocio, su apoyo y un cliente, ¿y si no quería saber más de él? Quizás, al ofrecerle un futuro prometedor, le había abierto la puerta de salida. Él no era precisamente fácil, así que bien podía guardarse el dinero y echar a correr.

–¿Te he hablado alguna vez de cuando mi madre me compró un cachorro para Navidad?

–No –contestó confundido.

–Si yo te cuento esa historia, tú tendrás que contarme a mí otra.

El alivio que le hicieron experimentar sus palabras se mezcló con otra clase de temor. A cada paso que daban, se acercaba un poco más al momento de descubrir la verdad. ¿Era su destino acabar juntos, o se había cansado de estar solo, y se agarraba a la primera persona con la que podía ser sincero?

–Recordarás la historia del videojuego. Mis historias empiezan felices pero acaban tristes.

Vivi pasó eso por alto y se lanzó a contarle una larga historia sobre el perrito que le regalaron y que se enamoró de su padre en lugar de hacerlo de ella.

–Para comprender de verdad la historia que te estoy contando, no olvides que mi padre es calvo.

–Lo recuerdo.

–Una mañana se despertó mi madre y el perro estaba dormido en la almohada de mi padre, justo pegado a su cráneo, de modo que parecía que tenía pelo. La pobre comenzó a gritar como una posesa, hasta que se dio cuenta de que era el perro.

–¡Es lo más estúpido que he oído nunca! –comentó, riendo a carcajadas.

–Sí. Mi familia puede ser muy tonta –hizo una pausa–. Te toca.

–Vale –le había costado, pero por fin había recordado algo que podía contarle–. En segundo gané mi primer concurso de deletrear.

–¿El primero?

–Sí. Lo gané todos los años. Daba igual dónde viviera, o a qué colegio fuese. Ganaba siempre.

–Ahí empezó tu carrera hacia el éxito.

–Supongo que sí.

Volvió a sentir el cálido abrigo de creerse normal, y supo que la llamaría todas las noches.

Capítulo 12

El timbre sonó en casa de Constanzo por enésima vez la mañana de la inauguración de la exposición de Antonio, y Vivi se apresuró a abrir. El personal estaba muy ocupado con los preparativos de la fiesta que seguiría al cierre de la exposición, y tenía cosas mejores que hacer que recibir los pedidos.

Un hombre de uniforme le entregó una caja y un documento para firmar, y estaba moviendo un poco la caja cuando Maria Bartulocci apareció. No iba a permitir que semejante fiestón organizado por su tío millonario tuviera lugar sin su aportación, así que había llegado hacía dos días y había acaparado la planificación.

–Dame. Te ayudo.

Vivi le entregó la caja y leyó rápidamente el documento que la acompañaba. La caja era para ella. Firmó y se lo devolvió al repartidor.

–Es para mí.

Maria la alzó un poco como si quisiera comprobar su peso.

–Pesa demasiado para ser flores.

Traía un sobre pegado; Vivi tiró de él y lo abrió:

No podemos permitir que la chica más guapa de la fiesta vaya a conformarse con algo que no sea lo mejor.

Tucker

–¡Dios, qué cursi! –exclamó Maria.

Pero Vivi sintió que el corazón iba a explotarle en el pecho, y no porque le hubiera enviado un vestido, sino porque no parecía huir de lo que estaba ocurriendo entre los dos. Sus charlas nocturnas se habían ido volviendo más largas y personales. Habían dejado de ser jefe y empleada para ser amigos, pero se había dado cuenta de que había algo más detrás.

Por supuesto, no iba a contárselo a Maria.

–Tucker sabe que yo no tengo grandes recursos, y había comentado que tendría que sacar un par de horas para acercarme a la ciudad y comprarme algo.

Porque deseaba con desesperación verse guapa para él, sentirse como la mujer que él veía cuando la miraba.

–Esta es su manera de ser un buen jefe, asegurándose de que tengo lo que necesito para hacer bien mi trabajo.

Maria se echó a reír.

–Le gustas. Y no como le gustaría yo, solo para divertirse, sino que le gustas por cómo eres –dijo, moviendo la cabeza–. Yo no querría algo así, pero tú sí.

–Es cierto –contestó.

Quería que sus charlas traspasaran la línea de la amistad y entrasen en el campo de la relación personal, y si se atrevía podía llegar a creerse que aquel vestido era el modo de Tucker de hacerlo.

–Entonces, nos vamos a divertir.

Llevaron la caja a la habitación de Vivi, y en cuanto la dejó en la cama, Maria tiró del lazo que la adornaba. Vivi levantó la tapa. Dentro había un vestido de chifón color fresa.

Una sonrisa se le escapó de los labios. Fresa era el color del bañador que le habían prestado en su primer día en Italia.

Una sensación suave y cálida le rodeó el corazón. Le estaba diciendo que recordaba los detalles; puede que incluso recordara todo lo que había ocurrido entre ellos.

–¿Qué? –le preguntó María al ver su cara.

No iba a contárselo de ningún modo. Era algo que pensaba quedarse para sí. Ojalá Maria no estuviera y pudiera abrazar el vestido. Ojalá pudiera ser una chica como cualquier otra, enamorándose.

–Nada –le dijo a Maria–. Que me encanta el vestido –lo sacó de la caja–. ¿Crees que me estará bien?

–Creo que un hombre como Tucker sabe reconocer perfectamente las curvas de una mujer.

El áspero comentario de Maria apenas le entró por los oídos, ocupada como estaba en resistirse al deseo de apretar el vestido contra el pecho. Había encontrado su vocación, algo que le proporcionaría una autoestima que iba más allá de demostrarle su valía a un puñado de gente en Starlight, Kentucky. Estaba ya ayudando a uno de los artistas de mayor talento a arrancar con su carrera.

Y a Tucker le gustaba. Sabía que era así. No quería negarse el placer de creerlo.

–Vamos a ocuparnos de tu pelo y de tu maquillaje hasta que quede perfecto –dijo Maria.

–Creía que ibas a ayudar con la decoración de la piscina para la

fiesta de esta noche.

–Podrán prescindir de mí.

–No –contestó, dejando el vestido sobre la cama. Se quitó la camiseta y los vaqueros–. Una vez nos hayamos asegurado de que esta monería me vale, volvemos al trabajo.

–¡Eres muy aburrida, Vivi!

–Lo que pasa es que hago honor a mis promesas, Maria. Y mientras yo esté trabajando con Antonio y tú estés cerca de él, tú también las vas a mantener.

Se puso el vestido. Le quedaba a la perfección. No tenía hombreras y se ceñía a su pecho y a la espalda hasta la cintura, de donde partía una falda de vuelo que le llegaba cerca de la rodilla.

Le quedaba tan bien que sintió un escalofrío. ¿Cuán–do la había estudiado con tanto detenimiento?

–Tengo un collar que quedaría perfecto con ese vestido – dijo María, y salió a toda prisa. Dos minutos después, estaba de vuelta con una fina cadena de la que colgaba un rubí redondo.

Vivi lo miró boquiabierta.

–¡No puedo ponerme esto!

–Por favor… me lo regaló un hombre al que ahora detesto. Si lo pierdes, me harías un favor.

–Eres mala –dijo Vivi.

–Soy terrible –sonrió mientras cerraba la cadena y hacía que Vivi se volviera a mirarse en el espejo.

–Es precioso –susurró, tocándolo con delicadeza.

–Sí. Y lo vas a llevar esta noche.

Se lo quitó y lo dejó sobre la cómoda y a continuación, mientras pasaba la mano por la impoluta superficie, le preguntó como con desinterés: –¿Por qué tienes este interés en Antonio? Si te gusta Tucker, ¿por qué sigues a Antonio como si fueras un perrillo faldero?

–Porque es lo que Constanzo quiere que haga –le explicó. No quería contarle que Tucker había hablado con Constanzo para que aquello pudiera llegar a ser un trabajo a jornada completa. Aunque a veces era dulce y generosa, Maria tenía un lado oscuro–. Y mi jefe quiere que haga cualquier cosa que pueda complacer a tu tío.

–Ya –fue todo lo que dijo, pero Vivi tuvo una sensación desagradable.

Tucker no tenía previsto que su llegada estuviera tan próxima a la

hora de apertura de la exposición, pero varios retrasos le habían obligado a salir tarde, de modo que se puso el esmoquin en el avión y no pasó por casa de Constanzo, sino que hizo que la limusina lo llevase directamente a la galería de Patrice.

Unas luces blancas adornaban el balcón del primer piso y los árboles que se erguían en el pavimento de piedra que conducía a la puerta principal. Faltaban apenas quince minutos para la apertura, así que entró.

El cuadro favorito de Antonio, unas flores silvestres azules en un mar de hierba verde bajo un pálido cielo azul, descansaba en un caballete en el centro del vestíbulo para recibir a los visitantes con una muestra de su talento. Un vistazo a las salas de la derecha y de la izquierda le mostró una elaborada distribución del trabajo de Antonio.

Se oyó el clic, clic de unos tacones en el suelo de mármol y se volvió, pero cuanto pudo ver fue un retazo de rosa.

El vestido.

Tras dos semanas de hablar por teléfono, de acercarse día tras día, por fin iba a verla.

Con el corazón acelerado, se dirigió hacia donde había visto la nube de color, pero cuando entró, había desaparecido. El personal del catering estaba llevando bandejas de aperitivos para colocarlas en las mesas largas y estrechas arrimadas a las paredes.

Se metió las manos en los bolsillos y miró a su alrededor. ¿Qué estaba haciendo? Nunca había perseguido a una mujer… pero volvió a ver un retazo de aquel tejido rosa y una loca combinación de calor y excitación le contrajo el pecho y le calentó la sangre. –¡Olivia! ¡Vivi!

Ella se detuvo y se volvió hacia él, sonriendo despacio. Los ojos se le iluminaron y el corazón le dio un salto al comprender que llevaba dos largas semanas esperando ver aquella sonrisa.

–¡Cuánto me alegro de que estés aquí!

Él también. La felicidad que creció en su interior fue tan intensa que no podía describirse.

–Todo se está viniendo abajo.

Su felicidad se desinfló como un balón pinchado.

–¿Te alegras de que esté aquí porque todo se está viniendo bajo?

Ella hizo una mueca.

–Sí.

No era exactamente lo que un hombre querría oír cuando no había visto a la mujer que deseaba en dos semanas. Pero no debía dejarse llevar por el miedo. En primer lugar, Olivia estaba soportando mucha

presión, y en segundo, era bueno oírla decir que lo necesitaba. Muy bueno.

Puso las manos en sus hombros para tranquilizarla. La suavidad de su piel le hizo estremecer, pero la mantuvo a la distancia de sus brazos para poder verla con el vestido. Alta y delgada, con brazos armoniosos y piernas bien torneadas, llevaba aquel vestidito del color de las fresas como si hubiera sido hecho para ella. Su densa melena rubia rojiza estaba recogida en un moño del que caían algunos mechones que le rozaban el cuello y despertaban su imaginación. El maquillaje realzaba sus hermosos ojos azules, y el brillo que se había aplicado en los labios era una invitación al beso.

–Estás preciosa.

Los ojos se le iluminaron a Vivi. Sonrió.

–¿Qué? ¿Con este trapillo?

–Oye, que me ha costado una pasta.

–Y te agradezco que hayas pensado en mí. Estaba a punto de escaparme a todo correr a comprarme algo cuando llegó –se puso de puntillas y lo besó en la mejilla–. Eres el mejor jefe que se pueda tener.

Se sintió frustrado. Quería un beso, un beso de verdad, y ella apenas le había rozado la mejilla. Aun así, era él quien había querido mantener su relación en espera hasta que descubriera lo que quería de verdad.

–Y te lo pagaré.

–No podrás.

Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas. Ya había decidido decirle que el vestido le había costado quinientos dólares, cuando en realidad había gastado cinco mil. Pero su maldito orgullo masculino le había robado aquellas palabras. Quería poder malcriarla, pero ella no iba a permitírselo.

Una vez, una sola vez, quería olvidarse de todo y hacer lo que quería hacer, solo porque así lo quería.

–No pienso aceptar tu dinero si pretendes pagarme.

Ella se pasó la mano por el vestido.

–Es demasiado.

–¿Demasiado, para quién? ¿Te das cuenta de que lo que es exorbitante para ti es calderilla para mí?

Ella lo miró sobresaltada.

–¿Es una baratija?

–Sí. Pero también es mi modo de celebrar tu éxito. Otros envían champán. Yo te he enviado un vestido.

Sus miradas se encontraron y la tentación volvió a ser fuerte. Deseaba tanto ese beso que el pecho le dolía. Pero la vida no siempre era justa o fácil. Ojalá pudiera mirar esos ojos azules y saber que todo saldría bien si traspasaba la línea de la amistad y entraba en el ámbito del amor. Pero no podía saberlo, ni ella tampoco.

–No lo celebres tan pronto –dijo ella, como si hubiera presentido su desilusión–. Maria sabe que algo pasa.

–¿Y?

–Tú la conoces, ¿no? Es una metomentodo.

–Podremos manejarla.

–¿Tú crees? Esperaba heredar todo el dinero de su tío, o al menos para vivir a todo tren el resto de su vida. Con un hijo de por medio, un heredero… ¿de verdad crees que se lo va a tomar bien?

De pronto dejó de hablar y sonrió extasiada, como si acabara de verlo de verdad.

–Vaya… mírate. Estás guapísimo.

–Sí, ¿verdad? –contestó él sonriendo.

–Estás un poco presuntuoso esta noche, ¿no?

–No es presunción. Es la verdad.

Se acercó y le pasó un brazo por la cintura para que lo mirara a los ojos. En ellos encontró una necesidad parecida a la que ardía en su vientre. Sabía que era arriesgado, y demasiado pronto. Pero la necesidad de tocarla era, simplemente, incontrolable.

–Además, quedamos bien juntos. Muy bien.

–¡Tucker!

La voz de Maria reverberó en los techos altos del vestíbulo.

Soltó a Vivi y se dio la vuelta. Maria corrió hasta él y le plantó dos besos, uno en cada mejilla.

–¿Vas a contarme lo que está pasando aquí?

Él se desprendió de sus manos y le hizo darse la vuelta.

–Ve a retocarte el carmín, que Olivia y yo tenemos trabajo.

Cuando la vio salir, suspiró.

–Tenemos que convencer a Constanzo de que hable con Antonio esta noche. No podemos esperar.

–Tendrá que ser después de la exposición. Antonio no puede llevarse una sorpresa así antes de su gran momento.

–De acuerdo. ¿Qué tal después de la exposición pero antes de la fiesta? Haremos que vayan en la misma limusina solos.

–De acuerdo.

–Tendremos que avisar a Constanzo, y vigilar a Maria –Vivi asintió–. Vamos a buscarlo –añadió él, tomándola de la mano.

Subieron al primer piso y lo encontraron con Antonio, que parecía a punto de vomitar.

–Las puertas se abren en diez minutos –le recordó Vivi.

Estaba muy guapo con su esmoquin negro, pero no tanto como Tucker, que parecía haber nacido para llevar aquella clase de ropa.

–Pero no tienes por qué aparecer desde el primer momento si no quieres. Yo dejaría que la gente se diera una vuelta, echara un vistazo, y luego acudiría sin que se dieran cuenta y me iría presentando.

–¿Vas a estar conmigo?

Vivi miró a Tucker. Lo que ella quería era estar con él, recorrer la galería a su lado e irle contando todas las tonterías y los detalles de por qué habían colocado cada cuadro en el lugar en que lo habían hecho. Cómo Antonio y Patrice habían discutido cada emplazamiento. Cómo ella había intervenido para poner fin a la pelea.

–Estaré a tu lado toda la noche si es lo que quieres – respondió a su pesar.

Él le tomó las manos y las besó.

–Es lo que quiero.

–Genial –dijo Tucker.

–Muy bien –dijo Constanzo casi al mismo tiempo.

Vivi se soltó de las manos de Antonio.

–Pero por ahora, lo mejor sería que te subieras al apartamento de Patrice y te relajaras un poco. Busca algún partido de fútbol en la tele. Yo iré a buscarte media hora después de que las puertas se hayan abierto.

Constanzo se ofreció a acompañarlo, pero Tucker lo sujetó por el brazo.

–Vivi y yo necesitamos hablar contigo un segundo.

–Enseguida voy –le dijo a Antonio, y cuando se hubo marchado, se

volvió hacia Tucker–. ¿No te parece buena idea que esté con mi hijo cuando claramente me necesita?

–Yo creo que es una idea estupenda –dijo Vivi–. Sobre todo teniendo en cuenta que Maria está empezando a darse cuenta.

–¿Cuenta de qué?

–De que debe de haber una razón para que te estés tomando tantas molestias por Antonio –aclaró Tucker.

Constanzo se dejó caer en una silla, y Vivi se acercó.

–Te conoce demasiado bien. Ya lo sospechaba, pero hoy lo ha preguntado abiertamente.

–Creemos que deberías decírselo a Antonio antes de la fiesta.

–¿Aquí? –se asustó–. ¿En la exposición?

–En la limusina de camino a casa.

Él asintió.

–Sí. La fiesta se puede estropear, pero la exposición ha de ser perfecta.

Los dos pisos de la galería de Patrice se llenaron con entusiastas del arte y amigos de Constanzo. Los invitados fueron saliendo también a los jardines, y entre ellos se movían los camareros con copas de champán.

Había pasado ya media hora cuando Vivi dejó a Tucker y subió a buscar a Antonio. Lo acompañó hasta donde estaba Constanzo, que lo fue presentando en los círculos de sus amigos. Viendo lo confiado que se mostraba Constanzo con sus invitados podía haberse escabullido en cualquier momento, pero le había hecho una promesa a Antonio y pensaba mantenerla. Y no se limitó a mantenerse en segundo plano. Ella formaba parte de aquel acontecimiento, del éxito de Antonio, como la que más, así que charló con los invitados de Constanzo, se tomó su copa de champán e intentó que Antonio se sintiera tan cómodo como fuera posible.

Tucker la observaba, cada vez más agitado. Quería estar con ella. La había echado mucho de menos. Hablar con ella todas las noches no le bastaba. De hecho, hablar con ella sin verla había sido pura tortura.

Él estaba allí. Ella estaba allí. Deberían estar juntos. Vivi no debía estar con Antonio, sino con él.

Aquella rabieta mental le hizo reflexionar. No solo deseaba verla, sino que se expresaba con un sentimiento de posesión que podía ser muy peligroso. Todas las personas que habían estado en su vida habían acabado desapareciendo.

Y no quería volver a sufrir.

Pero con cada segundo de la hora, con cada movimiento que la veía hacer junto a Antonio, pasando de un grupo a otro, el corazón le pesaba un poco más, le latía un poco más rápido. Si aquello eran celos, resultaba detestable. Y si lo eran de verdad, ¿no significaba eso que sus sentimientos por Olivia eran más profundos de lo que se decía a sí mismo?

Aun así, ¿podría confiar en ella? ¿Podría estar seguro de que nunca se marcharía?

La velada había avanzado ya y los invitados abandonaban la galería para irse a la fiesta. Vio que Olivia pedía una limusina para Constanzo y Antonio y que luego besaba al artista en la mejilla.

–Enhorabuena por esta maravillosa exposición. Llegaré a la fiesta en cuanto se cierre aquí.

Antonio subió a la limusina, y cuando lo hacía Constanzo, Vivi lo besó en la mejilla y le susurró: –Buena suerte.

El hombre respiró hondo.

–La voy a necesitar.

–No –respondió ella, enderezándole la pajarita–. Vas a decirle la verdad: que su madre acudió a ti en una única ocasión y que después desapareció–. Volvió a besarlo–. Puedes hacerlo.

Cuando la limusina se alejó y otra ocupó su lugar, Olivia dio media vuelta para volver a entrar en la galería.

Tucker la miró a ella y al coche. Si lo hacía bien, podía disponer de la última limusina para los dos. Por fin podría tener los diez minutos de intimidad que llevaba deseando desde que había llegado.

Abrió la puerta de la limusina para que la primera pareja que esperaba subiera, y así hizo con las demás, despacio, hasta que tal y como quería, una limusina se acercó a él justo cuando Olivia salía. Llevaba un chal del mismo color que el vestido en una mano y un pequeño bolso en la otra.

Le abrió la puerta con una sonrisa, que ella aceptó con una leve inclinación de cabeza y otra sonrisa.

–Creía haberte echado de menos estando en Nueva York, pero eso no era nada comparado con la tortura de estarte viendo toda la noche.

–¿Verme es una tortura?

Tucker se rio.

–Observarte ha sido divertido, pero no quería mirarte, sino besarte.

Ella abrió los ojos de par en par.

–¿En serio?

Tucker se acercó.

–Sí. No puedo estar seguro de que no vayas a dejarme nunca, ni tampoco de que lo que siento por ti sea amor, pero sé que no puedo ignorarlo. Te deseo desesperadamente –¿En serio? –repitió sin pestañear.

Tucker no contestó. Acababa de darse cuenta del error que había cometido. El último hombre con el que había salido la había atacado, y él ni siquiera se había acordado de ese hecho en semanas. No lo había tenido en cuenta al pensar en la posibilidad de estar con ella.

¿Y si no estaba preparada?

Capítulo 13

Mientras llegaban a casa de Constanzo, Tucker cambió el rumbo de la conversación para hablar de la exposición de Antonio. Olivia no sabía si suspirar aliviada, o gritarse a sí misma. Había esperado dos semanas para volver a verlo, ¿y ahora tenía miedo?

Nunca le haría daño como se lo había hecho Cord, pero eso era porque podía herirla con más saña que él. Estaba enamorada y él confiaba en ella, pero ¿la quería? Solo podía estar segura de que quería sexo, y teniendo en cuenta cómo se sentía aquella noche, iba a ser presa fácil. Pero ¿qué pasaría por la mañana?

Cuando llegaron, Tucker bajó primero y luego se volvió a ayudarla. Olivia sonrió, intentando controlar el pánico.

–Vamos a buscar a Constanzo –le dijo él, dándole un cariñoso golpecito en la nariz.

Entonces le dio la mano y echaron a andar. El corazón le tembló. Dulce y tierno, aquel gesto tuvo la capacidad de calmarle los nervios. Lo quería y confiaba en él.

Encontraron a Constanzo en el patio junto a la piscina, con Antonio, rodeados de gente. Con cuidado de no molestar al artista o a su grupo de admiradores, apartaron a Constanzo.

–¿Cómo ha ido?

–Antonio se ha quedado un poco sorprendido –dijo–. Bueno, atónito en realidad, pero hemos acordado hablar tranquilamente de ello.

Vivi le apretó el antebrazo.

–¡Eso es maravilloso!

–Y tengo que darte a ti las gracias por ello –miró a Tucker–. Y a ti. Parece que vamos a tener que meternos de lleno en una larga negociación que empezará mañana.

Tucker le estrechó la mano.

–Lo estoy deseando.

Constanzo volvió al lado de su hijo, que lo recibió con una sonrisa que a Vivi le derritió el corazón. Lo habían conseguido.

Tucker se volvió a Olivia.

–¿Y ahora?

–¿Ahora, qué?

–Que somos libres.

Vivi le pasó la mano por la solapa. Con las cosas arregladas con Constanzo y después de que Tucker la hubiera tomado de la mano, todo parecía ir bien. Quería a aquel hombre, y estaba convencida de que él también la quería. No podía ser cobarde. –Estás a punto de comenzar con la negociación más importante de tu vida. Eso no es libertad. Eso es trabajo.

–Sí, pero esa clase de negociaciones puedo hacerlas hasta dormido –sonrió–. Esto te lo debo.

–Y que lo digas.

Tucker puso la mano en su cintura.

–Se me ocurren por lo menos treinta maneras distintas de pagarte.

La necesidad era acuciante. Nunca había estado más preparada, ni más asustada, pero sabía que tenía que hacerlo. Derrotar sus temores. Estar con el hombre al que amaba.

–Pues sí que tienes inventiva.

–Eso me gusta pensar.

Para Tucker todo parecía fácil y adecuado, y no le importó que estuvieran rodeados de una multitud: se inclinó sobre ella y la besó. El beso fue lento y dulce, como nada que hubiera experimentado antes. No fue solo algo físico, sino personal, emocional, íntimo… Tucker jamás se habría podido imaginar que dos personas maltratadas como ellos pudieran tener tantas ganas de jugar, que pudieran ser tan felices. Y eso era lo que de verdad le debía a Olivia: su alma.

Comenzó a sonar una musiquilla animada que provenía de su bolso, y Olivia se separó.

–Es el móvil que me diste –le explicó–. Creía que solo tú tenías el número.

–Es de la empresa. Los de Recursos Humanos también lo tienen.

Revolvió un poco para encontrarlo.

–¿Y qué pueden querer?

Antes de que consiguiera localizarlo, saltó el buzón de voz, y apenas unos segundos después, se oyó el zumbido de un mensaje.

Mirando por encima de su hombro, Tucker vio que se trataba de su madre:

Llámame. Ha habido un accidente.

Marcó de inmediato un número.

–¿Mamá?

Tucker vio que su expresión cambiaba por completo mientras escuchaba la explicación de su madre.

–¿Qué clase de accidente?

Sintiendo un miedo desconocido para él, Tucker la escuchaba, esperando impotente. Cuando colgó, tenía los ojos llenos de lágrimas.

–¿Qué ha pasado?

–Mi hermana. Iba conduciendo, llovía, un ciervo se metió en la carretera y para esquivarlo dio un volantazo y se ha estrellado contra un árbol.

–Dios mío…

–Dice que aún no saben hasta qué punto es grave. La están operando ahora mismo… –le temblaban los labios y se los tocó con los dedos–. Tengo que ir a casa.

Tucker la apretó contra su pecho con un brazo mientras sacaba el teléfono del bolsillo y marcaba un número abreviado.

–Jonah, prepara el avión. El plan de vuelo ha de ser para el aeropuerto más cercano a Starlight, Kentucky. Que nos esté esperando un coche cuando aterricemos.

–No quiero llevarme tu avión –le dijo ella, acurrucada contra su hombro–. Puedes necesitarlo mientras estés aquí.

–No te vas a llevar mi avión. Vamos los dos.

Ella lo miró a los ojos.

–¿Vienes conmigo?

–Sí.

Ni él mismo lo entendía, pero no podía dejar que se fuera sola. Él no tenía hermanos con los que comparar el sentimiento que debía estar experimentando en aquel momento, pero quizás fuera esa la razón. Consciente del valor incalculable que podía tener un hermano, no podía dejarla pasar sola por aquella terrible experiencia.

Tras explicarle lo ocurrido a Constanzo, dejaron la fiesta sin llamar la atención. Agotada como estaba de las semanas de trabajo con Antonio, Vivi se quedó dormida en el vuelo. Tucker le puso una

almohada y una manta, maravillándose de hasta qué punto estaba siendo distinto aquel viaje del primero que hicieron a Italia. Teniendo tanto como tenía por delante con la negociación, podría haberse sentado a la mesa de trabajo, pero se acomodó a su lado, dejando que se apoyara en él mientras dormía.

Cuando llegaron a Kentucky, la despertó.

–¿Dónde estamos?

–Si no me equivoco, a dos horas de tu casa –marcó un número en el móvil–. Y dado que no hay servicio de limusinas aquí, Jonah nos ha alquilado un coche.

Desembarcaron en un pequeño aeropuerto público en el que solo había una agencia de alquiler de vehículos, y Tucker firmó unos documentos antes de que le entregasen las llaves.

Olivia, aún con su maravilloso vestido rosa, y Tucker, con el esmoquin, atraían todas las miradas.

–Deberíamos recuperar nuestras bolsas y cambiarnos.

–No quiero perder tiempo.

Tucker la sujetó por los hombros.

–No es una pérdida de tiempo. Tenemos que ponernos ropa cómoda y comer algo. Comprar una botella de agua incluso. Nos esperan un par de horas de coche. Llama a tu madre y pregúntale cómo van las cosas. Si no hay noticias, tenemos tiempo de cambiarnos.

Cerró los ojos.

–Tengo miedo de llamar.

–¿Tú tienes miedo? ¿Olivia Prentiss? ¿Una mujer que le grita a su jefe, tiene miedo?

–Yo nunca te he gritado. Solo he dejado clara mi opinión con vehemencia, que es distinto. Es mi hermana. No quiero hablar por teléfono. Quiero estar allí.

La hizo girar hacia la puerta en la que iban a recoger el coche de alquiler.

–Si tú estás bien, yo también. Pero tenemos que parar en algún sitio para comprar agua.

Vivi había salido ya por la puerta antes incluso de que dijera la palabra «agua». Corrió tras ella y se encontraron con Jonah justo en la puerta. Les había llevado el equipaje. Buscaron el coche, Jonah cargó las bolsas en el maletero y Vivi y él subieron delante.

Antes de salir, utilizó el GPS del teléfono para buscar el mejor camino al hospital.

Intentó decir algo que pudiera darle ánimos, pero no se le ocurrió nada. La miró. Se había apoyado en el respaldo, con la cabeza en el reposacabezas, y tenía los ojos cerrados. El dolor le partió el corazón. No podía soportar verla así.

–Por favor, llama a tu madre –le dijo desde el fondo de su ser–. No sabemos si hay buenas noticias.

Abrió los ojos lentamente y sacó el móvil del bolso. Marcó el número.

–¿Mamá? –preguntó con voz temblorosa.

Hubo una pausa que llenó el coche de un silencio sepulcral.

–¿Cómo puede seguir en el quirófano? Ya han pasado más de ocho horas.

Volvió a callar. Los ojos se le llenaron de lágrimas y Tucker se maldijo por haber insistido en que llamara.

–¿Que podría durar doce horas? ¿Cuatro horas más? –otra pausa–. Estamos de camino. Tucker conduce. No te preocupes.

La confianza en su conducción le hizo sentir que al menos estaba haciendo algo útil. Intentó iniciar una conversación. Primero, sobre Antonio. Después, sobre las negociaciones con Constanzo. Pero ella apenas le oía. No le importaba. Y no podía culparla por ello.

Cuando por fin llegaron al hospital, aparcó el coche y la sostuvo por el codo mientras ella entraba frenéticamente en el edificio. En el mostrador de información les dijeron el piso y dónde estaba la sala de espera de cirugía. Subieron en el ascensor en silencio.

Cuando las puertas se abrieron, ella salió corriendo y él la siguió a paso más lento. Había sido un inepto en el coche, incapaz de encontrar qué decir. Si lo intentaba con su familia, se quedaría aún más mudo que antes.

Entró en la sala de espera justo a tiempo de verla abrazarse con su madre, su padre y su hermano. Sus padres lloraban, y su hermano intentaba mantener el tipo, pero Vivi, su Olivia, se deshizo en un mar de lágrimas.

Una sensación de la más absoluta ineptitud le sepultó. No sabía nada de familias, ni de aquella clase de pérdida, ni tenía ni idea de qué hacer o decir.

Después de una eternidad, la vio separarse del grupo y se acercó a él, con los ojos enrojecidos, la nariz inflamada y el corazón se le rompió de nuevo. Avergonzándolo. Asustándolo. ¿Qué demonios se podía decir o hacer en un momento así?

–Mamá, papá, Billy… –respiró hondo–, ¿os acordaréis de mi jefe, Tucker Engle?

Aunque le resultó tremendamente extraño que lo llamara su jefe, dio un paso al frente para estrechar la mano de su padre.

Vivi intentó sonreír.

–Creo que ahora sí que necesito esa botella de agua de la que me hablabas en el aeropuerto.

–Perfecto: una de agua. ¿Alguien más quiere algo?

–Me vendría bien un café –dijo su madre.

Su padre se pasó la mano por la nuca.

–Yo también me tomaría un café.

–Yo, una soda –dijo Billy–. Te enseño dónde está la cafetería. El café de la máquina está asqueroso.

Salieron de la habitación y el muchacho suspiró aliviado, aunque no podría decir si era por la posibilidad de llevarles a sus padres un café decente, o por salir de la habitación.

–Has traído a Vivi desde Italia.

–No es difícil teniendo un avión a tu disposición.

–Ya lo supongo –respondió, y lo miró a los ojos–. A mi hermana le gustas de verdad.

Otra oleada de alivio le sepultó, pero aquella vez acompañada de un extraño sentimiento desconocido para él. A Olivia le gustaba en su mundo, pero ahora que estaba en el suyo, no sabía encajar.

–A mí también me gusta tu hermana.

Volvieron a quedar en silencio, rodeados solo por los sonidos del hospital. Bips de monitores. Ruidos de máquinas. El roce de los zuecos de las enfermeras. Conversaciones apagadas.

Y él, en esmoquin.

Se detuvieron ante el ascensor. Billy lo llamó, y las puertas se abrieron. Entraron y pulsó el botón del segundo piso.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó, después de aclararse la garganta–. ¿Dieciséis?

–Casi.

–¿Piensas estudiar una carrera?

Él soltó un gruñido.

–¿Para hacer qué? ¿Para marcharme como ha hecho Vivi? – negó con la cabeza–. Sé que ella tenía sus razones para querer irse, pero aquí, a menos que quieras ser maestro, lo mejor que puedes hacer es acumular experiencia como obrero de la construcción o minero.

–¿Es eso lo que quieres?

Billy lo miró como si estuviera loco.

–Lo que quiero es vivir cerca de mi familia, y ningún título de ninguna universidad me va a ayudar a conseguirlo.

El timbre del ascensor sonó, y se dirigieron a la cafetería en silencio. Sirvió los cafés de un contenedor alto y plateado y recopiló suficiente azúcar y crema para abastecer a un ejército, mientras Billy se llevaba una soda y dos botellas de agua. Hicieron el recorrido en silencio. A excepción de cuando hablaba de Vivi, en todo lo demás Tucker parecía equivocarse nada más abrir la boca.

Por fin llegaron a la sala de espera, entregaron las bebidas, todo el mundo dio las gracias y volvieron a quedar en silencio.

Durante una hora.

Tucker tenía sed y se bebió la botella casi de un trago, pero luego se arrepintió, porque se había quedado sin nada que hacer con las manos.

Todos se levantaron de golpe cuando apareció el médico, y este tuvo que levantar una mano para pedir silencio cuando todos, excepto Tucker, comenzaron a hablar al mismo tiempo.

–Está bien. Muy bien incluso. Hemos tenido que ponerle algunos tornillos en la pierna, y va a pasar las próximas veinticuatro horas monitorizada, pero soy muy optimista. No había daños internos, y el escáner de la cabeza es normal.

La madre de Olivia se deshizo en un mar de lágrimas, la hija se dejó caer en una silla y el padre le estrechó la mano al médico, que se marchó poco después.

Tras secarse las lágrimas, su madre le tomó la mano a Vivi.

–Deberías irte a casa y cambiarte –sonrió mirándole al vestido–. Es muy… pequeño.

Ella sonrió mirando a Tucker.

–Me lo ha regalado Tucker.

La mirada de la madre se tornó seria y le buscó desde el otro lado de la sala.

–¿Ah, sí?

No era consciente de que las madres fueran tan protectoras y desconfiadas de las cosas más sencillas, pero no había modo de malinterpretar las miradas de Loraina.

–Tu hija era la responsable de la primera exhibición a cargo de un artista muy importante y nobel de Bordighera. Y como empleada de Inferno, tenía que estar a la altura.

–Entiendo.

–Ojalá hubieras estado allí, mamá. Ha sido genial. El artista es Antonio Signorelli. Su trabajo es magnífico. Su padre quería organizarle una exposición, y yo he tenido que trabajar con él y con la dueña de una galería para evitar que Antonio acabase echándose atrás –sus ojos se volvieron soñadores–. Ha sido maravilloso. Nunca me había divertido tanto.

Su madre le apretó la mano.

–Me alegro mucho, hija.

Olivia se pasó la mano por la falda del vestido.

–Debo tener una pinta…

–No. Solo se nota que eres una hermana preocupada – contestó y miró a su hija–. Pero creo que Billy debería irse a casa. Y tú también. Y tu jefe –pronunció la palabra de un modo extraño, tanto que Tucker se sintió fuera de lugar–. Cámbiate y descansa. Papá y yo nos quedamos. Cuando se despierte, te llamamos para que puedas venir a verla.

Olivia asintió y se levantó, abrazó a sus padres, recogió a Billy y salieron.

Tucker le dio la mano, aunque fuera solo porque necesitaba volver a sentirla como estaba en aquel momento, aliviada y feliz.

Cuando llegaron a la casa de su familia, una construcción de dos plantas con un jardín delantero bien cuidado y lleno de flores, Tucker metió las maletas. Olivia se puso unos vaqueros y una camiseta, pero Tucker solo tenía pantalones de vestir y camisas blancas. Riéndose de él, lo acompañó a unos grandes almacenes. No llevaba ni pajarita ni chaqueta, pero cuando entró en la tienda con el resto del esmoquin, supo que tenía que estar muy ridículo.

Buscaron vaqueros y camisetas y se compró dos de cada. Luego pasaron por un restaurante de comida rápida para cenar algo.

A Olivia se la veía feliz mientras comían, y dulce con su hermano, pero cuando volvieron de nuevo a su casa, pareció venirse abajo.

–Deberías irte a dormir.

–Quiero quedarme despierta para poder ir al hospital en cuanto se despierte mi hermana –contestó, tras un bostezo.

–¿Y si te acuestas y yo te despierto cuando llamen?

–¿Y si nos acostamos los dos y dejo el móvil en la almohada para que lo oigamos en cuanto llamen?

Había dicho «oigamos», pero aun así él se encaminó al salón.

–Yo dormiré en el sofá.

Ella se detuvo al pie de la escalera.

–Esperaba que quisieras venirte arriba conmigo.

Todo en su interior se puso en alerta. Sus miradas se encontraron. Él era consciente de lo mucho que aquello significaba para ella. Era un signo de confianza. Nada le gustaría más que dormir a su lado, no por el sexo, sino por la conexión. No quería separarse de ella, ni quería que estuviera sola. Tampoco él quería sentirse solo, o aislado.

Pero aquellos sentimientos tan profundos despertaron su deseo por ella, tan intenso que no se sentía capaz de confiar en sí mismo.

–No puedo dormir en la misma cama que tú.

Ella dio un paso para acercarse.

–Prometo ser buena.

–Pero yo no –se rio.

Ella lo miró, y el tiempo pareció detenerse.

–No importa –respiró hondo–. Es lo que quiero. Necesito estar cerca de ti.

Aquellas palabras le debilitaron. Jamás otra persona lo había necesitado, ni dependido de él para otra cosa que no fuera dinero o trabajo, pero sabía que no podía seguir adelante sin más. No quería mencionar el pasado, pero tenía que pisar el freno o los dos lo lamentarían.

–Cuando hagamos el amor quiero que sea algo lento, especial, y no un frenesí de emociones que ninguno de los dos podamos controlar.

Ella se humedeció los labios y dio la sensación de que iba a decir algo, pero al final capituló.

–De acuerdo.

–Entonces, duermo en el sofá.

–¿Y si dormimos los dos en el sofá?

Suspiró aliviado antes de volverse a mirar el sofá que dominaba el salón.

–Es lo bastante grande para dos.

–Y con Billy danzando por aquí, no hay intimidad –dijo, deslizando las manos por su camiseta–. Así que vas a tener que comportarte.

–Lo haré –contestó, pero se contradijo de inmediato besándola.

Las sensaciones que le soliviantaron el cuerpo lo dejaron

sorprendido. Aquella mujer no solo le gustaba; tenía la impresión de que la quería. Aunque no estaba completamente seguro de lo que era el amor, aquel nuevo sentimiento que le sobrecogía no podía ser algo menos serio que el amor.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y apretándolo contra sí lo besó con urgencia. Un mes antes, nunca se habría imaginado a sí mismo yendo más allá de la lujuria con una mujer, pero aquel día lo quería todo.

Fue ella quien cortó el beso y tiró de su mano para llevarlo al sofá.

Se había enamorado de una mujer que era al mismo tiempo vulnerable y feroz, hermosa y dulce, alguien que había sufrido lo suficiente como para que su madre siguiera comportándose como una pantera que protegiera a su cachorro. Y aunque estaba seguro de estar enamorado de ella, también era consciente de que no sabía absolutamente nada de cómo amarla.

Capítulo 14

Tucker se quedó profundamente dormido. Le pareció que habían transcurrido solo unos segundos cuando le despertó el ruido de una puerta al cerrarse. Se incorporó de golpe. Los rayos del sol se colaban por las cortinas y vio a la madre de Olivia plantada en la puerta del salón de brazos cruzados.

–Buenos días.

Olivia se incorporó rápidamente.

–Buenos días, mamá –hizo una mueca–. Esto no es lo que parece.

–Ya.

–¿Se ha despertado Cindy? –pero antes de que pudiera contestar, añadió–: Claro que se habrá despertado. Si no, no estarías aquí. ¿Por qué no nos has llamado?

–Se despertó en plena noche. Las enfermeras no querían que anduviéramos por allí, y como tampoco podía casi hablar, decidimos dejarte dormir tranquila –miró a Tucker–. Imagino que ahora volverá a despertarse.

–Voy a ducharme y a vestirme.

Y salió a toda prisa, dejando a Tucker a solas con su madre.

Los segundos pasaron en el reloj del abuelo que ocupaba un rincón y los dos permanecieron en silencio.

Al final Loraina se dio la vuelta y dijo:

–Voy a hacer café.

Tucker se pasó las manos por el pelo. Estaba claro que había pensado lo peor. Ya lo había hecho en cuanto lo vio entrar en la sala de espera con Olivia. Si no fuera su madre, no le importaría, pero tenía que importarle.

Se levantó y fue a la cocina. Estuvieron en silencio varios minutos, y cuando ya no pudo resistirlo más, dijo: –No ha ocurrido nada esta noche.

Ella ni siquiera se volvió a mirarle.

–Claro que no. Yo confío en mi hija.

Tucker se apoyó en la encimera.

–Yo también.

Entonces sí que se volvió.

–¿Que tú confías en ella? ¿Y crees que eso significa algo? Mi hija es una mujer dulce y maravillosa.

–Sé lo dulce y maravillosa que es. En estas últimas semanas ha sido muy buena para mí.

Ella ahogó la risa.

–Seguro que sí, pero ¿y tú? ¿Lo eres para ella?

La puerta de vaivén de la cocina se abrió y entró Olivia. Traía el pelo mojado y una bolsa grande colgada del hombro. Se había dado la ducha más rápida de la historia.

–Me llevo unas cuantas cosas que puede necesitar Cindy.

–¿Le llevas el iPod?

–¿No tiene el móvil?

–Se ha perdido en el accidente. Esta tarde iré a comprarle otro, pero si se despierta supongo que le gustará poder oír algo de música.

–Voy por él.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, la cocina quedó sumida en el mismo silencio de antes. ¿Qué podía decir para convencerla de que era bueno para su hija? ¿Debería decirle que le había buscado un trabajo, que estaba ayudándola a poner en marcha su propio negocio? No sabía mucho de madres, pero tenía la impresión de que a aquella lo del trabajo la traía sin cuidado, sobre todo teniendo en cuenta que las dudas que estaba expresando eran las mismas que tenía él.

Loraina le estaba ofreciendo un café justo cuando Olivia volvía a entrar.

–Tráetelo –le dijo Vivi, señalando la taza–, que quiero salir ya. Podemos comprar algo en la cafetería del hospital y tomárnoslo en la sala de espera.

Cuando se subieron al coche de alquiler, Olivia le sujetó la taza para que pudiera meter las llaves en el contacto. A Tucker le apetecía el café, pero lo que de verdad quería era un beso y un abrazo. Quería pensar que ella lo necesitaba tanto como él, pero de pronto todo le pareció mal. Fuera de sitio. Se olvidó de abrazarla, puso el coche en marcha y recuperó la taza.

–¿Desesperado por una dosis de cafeína?

–No lo sabes tú bien.

–En cuanto sepamos cómo está Cindy, tomamos algo.

Le fue indicando cómo llegar a la autovía que les conduciría al

hospital.

Iba tomando pequeños sorbos del café, que estaba fuerte pero era sorprendentemente bueno. En cuanto paró el coche, Olivia bajó de un salto. Él apuró lo que quedaba en la taza y la dejó en el soporte del coche.

En el mostrador de información les indicaron cómo llegar a la UCI donde esperaba su padre, que la abrazó al verla llegar. A Tucker le dedicó una sonrisa.

Tucker se apartó un poco, preguntándose si le sonreiría del mismo modo cuando su mujer le dijera que lo había encontrado acostado con su niña en el sofá.

–Las enfermeras le estaban tomando las constantes, y he salido. Puedes entrar en cuanto salgan.

Permanecieron sentados en aquellos asientos de plástico de la sala, Tucker intentando no sentirse fuera de lugar, rechazado.

Cuando las enfermeras salieron, Olivia se levantó de inmediato. –Vamos.

Pero él dudó. Todo lo que había ocurrido en los últimos días le pareció irreal. No estaba enamorado de ella, sino que a la familia de Olivia no les gustaba. Y ahora lo invitaba a pasar a la UCI a ver a su hermana.

En el peor momento de sus vidas, se había colado en el seno de aquella familia, y estaba claro que no le correspondía estar allí.

–¿Vienes?

Se levantó pero no se acercó a la puerta.

–Pasad vosotros.

–¿Qué?

–Soy un completo desconocido, y tu hermana está muy enferma. No querrá encontrarse con un tío al que no conoce junto a la cama. Entra tú. O deja que tu padre te acompañe.

Los ojos de su padre se iluminaron y él volvió a sentarse, desde donde vio cómo la puerta de la UCI se los tragaba. Se recostó en el respaldo y cerró los ojos.

No pintaba nada allí.

Vivi entró en el pequeño cubículo delimitado por cortinas en el que estaba su hermana, y se quedó sin respiración al ver los cortes, las magulladuras y el metal que le rodeaba la pierna y por el que la

mantenían elevada, colgándola de unas poleas.

–Dios mío…

–Las enfermeras dicen que va muy bien. En unos días le reducirán los calmantes, permanecerá despierta más de un par de minutos y podremos hablar con ella.

Se acercó a la cama y pasó la mano por la sábana.

–Entonces, ¿esto es buena señal?

Su padre sonrió.

–Buenísima. Hay que tener paciencia.

–Sí, ya. Soy la persona más paciente de la tierra.

–Sí que lo eres –se acercó y le sorprendió con un abrazo–. Siempre hemos estado muy orgullosos de ti.

–Si se lo preguntas hoy a mamá, puede que no esté de acuerdo contigo. Nos ha encontrado esta mañana dormidos los dos en el sofá.

Su padre frunció el ceño.

–Creía que era tu jefe.

–Es algo más que eso, papá.

–¡Ay, Vivi! Después de lo que has tenido que pasar, no me digas que vas a dejarte liar por un hombre que acabaría… – buscó la palabra adecuada–… utilizándote.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

–¡Él no sería capaz de eso!

–¿Ah, no? ¿Un tío con dinero y acostumbrado a tener lo que quiere para luego dejarlo abandonado cuando se cansa de ello? ¿Estás segura de que no lo haría?

Olivia buscó algo que decir, algo que pudiera hacerle ver que Tucker no la estaba utilizando, pero cuando repasó el tiempo que habían estado juntos no pudo encontrar nada definitivo. Todo lo que habían hecho estaba relacionado con el trabajo de un modo u otro. Si lo pensaba bien, la mayoría había estado encaminado a poder echarle el guante al conglomerado de Constanzo.

Tragó saliva. Habían ocurrido tantas cosas los últimos días que tenía el pensamiento enlodado. Conocía a Tucker mejor que nadie.

–Es un buen hombre, padre, y yo no haría ninguna estupidez.

–Está bien –respondió, pasándose la mano por la nuca–. Confío en ti. En él, no tanto. Espero que mantengas la cabeza sobre los hombros.

Se quedaron los quince minutos que permitían visitarla y salieron a

la sala de espera. Allí estaban Tucker y Loraina, ambos aguardando en silencio.

Loraina se levantó.

–Ha terminado tu turno –le dijo a su marido con una sonrisa y un beso en la mejilla.

–¿Estás segura de que quieres quedarte aquí todo el día?

–Y estoy de suerte. Yo tengo los días. A ti te han tocado las noches.

Su padre le pasó un brazo por la cintura.

–No me importa.

Era la clase de intercambio que Olivia había presenciado todos los días de su vida. Amor sencillo y sin adornos. Vivi se volvió a Tucker y vio que había bajado la mirada.

La extraña sensación que había tenido en la fiesta de Antonio, cuando pensó que quizás estaban yendo demasiado deprisa, volvió a aposentársele en el estómago. Le preocupaba que solo quisiera sexo de ella. En la desesperación por sentirse arropada la noche anterior, había llegado a ofrecérsele, pero Tucker se había comportado como un caballero. A la luz del día, sin embargo, todo parecía distinto. Ella se estaba abriendo paso en su mundo, pero él parecía sentirse nervioso en el de ella. Como si no quisiera estar allí.

–Vosotros marchaos a casa también, Vivi.

Cuando Tucker oyó esas palabras de labios de Loraina casi saltó de la silla, deseoso de abandonar aquel lugar tan cargado de tensión, pero consiguió controlarse y levantarse despacio. A lo mejor Olivia no quería marcharse.

–No queremos irnos, mamá. Te haremos compañía.

–¿Estás segura?

–Pues claro –contestó Olivia–. Cindy está mejor, pero queremos estar aquí.

Tucker hizo ademán de volver a sentarse, pero Loraina le dedicó una de sus miraditas y se quedó parado. No lo necesitaban. No lo querían allí. Es más: estorbaba. Y viendo de cerca cómo era la vida de Olivia, ahora entendía por qué su madre le había preguntado si era bueno para ella.

Porque no lo era. Olivia podía saber qué decirle exactamente para que se sintiera feliz, o cómodo, pero él no sabía qué decirle a ella. En realidad solo habían hablado de verdad una semana, y por teléfono, y apenas llevaba un día enamorado de ella. Debería darle un poco más

de espacio y algo más de tiempo.

–Creo que yo debería irme.

–¿Irte?

–Sí. No hay nada que yo pueda hacer aquí, y debo tener un millón de correos esperándome.

–¿En serio te marchas por eso?

Él miró a su madre y luego a ella.

–Necesitáis intimidad.

Su mirada pareció dolida.

–Estás bien aquí con nosotros.

–Solo soy un estorbo.

Lo miró un instante en silencio antes de contestar.

–¿Damos un paseo?

Con un gesto de la mano la invitó a precederle, y cuando se hubieron alejado lo suficiente de la sala de espera se volvió a preguntarle: –¿Qué está pasando, Tucker?

–Tu familia está pasando por una crisis. Yo siento algo muy intenso por ti, pero mi lugar no es este.

–¡Pues claro que lo es!

–Olivia, mira bien a tus padres. Ellos no me quieren aquí.

–Pues hablaré con ellos.

El corazón le dio un salto.

–¡No! Por Dios, Olivia, su hija está muy grave, y si yo me marcho, el estrés añadido desaparecerá.

–Te necesito aquí.

–No. Lo que necesitas es a tu familia. Y ellos a ti.

De pronto se dio cuenta de que habían llegado hasta el ascensor, y considerándolo una señal, pulsó el botón. Ella se acercó y le puso las manos sobre el pecho, un gesto que estaba empezando a identificar como suyo, algo que le hacía sentirse suyo. No le gustaba a sus padres, pero a ella sí, y mucho. Incluso era posible que lo quisiera.

Pero había vivido las últimas veinticuatro horas con ella y lo mejor que había podido hacer era llevarla al hospital. No había encontrado en su interior palabras de consuelo, ni encajaba en su familia. Y lo peor de todo era que quizás esa incapacidad de encajar podía crear un

muro entre ella y la familia a la que adoraba. Y que, a su vez, la adoraba a ella.

Lo mirara como lo mirara, no le convenía.

–Pues claro que necesito a mi familia, pero también me gustaría que tú estuvieras aquí.

Él le tomó las manos y las separó de su pecho.

–¿No te das cuenta de lo distintos que somos?

–Sí. Lo sabemos desde el día que nos conocimos, pero eso no quiere decir que no podamos estar juntos.

Tucker respiró hondo, cerró los ojos y volvió a abrirlos. Aunque le destrozaba el corazón decirlo, sabía que tenía que hacerlo.

–No. No podemos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–¡Sí que podemos!

Entonces se dio cuenta de la hondura de los sentimientos que albergaba por él. También sabía que estando su hermana como estaba, Olivia no podía pensar con claridad, así que le tocaba a él ser el fuerte. El inteligente. El valiente. Porque sin ella, no tenía nada. Pero sin él, a ella seguía quedándole su familia. Hermanos y padres. Una brillante carrera en un mundo lleno de gente que la iba a adorar.

–Tengo que irme. No puedo pararme con lo de Constanzo.

El ascensor sonó y las puertas se abrieron. Ella lo miró totalmente confusa.

«Te quiero, y creo sinceramente que eres la primera persona a la que he amado en mi vida. Te voy a echar tanto de menos que puede que no deje de amarte nunca».

Eso fue lo que pensó, pero se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer era no darle falsas esperanzas sobre una relación que iba a ser mala para ella, así que entró en el ascensor, pulsó el botón y se obligó a no mirarla mientras se cerraban las puertas.

Capítulo 15

Vivi clavó la mirada en las puertas del ascensor cerradas a cal y canto. En apenas veinticuatro horas de estar con su familia había llegado a la conclusión de que no podían estar juntos.

Que ella no era lo bastante buena.

Intentó convencerse de que se equivocaba, pero a medida que fue avanzando el día, manteniendo el tipo para que su familia no tuviera otra cosa de la que preocuparse, se dio cuenta de que le había arrastrado a una ciudad de provincias, que le había llevado a una tienda cualquiera a comprarse unos vaqueros y que le había prometido un desayuno que ni siquiera habían acabado tomando.

Y además, sometiéndolo a las miradas críticas de sus padres.

¿Y si ver sus raíces, el lugar del que provenía, su identidad, le habían hecho ver quién era ella de verdad? ¿Y si la había estado contemplando a través de un cristal de color de rosa que le había hecho parecer una persona que no era? ¿Y si en aquel corto espacio de tiempo había estado intentando convertirla en una mujer que no era en realidad?

Un dolor intenso le apretó el corazón, impidiéndole respirar.

Del mismo modo que había acometido la reforma de Jason Jones, estaba remodelándola a ella, creando su mujer ideal. Le había organizado toda una nueva carrera, le había comprado un vestido que hacía de ella una sofisticada criatura acostumbrada a moverse en sociedad. Qué tonta había sido al no darse cuenta.

No la quería a ella, sino a la mujer en la que la estaba convirtiendo.

Pero ahora que había visto quién era en realidad, cómo era su vida, cuáles eran sus raíces, se había dado cuenta de que esos cambios no podían perdurar. Y supo que no iba a volver.

Lo había perdido.

Si es que alguna vez lo había tenido. Las lágrimas rebasaron sus ojos y las dejó caer. Había estado a punto de cometer un error tan garrafal como el que había cometido con Cord.

Tucker volvió de inmediato a Italia y le pidió a Constanzo que

enviase un coche a recogerlo. Aunque durante el vuelo no fue capaz de trabajar ni de dormir, se prohibió a sí mismo pensar en Olivia. No podía considerar que la había abandonado porque no había sido así. Tenía unos padres que la adoraban, un hermano pequeño que ya no lo era tanto y una hermana que en unos días empezaría a apoyare en ella. Olivia no lo necesitaba, pero aunque hubiera sido de otro modo, él habría acabado estropeándolo. Ella necesitaba, se merecía a alguien en quien pudiera confiar, de quien pudiera depender. Y él no era ese hombre.

Sus padres se habían dado cuenta.

Bajó las escalerillas del avión y se dirigió a la limusina, pero al entrar en ella se tropezó con las piernas de Constanzo.

–¿Constanzo? No tenías por qué venir a recibirme.

–¿Por qué estás aquí?

–Para negociar, ¿te acuerdas? –frunció el ceño–. A menos que te estés echando atrás.

–Yo no hago eso una vez he dado mi palabra, pero tú no deberías estar aquí. Vivi tiene problemas, y tú te has venido conmigo a hablar de negocios.

–No quiero que las cosas se enfríen entre nosotros.

–¡La has abandonado!

–¡No he hecho tal cosa!

Se le había escapado un grito, y eso le hizo enfadarse consigo mismo. No era propio de él. Se había enamorado de una mujer que se merecía a un hombre mejor, y eso le había roto el corazón, pero tenía que seguir adelante. No podía gritar, ni desesperarse, ni darse de cabezazos contra aquella injusticia, sino que tenía que seguir adelante.

Respiró hondo intentando serenarse.

–Lo siento.

–Yo no. Es la primera emoción verdadera que te he visto desde que te conozco –sonrió–. A menos que contemos las que te he visto en la cara cuando miras a Vivi.

Tucker se volvió a mirar por la ventanilla. No podía sostenerle la mirada a Constanzo.

–La quieres.

–Da igual. No soy bueno para ella, ni encajo en su familia y, lo que es peor: están pasando por una crisis y yo no he sabido reaccionar.

–¿Y?

–¿Cómo que «y»? Ella necesitaba a alguien fuerte y en quien pudiera confiar, y yo no he sabido qué hacer o qué decir. Soy mercancía dañada y tú lo sabes. Nunca he tenido una vida con una familia normal.

–No existe eso de una vida en una familia normal. Y estoy seguro de que nadie esperaba que fueras fuerte; solo que estuvieras allí.

–Te equivocas, créeme.

Constanzo enarcó las cejas.

–¿Te estás quejando?

–No me estoy quejando, sino encajando la verdad. Vivi tiene una familia dulce y encantadora, y yo crecí en casas de acogida con madres que me obligaban a cocinar mis propios alimentos.

Nadie me ha hablado nunca de la vida. Incluso tuve que aprender a cuidar de mi propia higiene leyéndolo en un libro. No sé nada de los lazos que unen a la gente. Mientras la familia de Olivia se besa, se abraza y habla, yo no tengo ni idea de cómo relacionarme con ellos.

–¡Pero Tucker! ¡Si apenas has pasado diez horas con ellos! Y solo hace que conoces a Olivia seis u ocho semanas. Llevarse bien con la gente, incluso con la mujer a la que amas, requiere su tiempo. ¿Creías que iba a ser fácil?

–Pues… –enamorarse de Olivia había sido fácil. Natural. Lo de sus padres era otra historia–. No quiero que mi relación con sus padres pueda interponerse entre ellos y Olivia, porque no quiero que pueda perder lo que yo nunca he tenido. Sería de un egoísmo brutal.

–Eso no va a ocurrir. Aprenderás a llevarte bien con ellos.

–Ya.

–Cuando conociste a Vivi, no sabías cómo tratarla, pero al final lo lograste.

–Ella me obligó.

–Y te ayudará ahora.

–No debería tener que ayudarme.

El dolor del inicio de su vida le incendió como una bola de ira y fuego. Lo único que había querido siempre era ser normal, y había encontrado el modo de hacerlo. Había sabido cómo ser atrevido e inteligente al mismo tiempo, y no dejar que nadie se aprovechara de él, pero nada de todo aquello parecía funcionar en una familia.

–¿No la has ayudado tú a encajar en tu mundo?

–Sí, pero eso es diferente.

–¿Por qué?

–Porque mi mundo no es algo que entienda cualquiera, mientras que la vida de familia, sí.

–Tucker, estás cometiendo un error. Da marcha atrás. Inténtalo. Si no lo haces, dentro de treinta años te verás como yo, aunque no creo que tengas un hijo ilegítimo danzando por ahí. Dale sentido a tu vida. ¿Quieres ser yo y verte buscando a personas como Vivi y como tú que te hagan compañía, solo porque de alguna manera se sienten obligados a hacerlo?

La imagen que se le materializó ante los ojos le sorprendió. No era una visión de sí mismo treinta años más tarde, sino treinta días después, cuando volviera a tu ático esterilizado. Solo. A su despacho vacío. Sin tener siquiera la oportunidad de cruzarse con Olivia por los pasillos de Inferno porque estaría yendo y viniendo de un confín al otro del mundo siguiendo a Antonio, o buscando clientes nuevos. O visitando galerías de arte.

–Tienes la oportunidad de iniciar una nueva vida, y solo tendrás que enfrentarte a unas semanas de errores mientras te ajustas a la vida con una familia –se inclinó hacia delante y le apretó la mano–. Una familia de verdad. La tuya, si te casas con ella.

Tucker sonrió de medio lado.

–Ya me pidió que me casara con ella en una ocasión.

Constanzo se echó a reír a carcajadas.

–Es una chica que sabe lo que quiere y que se atreve a ir tras ello. Deberías aprender de ella –le dio unas palmadas en la rodilla y añadió–: Vuelve a subirte a tu avión. Humíllate un poco. Tienes el mundo a los pies. Una vida de verdad. Y no solo con los padres y los hermanos de Olivia, sino con tus propios hijos. Un niño de cabello oscuro y una niñita rubia.

Tragó saliva. No le costaba trabajo imaginárselo, verse a sí mismo empujando un columpio. O enseñando a sus hijos a nadar. O llevándolos a la ópera y despertándolos cuando se quedaran dormidos. Podía ver a Vivi llevando su casa y atendiendo su carrera. Podía verse pisando un poco el freno, viajando con ella, compartiendo sus ilusiones.

–Vete a casa, Tucker. Ya hablaremos en cualquier otro momento. Ahora mismo, Vivi te necesita.

Como si el conductor hubiera estado escuchando su conversación, la puerta de la limusina se abrió y Tucker se quedó mirándola, viendo por primera vez en su vida la libertad y la felicidad a tan solo unos

metros de distancia.

Dos días más tarde, Vivi salía del hospital con la cabeza baja. No es que el día hubiera sido malo. Cindy incluso se había reído, aunque al hacerlo las costillas le habían dolido y habían tenido que subirle los calmantes, con lo que había vuelto a quedarse dormida durante horas.

Eso era lo que había sido malo para ella, porque con la habitación en silencio, tenía todo el tiempo del mundo para pensar en Tucker.

No entendía cómo podía haber sido tan tonta para enamorarse de él, para pensar que era distinto, que la quería a pesar de sus imperfecciones, de sus heridas. Pero el dolor que llevaba en el alma era prueba de que así había sido. Se había enamorado de un hombre que no amaba sino que cambiaba a la gente, moldeándola para que fuera como él quisiera y así no tener que cambiar él.

Entendía bien por qué, no obstante. Su infancia le había hecho ser cauto y desconfiado con las personas que podían hacerle daño, así que pisaba siempre con pies de plomo.

¿Acaso no le había demostrado ella que nunca le haría daño?

Llegó a la esquina, miró a ambos lados antes de cruzar el aparcamiento y se quedó clavada en el suelo: unos metros más allá, apoyado contra un coche de alquiler, con aquellos vaqueros baratos que habían comprado juntos, estaba Tucker. Los brazos cruzados sobre el pecho, apoyado en el capó del coche y las piernas extendidas delante, como si llevara mucho tiempo esperando.

Echó a andar con decisión hacia su propio coche. No iba a prestarle atención, pero…

En fin, que no había ninguna razón por la que accidentalmente pudiera estar en Kentucky. Había ido a verla, y si el desenfreno de su corazón significaba algo, ella deseaba con desesperación que volviera a su lado. Pero al lado de la persona real que era, y no de la mujer perfecta, sino de la que tenía una hermana en el hospital, unos padres preocupados y un hermano con exceso de sarcasmo.

Cambió de dirección y se dirigió a él. Tucker se levantó.

–Lo siento.

Ella sonrió, aunque no sabía bien cómo tomarse aquello. ¿Sentía haberse marchado? ¿Sentía haber intentado cambiarla? ¿O habían sentido ambos lo mismo? ¿Tendría él el alma destrozada también?

Miró hacia el final de aparcamiento y las montañas.

–Vas a tener que hacerlo mejor.

–¿No basta con decir «lo siento»?

–No.

–¿Ni siquiera si esas palabras vienen de alguien que te quiere?

Aunque el corazón le latía desbocado y deseaba abrazarle de tal manera que nunca más pudiera volver a marcharse, le dijo:

–Tú no me quieres. Si no, no te habrías ido.

–Me marché porque te quiero tanto que estaba convencido de que te merecías a alguien mejor.

Ella sonrió de medio lado.

–Ya. Por eso has intentado cambiarme.

–¿Cambiarte?

–De mera contable me has hecho directora, alguien con quien puedan verte en público, y mejor si es llevando un vestido de cinco mil dólares, algo que yo nunca podría permitirme pero que resulta apropiado para que me vean contigo. Como si no fuera lo bastante buena siendo como soy.

–¡Olivia! ¡Ay, Dios mío! ¿Es así como lo viste?

Los labios le temblaban, pero siguió mirando en la distancia. Tucker le puso los dedos bajo la barbilla para obligarla a mirarle, y ella recordó lo que había sentido la primera vez que la tocó, y cómo supo en aquel mismo instante que había algo diferente en él… en ellos.

–No era mi intención cambiarte, sino ayudarte. Pondría el mundo entero a tus pies si creyera que es lo que deseas –respiró hondo–. Eres perfecta, Olivia. Maravilosa. Tal y como eres. El problema soy yo.

–¿Tú?

–Tu familia te quiere. Se preocupa por ti. Incluso actúan como si fueran perros de presa cuyo trabajo fuera protegerte, y yo… yo soy mercancía dañada, Olivia. Yo soy el que puedo no ser bueno para ti.

–Pero… ¿me quieres?

–Sí. Tanto que casi me da miedo.

–Tengo entendido que si es como debe ser, el amor da miedo.

Tucker se rio.

–¿Qué?

–Bueno, cuando dos personas están enamoradas comparten secretos, establecen lazos, hacen sacrificios –sonrió–. Llevas mucho tiempo malcriándote.

Tucker le rodeó la cintura con las manos.

–¿Malcriándome?

Olivia avanzó.

–Comprándote todo cuanto has deseado.

–Es cierto –se rio.

–Pero a mí no has podido comprarme.

–Lo sé –respondió, serio.

–Y aun así, me has conseguido.

–¿Ah, sí?

–¡Vamos, anda! ¿Dónde está el gran Tucker Engle, el hombre que lo ve todo y lo sabe todo?

Sonrió.

–Me quieres.

–Y estoy segura de que conseguirás ganarte a mis padres. Cometerás errores, y de vez en cuando tendrás que disculparte.

Hizo una mueca y ella le dio un manotazo en el brazo.

–Disculparse no es tan difícil.

–No sé. Tu madre es dura de pelar.

Olivia se echó a reír.

–Bésame, tonto. Vamos a hacer que esto funcione.

Tucker la besó y ella se derritió en sus brazos porque iban a conseguir que aquello funcionara, y no solo porque ella lo quisiera sino porque estaban bien juntos, a pesar de las dificultades que la vida les había puesto en el camino. Apreciarían cada minuto de cada día que pasaran juntos, tendrían hijos, construirían una familia.

Y él nunca volvería a estar solo.

Epílogo

Cuando la limusina se detuvo delante de la casa de Constanzo, Olivia corrió a su encuentro. No esperó a que el chófer abriera la puerta, sino que la abrió ella misma.

–¡Bienvenidos a Italia!

Su padre fue el primero en bajar. Luego se volvió a ayudar a su madre.

–Qué sitio tan bonito. Estos árboles me recuerdan a casa.

Olivia abrazó primero a su padre y luego a su madre.

–Ahora comprendo por qué has querido casarte aquí –dijo ella mirando a su alrededor.

Cindy salió por la puerta principal y lanzó un grito. Billy y ella, como padrino y dama de honor, habían llegado una semana antes para ayudar en los preparativos.

–Cuánto me alegro de que estéis aquí.

–¿Has conseguido que Billy hiciera lo que debía? –le preguntó mientras la abrazaba.

Cindy se echó a reír, y su melena corta y ondulada se movió con la brisa.

–Tiene ya dieciocho años, mamá –intervino Olivia–. Ya es hora de que cortes el cordón. Este otoño empezará las clases en la universidad, y vivirá en su propio piso en Nueva York.

–En el mismo edificio que nosotros –dijo Tucker, que salía a recibirlos. Abrazó a la madre de Olivia y estrechó la mano de su padre–. No dejaremos que se desmadre.

El chófer había empezado a descargar el equipaje y Tucker los invitó a entrar. Constanzo estaba en el vestíbulo, esperándolos.

–¡Loraina! ¡Jim! Por fin os tengo en mi casa.

Jim le estrechó la mano.

–Como Mahoma no va a la montaña… aún me tienes que dar la revancha de la partida de billar que jugamos en casa de Tucker.

–Da la casualidad de que tengo una mesa en el estudio.

Olivia suspiró.

–Hemos venido a una boda y no a un torneo de billar.

Tucker, díselo tu.

–Nada de billar –obedeció entre risas.

Olivia se colgó del brazo de su madre.

–¿Qué quieres ver lo primero? ¿La mesa de billar? ¿Tu habitación? ¿El estudio de Antonio?

–No quiero molestar a Antonio.

El aludido apareció en el vestíbulo, limpiándose las manos en un trapo.

–No me molestas –dijo, besándola en la mejilla–. Eres mi mayor admiradora, así que nunca me molestas.

–En ese caso, dame diez minutos para cambiarme y voy a tu estudio.

–Yo ayudaré a la cocinera con la comida –se ofreció Cindy.

–Me cambio y me tienes con el taco en la mano –le dijo Jim a Constanzo.

–Allí estaré.

En cuestión de segundos, todo el mundo había desaparecido y Tucker y Olivia quedaron solos.

–Si quieres, les echo la bronca por lo del billar.

Ella sonrió.

–No. Que disfruten –miró hacia la puerta por la que había desaparecido Constanzo–. Me alegro de ver lo bien que se llevan.

–Es agradable ver cómo nos llevamos bien todos.

Ella le abrazó.

–Las personas somos personas, y si nos dan el tiempo suficiente siempre podemos encontrar algo en lo que entendernos.

–Hablando de entenderse –dijo, poniendo la mano en su vientre–. ¿Les has hablado ya a tus padres de lo bien que nos entendemos tú y yo en esto?

–No –replicó, riendo–. He pensado que mejor nos dedicamos primero a la boda y luego les damos la noticia. Cada cosa a su tiempo.

–Cada feliz noticia a su tiempo.

–Sí. Cada feliz noticia a su tiempo.

Fin